LA NAVE DE LA DISCORDIA

y otras piezas de anticipación

MAURICIO DEL CASTILLO

SEDIENTO
EDICIONES
Narrativas en español

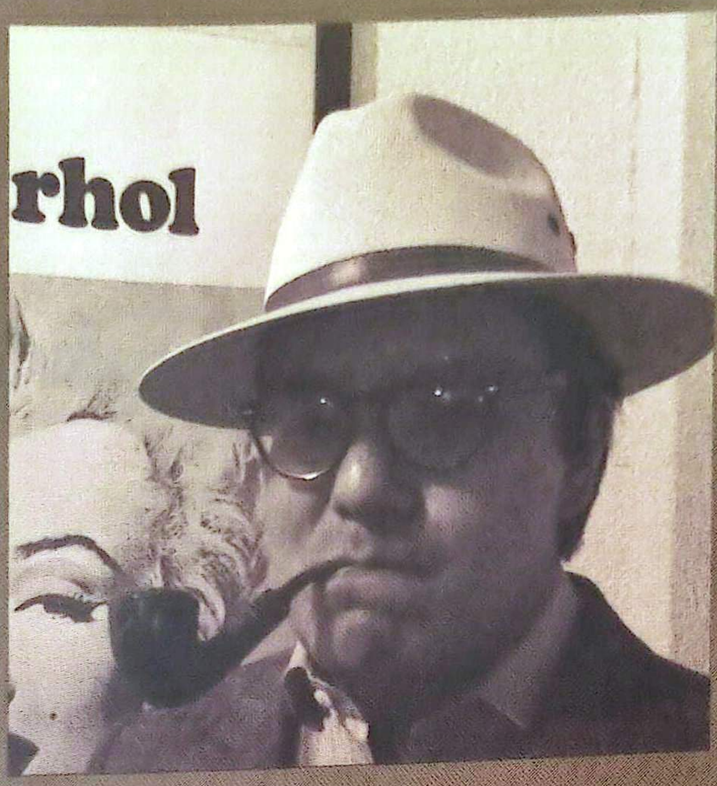


Foto de autor: 2013, Mauricio del Castillo©

Mauricio del Castillo nació en la Ciudad de México en 1979. Inquieto y trasgresor desde muy temprana edad, enfocó inicialmente su desbordada imaginación hacia el género del terror, derivando con los años hacia la literatura de anticipación. Sus relatos de ciencia ficción pasan hoy por ser de los más importantes del género en español, dándose la circunstancia de que Mauricio del castillo es un autor más publicado fuera que dentro de México. Publica desde 2009 relatos de género en revistas virtuales y físicas de varios países, como *NGC 3660*, *Otro Cielo*, *BEM Online*, *Revista Axxón*, *Sci-Fdi*, *Revista NM*, *Alfa Eridiani* o *Sci-Fdi*. En 2012 publicó su primer libro, *La variable multimillonaria y otros relatos*. *La navie de la discordia y otros relatos de anticipación* lo consagra, pese a su juventud, como un maestro indiscutible del género.

LA NAVE DE LA DISCORDIA

y otras piezas de anticipación

LA NAVE DE LA DISCORDIA

y otras piezas de anticipación

Mauricio del Castillo

Lengua de gato
Narrativas en español

SEDIENTO
EDICIONES

Colección *Lengua de gato*

Imagen de portada: *Discordia*
Autor: ©Edgar Castillo Velázquez.
Técnica: vectores y retoque digital.
Año de realización: 2013.

Primera edición: febrero de 2014

Concepto y diseño editorial: Manuel Pérez-Petit.
Formación editorial: Irma Martínez Hidalgo.
Lectura crítica: Eduardo Medina, José Antonio de la Vega y Kevin Contreras.

DR©Mauricio Castillo Barraza, 2014
DR©Manuel José Pérez Petit, editor, 2014
SEDIENTO EDICIONES, 2014
Abedules, 168. La Perla,
Nezahualcóyotl.
C.P. 57820. Estado de México.
sedientoportatil@gmail.com
sediento.org
facebook.com/sedientoediciones
twitter.com/Sediento_ed

ISBN: 978-607-9201-96-8

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin autorización por escrito del editor.

Impreso y hecho en México

A mi madre

Índice

Sally y el laberinto 11
El anuncio no procesado 35
El rizoma permanece 79
Feria de época 99
La nave de la discordia 117
Síndrome de la tierra 137
La respuesta está en el centro 147
La presencia de hoy 161
Reconfigurado 171

Sally y el laberinto

La mitología nórdica cuenta que sus legendarios Bersekers acrecentaban su fuerza de combate mediante la bufotenina, extraída del hongo amanita muscaria.

En 1950 aumentaron súbitamente los casos de dopaje, por lo que en los siguientes años las federaciones y asociaciones deportivas reglamentaron el control antidoping.

En 2100 se halló un nuevo compuesto derivado de la creatina como fuente de energía rápida para el esfuerzo explosivo: aumentó en un 75 por ciento la cantidad de esta sustancia en cada uno de los músculos utilizados por el hombre. Por consiguiente se favoreció la formación de fosfocreatina posibilitando alcanzar y mantener la velocidad máxima por un tiempo mayor que el habitual. Los récords mundiales de carrera y natación pasaron a ser ridículas referencias. El deporte dejó de ser divertido y los automóviles se convirtieron en piezas de museo.

300 años después la tecnología en la construcción de los laberintos alcanzó la cima en defensa contra los corredores. Asociaciones civiles protestaron y toda clase de personajes dieron su punto de vista al respecto. Luego de que los números de intromisiones a casas particulares tuvieron una significante caída, nadie volvió a abrir la boca.

Mi punto de la historia no tiene nada que ver con fechas ni grandes acontecimientos; es tan personal y se creta como lo puede ser sacar la basura y meterla al cesto todas las mañanas. Supongo que es la historia de mi vida. Apenas pienso más arriba de la media, y nunca me jacto de ser el mejor en algo.

No tengo nombre ni apellidos. Soy lo que se dice un rumor, un conjunto de características, un simple rostro. Si creen que es injusto pasar toda una vida en el anonimato déjenme decirles que tuve mucha suerte. Es mejor ser olvidado por muchos años que morir en la gloria. Buena frase.

* * *

Odio las mañanas, sobre todo cuando suena la alarma dentro de mi cabeza. Bostecé enfrente del espejo, intentado por todos los medios disponibles reconocer ese ho rroroso rostro lleno de ojeras y cabellos desparramados. La pantalla se iluminó al instante con la lluvia de noticias a todo lo que daba. No había mucho de que enterarse: guerra aquí, suicido colectivo allá, violaciones acullá... Bueno, ¿qué puede decir uno ante eso?, sólo un simple: "Buenos días, mundo cruel". Eso es todo.

Me restregué la cara con un jabón de hotel barato y pasé revista a los videos de vigilancia en el pasillo. Cada in-

quilino debe responsabilizarse de su propia fachada, y yo no hacía más que seguir la norma para caminantes. Observé el vídeo a una velocidad intermedia sin que apareciera en mi puerta la menor esencia. La semana había comenzado bien y esperaba que así siguiera.

Bajé los escalones a toda prisa y crucé el vestíbulo de la estación para tomar las cápsulas para caminantes, sin que la tardanza pudiera hacerme dar dos o tres pasos rápidos. Es entendible: el que un caminante vea a otro con prisas y con ansias de llegar a tiempo a su destino le hace saber que lo mejor sería convertirse en un corredor. De modo que uno tiene que recurrir a estrategias para eludirlos y así alcanzar una cápsula libre.

Cuando la cápsula me depositó en la acera como lo estipula la norma de urbanidad para caminantes, desistí de llegar lo más a tiempo posible al trabajo. Estaba por tomar un atajo cuando, al doblar la esquina, choqué contra el vacío. Me tambaleé y caí al suelo.

Lo primero que hice fue llevarme una mano a la nariz; noté que estaba fracturada. Algo se había interpuesto en mi camino.

Me zafé bruscamente de un brazo que intentaba levantarme y di unos cuantos codazos a mi alrededor. Otro círculo de personas se formó a sólo unos metros de ahí. Me abrí paso entre la gente para saber de qué se trataba. Un corredor, desde luego, sentado en posición de loto, ignorando las preguntas que lo apremiaban. Se notaba tranquilo, dado que al cortarse la aceleración debe relajar sus músculos y acostumbrar sus ojos al nuevo ritmo.

Enderezó levemente su rostro y me observó, a pesar de que tenía esa fea máscara contra fricciones. Su traje era anaranjado, con sutiles franjas de color rojo. Tenía una

quemadura en el muslo derecho, pero todavía podía correr sus buenos kilómetros.

Abandonó su postura y se puso de pie.

–¿Se encuentra bien? –preguntó con una monocorde y mecánica voz.

Comencé a escurrir sangre por la nariz.

–Debería tener más cuidado –dije en hostil respuesta mientras me oprimía con una mano el puente de la nariz–. ¡Carajo! ¿Acaso no sabe reaccionar?

Creí que me mandaría al diablo, pero al parecer mi insulto no cambió su atención.

–Está herido –dijo, esta vez apenado–. Tengo un consultorio muy cerca de aquí. Permítame atenderlo. Es lo menos que puedo hacer por usted.

Un señor enfurecido le reclamó enseguida; después, los demás hicieron lo mismo. Comenzaron a cuestionarlo y a encararlo, pero él esperaba mi respuesta como si la vida se le fuera en ello. Con un interés hacia un simple caminante como yo, su afirmación me resultó demasiado inusual:

–Debo asegurarme de que usted esté bien.

Una mano intentó tomarlo por el hombro. Sin embargo, sus reflejos fueron tan súbitos como los lentes de una mosca. La mano retrocedió por puro instinto, como si hubiera sufrido un toque eléctrico. Todos dieron un paso hacia atrás con exaltación. El corredor no empleó la menor violencia: lo había hecho con una delicadeza anormal, como si apartara una hilera de patos en el camino. A pesar de mi débil condición no pude dejar de sentirme fascinado.

–Deje de hacer eso –le advertí–. No les agrada mucho su, ejem, habilidad.

–No veo de qué otra forma pueda ignorarlos –expresó.

Los rumores y los malos gestos comenzaron a rodearlo. No adoptó postura alguna de defensa, ni siquiera evidenciaba la intención de salir de ahí. Podía sentir su mirada a través de su máscara, como si dependiera de mí lo que le ocurriera a él.

–¿Lo conoces? –me preguntó un hombre de mediana edad, bastante molesto. Iba con él una mujer que no dejaba de mirar con horror y angustia al corredor–. ¿Lo conoces?

–Él chocó conmigo –dije–. Yo no lo conozco.

Todo el mundo comenzó a gritar e insultarlo. El corredor intentó decirme algo, pero sus palabras se ahogaban en la queja general. De repente sentí un dolor agudo en la parte baja de mi espalda; alguien me había golpeado con un objeto. Dejé escapar un gemido y me doblé en dos. Con la cabeza agachada y la nariz ensangrentada alcancé a decir:

–¡Sáqueme de aquí antes de que nos maten!

No tardó en obedecerme y corrimos.

* * *

Recorrimos unas cuantas cuadras sobre la acera. Casi no hablamos. De hecho, casi no íbamos juntos: yo sólo me limitaba a sobarme la espalda. Observaba con detenimiento todo a su alrededor, en particular las miradas y el bullicio de la ciudad. Debía pensar que se trataba de un extraño sueño, esos en los que uno duda si ha despertado. En ocasiones se detenía y contemplaba un curioso efecto y asentía con aprobación. Parecía haber estado ausente durante mucho tiempo.

Entramos a un condominio lujoso. En el tercer piso del edificio, el corredor abrió de golpe la puerta y con un ademán me invitó a pasar.

Mi primera impresión fue que era un lugar acogedor. El arreglo era una mezcla de sencilla modernidad, sin muebles y sin adornos ostentosos. La alfombra dejaba ver marcas de quemado en las entradas a los cuartos y en la sala, con el tipo de dibujos que le encantarían a un rey persa. Los holocuadros eran provocativos, sin caer en lo ofensivo.

Me condujo al interior, justo donde se localizaba el consultorio. La cama y el ropero en él evidenciaban que también servía como dormitorio. Me indicó que tomara una silla y, antes de examinarme, dijo:

–Aguarde un momento –alzó un brazo por encima de su cabeza y deslizó un diminuto cierre. Su máscara se abrió en dos pliegues que dejaron al descubierto su rostro.

Se trataba de una mujer, una digna representante de la raza femenina. Sus ojos azules estaban llenos de pureza y suavidad, tan grandes que, sin ser disconformes con el resto de sus partes, uno podía quedar hipnotizado. Su negro cabello contrastaba con su blanca piel. Al moverse hacia la luz reflejaba un tono azul que sólo el negro más intenso puede crear. No tenía cirugías elaboradas, ni siquiera la más mínima porción de maquillaje. Su fresco aroma se transportaba en ella como un gemelo siamés.

Entonces noté otras cualidades que dejé pasar la primera vez. Era tan llena de forma como un cisne, pero sus caderas eran fuertes al igual que una pantera. Sus anchos hombros otorgaban un aspecto parecido al de una nadadora. En cada uno de sus portes podía vislumbrarse

una magnificencia, como si fuera retratada por mil pintores a cada momento.

–La máscara no me dejaba ver –dijo. Se inclinó tanto que podía escuchar su respiración–. Veo que le he fracturado la nariz.

Apenas reaccioné para contestar:

–Pensé que eso ya había quedado claro.

–Lo siento. Usualmente no atiendo caminantes. En realidad me dedico a efectos secundarios causados por la aceleración.

Apoyó sus manos en mis mejillas para mantener mi cabeza quieta; no pude hacer otra cosa que seguir mirándola al rostro. Debo decir que logró el cometido de llevarme al cielo antes de arrojarme a un abismo de dolor puro.

–No se mueva –indicó. Tocó la nariz con suavidad y la acomodó de golpe, sin previa advertencia. Lancé una maldición; cuando reaccioné, ella ya se había quitado los guantes sin darle mucha importancia al hecho.

Permanecí ahí, inmóvil, sobándome la nariz. Me colocó un molde corrector sobre ella y dijo:

–No lo toque por un mes.

–¿Siempre es así de brusca con sus pacientes?

–Debo ahorrar anestésico para casos más extremos –se excusó–. Espero que lo entienda.

Me dedicó una sonrisa a la cual no pude resistirme. Me vi forzado a devolverle el mismo gesto.

–¿Cuál es tu nombre? –preguntó, con un tuteo que nunca me pareció ofensivo.

Se lo dije.

–¿Y usted es…?

–Llámame Sally.

–Hay algo que quiero saber..., Sally. ¿Qué fue lo que te llevó a chocar conmigo?

–Debo ser la mujer más distraída de la ciudad –explicó–. Lo siento. Nos piden mantenernos alejados de las aceras.

–Ya lo había supuesto –la interrumpí–. Nadie las transita. No a esa velocidad.

–Espero que no te haya echado a perder tu día –dijo–. Nunca suelo pasarme de lista de esa forma. –Comenzó a reír. Y dijo ser consciente de que aquello no era gracioso para mí. Yo repuse que era divertido: el hecho de que me salvara de un desagradable martes en el trabajo merecía mis alabanzas.

–¿Dónde te dirigías? –pregunté, mientras nos acercábamos a las suaves luces procedentes de la sala.

–A las Colinas de Exter. Busco un puesto 7a.

–Eso es para caminantes –objeté sin verme muy descorazonador–. Se necesita trabajar a tiempo real.

–Pero se gana bien –dijo Sally con voz incómoda–. Lo que aquí gano me permite subsistir y pagar mis deudas. Pero los catalizadores y los gimnasios acondicionadores son un gasto fuerte. Los precios de cualquiera de esas sustancias no son accesibles. Soy joven todavía y puedo darme el lujo de consumirlos.

–¿No puedes pedir un crédito a tu proveedor? –pregunté.

–Es un cabrón –expresó, con un odio por demás salvaje–. Un autentico cabrón. Sus exigencias no me agradan.

Ya me imaginaba qué tipo de exigencias. Siendo tan bella... En cuanto a los gimnasios, sólo alguien de un alto nivel económico podía pagarse un tratamiento acondicio-

nador óptimo. Se trataba de una mujer con grandes expectativas.

–Sólo será por unos meses –se justificó. Dejó la charla a un lado como si todo el asunto la cansara y se retiró por unos segundos a su consultorio-dormitorio. Regresó a la sala, esta vez con unos pantalones deportivos de policolor y una toalla alrededor de su cuello. Pese a eso, la encontré muy tensa y sus manos temblaban más de lo normal.

Apenas advirtió que yo estaba ahí.

–¿Te pasa algo? –pregunté.

Su vista recorrió con temor el apartamento. Retorció un hombro, después el otro. Se tomó de los brazos e hizo varias inclinaciones de adelante hacia atrás, como si estuviera poseída por algún demonio.

La sujeté con fuerza de las manos y alcé la voz:

–¡Te pregunté si te pasa algo!

Tenía el impulso de abofetearla y hacerla salir de ese lapso, pero Sally sacudió su cabeza con violencia. Mantuve la mirada enérgica a la espera de que hablara. Sus labios temblaron, pero al poco tiempo regresaron a la normalidad. El sufrimiento se notaba con claridad en ella.

–Cuando chocamos –dije– perdió su efecto, ¿verdad?

Asintió levemente.

Me pareció un asunto delicado. Ellos no suelen hablar de eso con un caminante: creen que los expone de alguna forma.

Se puso de pie. Dio la impresión de que aún no se acostumbraba a la velocidad normal, como si de repente sintiera los efectos de un fuerte alucinógeno. Para un corredor, dicha sensación era como caer en un agujero profundo, en medio del más absoluto silencio. En ellos, los

objetos reales se convierten, repentinamente, en objetos de museo: los caminantes se asemejan a maniquíes de aparador, las aves parecen quedar suspendidas por medio de un hilo invisible y los relojes son meros adornos, de tal manera que cinco segundos se pueden tornar en dos minutos.

–Es la segunda vez que me pasa –dijo por fin–. Ahora sólo falta esperar.

No me gustó su comportamiento. De repente sentía que las paredes me cerraban la vista y el paso, con ella justo en el centro. Su presencia se podía interpretar al mismo tiempo como una ausencia, y su belleza no era más que una fachada.

–Tal vez deba irme –dije, con la mano en la puerta.

–No –dijo, casi echándoseme encima–, espera.

Me puse de pie. Ella se movió tan rápido que apenas pude darme cuenta que trataba de regresarme a mi asiento. La observé, sorprendido. Mi mirada hacía más de mil preguntas, y Sally supo que debía darlas.

–Son réplicas –explicó–. Espasmos. Siempre queda algo en el organismo. ¿Deseas tomar algo?

–Creo que todavía puedo hallar una cápsula por aquí cerca.

Sally atravesó la sala ante mi escrutadora mirada. Llevaba la paranoia estampada en sus ojos: grandes, sin parpadeos y sin vida aparente. Escuché la caída de varios objetos en el baño, con una violencia y un arrebato que me hicieron saltar de mi asiento. Después el silencio, como siempre sucede después de una tormenta. Escuché su llanto rebotar en las paredes, hueco y lastimoso, logrando aumentar la triste atmósfera.

La contemplé: yo apoyado en el marco del baño y ella en el suelo, rodeada de cajas con analgésicos, cosméti-

cos, trozos de espejo y bolsas de plástico vacías que alguna vez contuvieron catalizadores. Su cabello cubría sus ojos pero noté las lágrimas secas en sus mejillas y un puchero en su boca.

–Acabo de terminar la última ampolleta de cataliza dor –susurró–. Descubrí que no tengo más.

Volvió a llorar, con el rostro enterrado en sus manos. Quise acercarme, pero me abstuve. En cambio dije:

–Yo… quisiera ayudarte, pero no sé cómo.

Algo me decía que todo esto estaba mal. No necesitaba de mucha deducción para saberlo. Tal vez no había chocado conmigo por un mero accidente, y lo que necesitaba era una fuente segura de ingresos. Los corredores son gente que se la vive de lujos y de buena vida. Cuando tocan fondo recurren a otros corredores, algún banco pro corredores o venden sus residencias a precio de ganga para correr un par de miles de kilómetros. Algunos descerebrados recurren a la rapiña y al vandalismo, pero nunca a la última opción: la ayuda de un caminante.

Sin embargo sufría. No quería ponerse de pie, como si el baño fuese su lecho de muerte. Pensé por un momento que tomaría un trozo afilado de espejo y…

Me escurrí en su habitación y tomé de sus estantes una manta. Regresé y la cubrí, alejando de ella algún objeto que pudiera ser peligroso. Su bello cuerpo me presentó problemas al ponerla de pie. A duras penas se recargó en una de las paredes. Al retirar los mechones de su frente, me percaté que sus ojos lucían apagados. Su boca era tan sólo una línea inexpresiva que representaba a una muñeca de aparador sin substancia. Si hubiera querido, le habría hecho el amor y ella no lo hubiera notado.

Sin malicia alguna la despojé de su traje anti fricciones y la arropé en su cama. Al instante comenzó a dormir plácidamente.

Tomé una tarjeta de comunicación, la introduje en la ranura con la dirección de la oficina y dicté:

–No me tomen en cuenta hoy y mañana. Gracias.

* * *

Había llegado la noche. Arreglé un poco el desastre del baño y busqué algo de comer en la alacena. No hallé nada, excepto una bolsa con papas fritas y una botella con agua. Bebí y comí un poco para apagar el hambre y la sed, contemplando cada rincón del apartamento. No sé si eran las luces o la falta de sol, pero el lugar me pareció ahora agra dable. Me sentía como un autentico huésped dentro de un gran hotel, con la agradable idea de saber que no iría a trabajar mañana, acompañado de una desquiciada y bella princesa tumbada en la cama.

Despertó, con la sorpresa de hallarse con un ca misón puesto; sin embargo, un aire de resignación se apoderó de ella. No me dio las gracias por el detalle de cuidarla y salvarla de cometer una tontería. Tuve la impresión de que había echado a perder algo concerniente a su existencia.

–No fuiste de mucha ayuda –gimió–. Pude haberme quedado tirada todo el día y animarme a buscar un catalizador en la noche.

Ya en la mesa se encontró con un desayuno decen te: huevos revueltos, pan francés con miel de maple y un zumo de naranja recién exprimido. Eso nunca falla. No obstante, se inclinó con indiferencia sobre mi obra maes-

tra matinal y comió sin mucho apetito. Creo que la aburría el hecho de masticar la comida y no inyectarse un suero vitamínico en el brazo.

Luego de devorar mi porción y hacer lo mismo con los restos del desayuno de Sally, apareció vestida nueva mente con su traje antifricción. Comenzó a preparar una maleta deportiva lo más rápido posible con todo tipo de ropas.

–¿Qué haces? –pregunté.

–Irme, no pienso seguir así.

–¿"Seguir así"?

–Ya sabes: caminando. Pierdo mucho tiempo.

Eso era claro, lo que no entendía era cómo podía conseguir sus catalizadores. Ensimismada en su asunto, preguntó sin voltear a verme:

–¿Tienes dinero?

Odio esa pregunta, y más cuando la gente está segura de que puede obtener ese favor de mí. Esperaba que fuera más condescendiente y menos directa. Creo que me retorcí un poco ante ese incómodo momento, pero alcancé a decir:

–No sé si te alcance… Yo no gano mucho.

Hizo su transformación: me miró fijamente, con sus brazos amoldándose a sus curveados muslos y un paso sugerente y rocambolesco. Con un absurdo aire de conta dora profesional, a sólo unos cuantos centímetros de mi rostro, dijo:

–Con eso es más que suficiente.

* * *

Estábamos a un costado de la calle, esperando. Yo po-día pasar desapercibido sin ningún problema. Sally, por el

contrario, sería el foco de atención para los caminantes. Cuando tomamos la cápsula, no dejó de expresar su asco por el sudor y los malos olores de ese "primitivo medio de transporte".

–¿Me quieres decir a dónde vamos? –pregunté du rante el trayecto.

–A casa de un amigo.

La cápsula rodó y nos depositó sobre la acera. El edificio era un chiquero, un muladar que bien podía servir como porqueriza. Lucía abandonado, los restos claros de una guerra desatada en la que nadie quisiera quedarse para contarlo. Aquí era donde vivía su traficante. Un cataliza-dor de calidad y sin secuelas podía conseguirse en un es-tablecimiento certificado, pero salía un ojo de la cara. Un supuesto "amigo" era más barato.

Luego de que traspasamos desvencijadas puertas, eludimos hoyos y heces de perro en el suelo, acabamos en frente de una autentica plancha de metal. Sally accionó un timbre y en instantes una voz preguntó:

–¿Quién es?

–Blancanieves. Con sus siete enanos.

–Oh, Sally. Pasa, querida, en un ratito te atiendo.

La plancha se deslizó y dejó ver un apartamento al-fombrado, luces de neón y cuadros parisinos. Tardé unos segundos en reconocer la Octava Sinfonía de Gustav Ma hler que salía disparada del equipo de sonido. El amigo de Sally tenía glamur, pero también me pregunté qué clase de corredor aprecia a Mahler y habla a velocidad normal sin el uso de catalizadores.

Me había imaginado a un hombre enfundado en un saco a la medida, una pañoleta en su cuello y un vaso de whiskey con hielo, pero mi visión era otra: un autentico

monstruo. Su brazo izquierdo era de metal articulado y la pierna derecha era de madera. Su cráneo parecía hecho de cristal opaco sin el menor rastro de oídos. Una línea de escáner representaba sus ojos. La parte inferior de su rostro estaba intacta, pero se escuchaban carraspeos dentro de una máquina, como si nunca hubiera abandonado el aparato de audio. Seguramente había sufrido una amputación y habían reemplazado la mayor parte de sus miembros con prótesis, rellenándole muñones, acoplándole un bafle en su garganta y ajustándole un visor horizontal de cíclope.

Me ganó la pregunta al decir:

–¿Qué diablos es eso?

–Tuve un encuentro fortuito con él en la calle –explicó Sally.

–Sí, pero él es un… caminante.

El hombre arrastró la pata de palo hacia nuestra dirección como si su apartamento fuera la cubierta del *Pequod*. Sin decir más nos invitó a tomar asiento con un gesto ampuloso de su mano sana.

–¿Vienes por más? –preguntó.

–Sólo unas cuantas –dijo Sally–, pero no tenemos mucho dinero. Necesito algo bastante poderoso.

El hombre amputado meneó la cabeza, confundido.

–No me agrada ese "tenemos".

Sally me dio un pequeño codazo en las costillas. Con torpeza busqué en lo más recóndito de mi tarjeta maestra. Allí había lo suficiente para comprar un puñado de catalizadores.

Una vez que el traficante de Sally traspasara el monto a su cuenta personal, regresó con cinco catalizadores envueltos en papel celofán. Me sentí timado, y eso que no era el consumidor.

Sally se puso de pie cual espigada era y dijo:

–Bueno, creo que eso es todo. Adiós.

–¿Quién le hizo esto? –pregunté de súbito. El hombre se quedó paralizado al igual que Sally. El silencio se prolongó tanto tiempo que pensé que no obtendría res puesta. El hombre giró con dificultad y dijo:

–Un laberinto. Un jodido laberinto hace cinco años. Gracias por venir, linda. –Enseguida arrastró su pata de palo y se perdió en las fauces de su apartamento. No quise molestarlo con más preguntas.

Creí que Sally se inyectaría los catalizadores en cualquier momento y me mandaría a la porra, pero no fue así. Traté de que hablara sobre el incidente de su amigo. Yo admití haberme asustado por su terrible aspecto; aún me sentía preparado para escuchar toda la historia.

–Él era un corredor–dijo Sally–, uno muy bueno. Digamos que estuvo en el momento y en el lugar equivocado. Él dice que no es un caminante sino un enlace entre los dos grupos.

–¿Un laberinto puede hacer eso? –pregunté, intrigado.

–También puede apagarte las luces sin que lo notes, cariño. Piénsalo dos veces si quieres convertirte en uno de nosotros.

–Mi corazón es débil. Sufrí un infarto a temprana edad.

–Qué pena. Te hubieras divertido tanto.

Aguardó, con una semisonrisa en el rostro. Yo me vi obligado a hacer lo mismo. Balanceó sus brazos al mismo tiempo de que caminaba, un poco más relajada que la últ tima vez. Yo no dejaba de estar quieto por la situación de hallarme acompañado por una corredora impulsiva: dos

seres distintos compartiendo el mismo aire y el mismo espacio. No conocía a nadie que cuestionara mis amistades, inclusive que se preocupara por mí al respecto. Supongo que ella tenía millares de amigos –siendo una corredora, es lo lógico–, pero muestran más intolerancia a todo lo que tenga que ver con los caminantes. No somos más que unos burdos caracoles para ellos.

–¿Te has incendiado alguna vez? –pregunté, pendiente de que nos recogiera otra cápsula–. Yo he visto en los noticieros a muchos que se incendian como muñecos en feria de pueblo.

–Me agrada el fuego, el del interior, cuando ni siquiera parpadeas y tu corazón late al mismo ritmo que el de un colibrí. Es una sensación increíble.

–Yo me refería al exterior. Ya sabes… como un fós foro.

–Me ha sucedido una que otra vez. Claro, no cerca de los caminantes. Ahora es muy difícil que suceda eso debido al perfeccionamiento del material con el que están hechos los trajes antifricción. Por cierto, creo que necesito actualizarme: el mío está bastante gastado.

–¿Los choques son muy comunes? Digo, no se da mucho, ¿verdad?

–No. Bueno, sí en cierto sentido. Es un exceso de confianza cuando corremos. Es como si te preguntaras metros y metros antes de alcanzar un obstáculo si lo puedes saltar o eludir, pero hay ocasiones en que nos hacemos la pregunta a escasos centímetros. Creo que contigo me pasó lo mismo.

Parecía sopesarlo en su mente. Podía escuchar el mecanismo de un reloj suizo y los enlaces de electrones chocar unos con otros mientras estudiaba mi rostro. Lue-

go sentí su antipatía surgir de nuevo, esta vez corregida y aumentada.

Creo que ya estaba empezando a acostumbrarme a ella y a sus constantes cambios de humor. No me sentí ofendido por ello ni lo tomé como algo personal, aunque su malintencionado choque conmigo tuvo fines propios.

–Voy a probar uno –dijo, con sus ojos cafés brillando y dirigidos al paquete de catalizadores–. Esta noche.

Me sentí más aliviado cuando fuimos a beber un café. Tomamos asiento en la terraza de un local. Yo pedí un descafeinado y ella un expreso. Se me quedó mirando, pero no creo que estuviera acostumbrada a leer expresiones preocupadas en otros. Esperé con paciencia a que me revelara su plan.

–Hoy voy por una casa; pienso darte tu parte por los catalizadores y algo más por la molestia –dijo ella, apenas sorbiendo su vaso.

–¿Casa? –dije. Me tomó un tiempo registrar aquello. Sin que fuera mi propósito, me había involucrado en un gran revoltijo–. ¿Y qué vas a hacer?

–No pienso en algo brutal; sólo una sutileza. –Su sonrisa parecía enfermiza. Tuve un brusco escalofrío al escucharla hablar.

Eso no tenía la menor lógica, desde luego. Ella no necesitaba de un simple caminante para allanar las casas. ¿Qué podía ofrecer? ¿Mis manos chatas y toscas? ¿Mi podrido cerebro? ¿Más de mi cuenta? Tenía un buen puñado de catalizadores en su bolso; todo lo que necesitaba era tragarse uno de ellos y sentir el cambio brusco. Y lo peor de todo es que estaba a punto de fastidiar a uno de los míos. Sin embargo, Sally dictaba las órdenes y yo las obedecía como fiel mascota.

–Puedes dejarlo así –dije–. Yo estoy bien. No creo que necesite más.

–No es lo que tú necesites, sino lo que yo necesito. Luego de treinta minutos los catalizadores comienzan a surtir efecto. No puedo estar activa y al mismo tiempo percatarme de que no hayan instalado un laberinto. Tú me dirás si tengo el camino libre.

Entonces vi con claridad sus intenciones. Se había descubierto tal cómo era.

–Nunca chocaste conmigo por puro accidente –observé–. Era la única forma de resolver tu desabasto.

–Eso no es lo que yo… no es lo que quise hacer. ¡Maldita sea, no me mires así!

¿Cómo podía mirarla, entonces? Ella me tomó con brusquedad del brazo y dijo:

–Así son las cosas, ¿sí? Entiende que esto no se trata de absurdas leyes e insulsas morales. Se trata de subsistir. ¡Al demonio lo que sea correcto o no correcto! Si yo tengo la capacidad de hacerlo, le sacaré el mejor provecho. Puedes perderte, si quieres. Yo lo haré sola.

Me sorprendió con su furia. La miré durante un momento, sin saber cómo proceder: ¿Irme de ahí, seguirle el juego… o llamar a la policía? Observé su mirada feroz, la boca trémula, la postura de agresividad provocada por mi duda.

Retiró la taza de café expreso hasta el centro de la mesa y se paró de súbito, sin darme tiempo de responder. El asunto había quedado arreglado.

A última hora de la tarde comenzó a llover, y en instantes el cielo adquirió un tono grisáceo oscuro. No hubo estrellas que comenzaran a despuntar, ni mucho menos una tímida luna. Eso podía permitirle a Sally no ser vista.

Ella iba a mi lado, con un ojo en la acera y otra cerciorándose de que yo siguiera ahí. Las gotas comenzaban a caer en su rostro, con la máscara en su mano y la bolsa con catalizadores en la otra. Iba estudiando cada una de las fachadas de las casas, como si pudiera su vista penetrar en cada una de ellas y observar la estructura interna. Sus gestos no revelaban haber encontrado una que fuera de su agrado; en otras se mostraba complacida, pero terminaba por descartarla.

Sally ordenó un alto, justo cuando ya era de noche y la iluminación fosforescente había aparecido en los mamparos. Nos plantamos enfrente de un edificio de cristales polarizados, con escaleras de mármol al pie de la puerta principal. Las luces empotradas no iluminaban lo suficiente, mientras que el moho y las manchas de contaminación habían creado un efecto decadente y sucio en los cristales.

–Este edificio tiene algo –dijo Sally–. Apuesto a que esconden cosas lindas.

–¿Tú lo crees? –pregunté, sin dejar de mirarla.

–Tarjetas de crédito, joyas, monedas de plata… Nos daremos la buena vida, corazón.

–¿En serio quieres meterme en tu plan?

Sally me apuró a subir las escaleras con sigilo. Me dio unas pequeñas instrucciones de cómo debía abordar el lugar y nos pusimos de acuerdo en la señal. Por un momento no alcancé a poner atención a lo que decía debido a que comenzaba a saltarme la idea de que esto no estaba nada bien.

Y creo que ese fue mi primer error.

Tomó impulso y me arreó un puñetazo en el estómago el cual me dobló en dos. Se irguió retadoramente,

como si el hecho de que fuera mujer no le impidiera levantar los puños y defenderse. En definitiva no se trataba de la misma mujer que me había reparado la nariz.

–¡No te atrevas a hacer estupideces! –ladró con desprecio–. ¡Ni lo intentes!

Traté de recuperar todo el aire de mis pulmones, al mismo tiempo de que me ponía de pie. No podía siquiera mirarla. Deseaba, deseaba…

–Ahora colócate allí y llama. Iré a darle una vuelta a la cuadra para calentar –exclamó.

La obedecí a regañadientes. Cuando desapareció en la curva, respiré muy hondo y llamé a la puerta con el bocal.

Sintiéndome estúpido, intenté quitarle importancia al asunto, pero la expresión en los ojos de Sally quedó prendida en mi retina. Creo que le hubiera gustado darme unos cuantos golpes en mi cabeza. Me puso furioso. Ella sólo quería que echara un vistazo, uno pequeño para hacerle saber que allí no había ninguna clase de laberinto. Tenía que hacerlo lo más rápido posible a fin de que ella no entrara en sospechas.

Escuché pasos al otro lado de la puerta. Después, una voz:

–¿Quién es?

No supe qué contestar. Por un momento pensé que se asomaría una escopeta y me volaría la tapa de los sesos. Me estremecí ligeramente, a la espera. No podía evitar pensar en aquel ser deforme con pata de palo que decía ser un corredor y en la terrible broma de la que fue objeto. Por un instante me sentí enfermo y aturdido.

–¿Quién es? –volvió a preguntar la voz con furia.

Vacilé y me sujeté con nerviosismo al barandal. La puerta no estaba abierta, pero tampoco estaba nada ase-

gurada. Di un empujón fuerte, apenas lo suficiente para destroncarla de su lugar. La oscuridad me recibió.

–Por las buenas, mejor váyase –dijo la voz, esta vez más cercana.

A lo lejos, sobre un pasillo percibí su silueta recortándose en una luz amarillenta de fondo. En sus manos portaba un tubo de aluminio.

Miré hacia arriba a causa de un reflejo de metal brillante. En realidad era bastante metal, bastante abigarrado, casi a punto de descender con fuerza en el suelo de hormigón.

Una mujer en bata y una niña que no sobrepasaba la cintura se acercaron intrigadas.

–¿Es usted un corredor? –dijo el hombre aferrando con mayor fuerza el tubo. Sus ojos no me los podía quitar de encima.

–¿Acaso me ve correr? –pregunté.

Había una cierta quietud en el ambiente que me ponía nervioso. El hombre estaba decidido a toda costa en defender su hogar y a su familia. La mujer no dejaba de titilar a su lado, mientras que la pequeña niña no entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

–¿Viene solo? –volvió a preguntar el hombre.

–No, tengo alguien conmigo. –Di un paso hacia atrás–. No les hará daño.

–Háganlo: no les tengo miedo. Vengo preparado.

Miré a mi alrededor y dije:

–Lo sé.

Dejé la puerta emparejada, apenas lo suficiente para ver el resquicio. Regresé a la acera. Dentro de mí sucedían muchas cosas. Intenté advertirle, hacerle saber que estaba

mal lo que iba a hacer. Sólo podía estremecerme justo ahí, deseando que no se acercara. Sentí ganas de vomitar.

Agité la mano justo por encima de mi cabeza, con los ojos apretados. Nunca supe exactamente qué dirección tomó.

Escuché un golpe seco no muy lejos de ahí. Miré hacia el edificio por puro instinto, pero no tuve las agallas de escuchar.

Al tomar la curva, observé sobre el suelo un cuadro de luz que proyectaba la silueta borrosa de Sally. Mordía sus labios con perturbación, absolutamente incapaz de reaccionar. La asaltó el pánico, la misma clase de terror cuando pierden el control de su velocidad, la misma sensación de angustia e histeria de un ladrón a punto de ser ahorcado. Las paredes cortan tan finamente que no sale sangre hasta que las sinapsis fallan y los primeros temblores hacen que el cuerpo ceda a la gravedad.

Entonces gritó, con los brazos alzados y su cuerpo siendo expuesto a un infierno sin salida. Su traje se rasgó y de ella comenzó a manar una mancha de sangre. Una expresión descompuesta, sólo eso. No pudo reaccionar a tiempo al ver una pared, justo antes de romperse los huesos en mil fragmentos y en total silencio.

Tres minutos después observé un charco de sangre escurrirse en un pasillo del centro.

–Ahí está –dijo el hombre, con la mirada fruncida.

–¿Está muerta? –preguntó la mujer en un susurro quebrado.

Pasaron unos cuantos segundos hasta que contestó:

–No, pero ha perdido mucha sangre.

Miré a Sally o lo que quedaba de ella. Su traje aerodinámico no soportó la fricción del aire; tenía los músculos

convertidos en puré y sus piernas estaban tan rotas que se doblaban como un muñeco de trapo. La sangre a su alrededor la rodeaba al igual que un jacuzzi.

Llegó una cápsula-ambulancia. Pronto hubo policías por todas partes, y vecinos de pie en sus patios, hablando entre sí frente al edificio. Cámaras de televisión llegaron a tiempo para obtener imágenes del cuerpo, envuelto en una hoja de plástico al ser sacado. Había hombres y mujeres yendo y viniendo por todos lados. Supuse que estaban haciendo todas esas cosas estándar que hace la policía, tomando huellas dactilares, buscando evidencias.

Y las encontraron. No me quedó más que admitir el tráfico de catalizadores.

Ahora soy el prisionero C-2842957. El doctor dice que puede arreglar mi problema cardíaco, y que pronto no necesitaré de más cápsulas de transporte y esas insulsas 24 horas del día. Pero se está muy bien aquí, en la oscuridad y rodeado de cuatro gruesas paredes.

Porque no hay espacio donde ellos puedan correr.

El anuncio no procesado

Estaba a punto de entrar a las oficinas de *El Resplandor* cuando me asaltaron las extrañas ansias de fumar un cigarro. Arribé a la minitienda, me planteé enfrente del tendero y dije:

–Deme una cajetilla de Tobbhawk.

Sacudí la cabeza y fruncí el entrecejo, totalmente extrañado de haber dicho eso.

–Aquí tiene, señor. Son cinco américos.

Permítanme decirles algo muy importante: yo no fumo.

Intenté ver las causas que me estimularon a querer hacerlo y fue entonces que recordé que una publicidad animada de cajetillas Tobbhawk me hizo fijarme en la actriz Shampoo Belmonte. Ese día las cajetillas Tobbhawk se aprovecharon de mi situación. Yo tenía una cita importante con el editor en jefe del suplemento Viajeros, lo cual

supone interrumpir mi recorrido itinerante y acudir a la capital para discutir con él algunos puntos de mi artículo de los domingos. Llaméenlo ansias, nerviosismo, estrés, lo que sea, pero necesitaba algo para tranquilizarme. Un cigarro, por ejemplo.

La bella Shampoo corrió a todo lo largo de la playa para refugiarse a los brazos de su fortachón, mientras flotaba el anuncio:

NADA COMO LA LUNA DE MIEL
EN COMPAÑÍA DE TOBBHAWK

Enseguida Shampoo miró mis pupilas y dijo con su bella voz de contralto:

–Sabor del bueno. Sabor con estilo.

–Son cinco américos, señor –repitió el tendero, regresándome al tiempo presente. Yo tenía el billete en la mano, sin soltarlo, mirando atónito el paquete de cigarros, hasta que pude por fin anular el mensaje.

Retiré el paquete del mueble y dije:

–Guárdelos. No son mi tipo.

El tendero me miró con mala cara y volvió a dejar el paquete en su estante. Atrás de él se hallaba un anuncio en tercera dimensión que rezaba:

APRENDA A TOCAR LA TUBA EN MENOS DE UNA SEMANA. SIN MAESTROS, SIN NECESIDAD DE TEORIA MUSICAL, SIN GUSTO POR LA BUENA MÚSICA DE CÁMARA. SÓLO REQUIERE LEER ESTE ANUNCIO

Una niña con trenzas rubias inflaba sus mejillas a medida que soplaba en la boquilla del instrumento con

buenos resultados. Todo un auditorio estaba de pie aplaudiendo y haciéndole saber a la ejecutante que tenía un talento especial.

Con eso tuve suficiente.

–Está bien –dije–. Deme uno de esos instructivos. Ahora lo único que me faltaba era la tuba.

* * *

Luego de haber hecho la compra idiota del año, entré en la oficina del licenciado Cárcamo no sin antes pasar saliva y aflojar el nudo de mi corbata. Pequeñas perlas de sudor aparecieron en mi frente cuando me vi en un espejo. No era el momento de enfrentarme con ese hijo de puta.

Vacilé en la puerta. Luego de mandar al diablo a todo y a todos, enseñé las huellas dactilares en la placa y la puerta se aflojó. En el aire demasiado cálido se respiraba un aroma fresco y turbador. Grandes globos de luz flotaban en círculos permitiendo un cambio a la atmósfera, pero tan acompasados que uno apenas lo no taba. Había estantes por todas partes, los cuales alcanzaban el techo, atiborrados de hololecturas e injertos culturales.

Detrás del escritorio se revolvía una masa compacta hecha a base de grasa y canas, enfundada en una camisa arrugada de mala talla. Alzó sus ojos por encima de sus anteojos bifocales y dijo:

–Buenos días, Eddie. ¿Cómo resultó tu viaje?

–Mal. Los ñizus me hicieron comer testículos de cabra y matar un cerdo, no sin antes casarme con la hija del médico brujo –dije, con claro acento sarcástico–. ¿Qué le pareció el artículo?

El jefe aceptaba los textos sin notable entusiasmo, así fueran serios contendientes a ganar el Premio Nacional de Periodismo. (Y sus rechazos eran tan bruscos que perdía con facilidad la paciencia y lo mandaba a uno directito a la chingada).

Esta vez su respuesta fue:

–Tuvimos que hacer algunos cambios de estilo.

Cuando decía eso, por lo general era "un total cambio de estilo". Pero no importaba: con tal de que saliera impreso con mi firma y me permitiera cobrar un bono extra, yo estaba encantado.

Seguía en sus asuntos sin importarle mucho mi presencia: revolvía papeles, apuntaba algunas cosas en su agenda, miraba su computadora y anotaba algo en ella... Antes de que tomara eso como un acto grosero, dijo:

–Hay problemas allá arriba, Eddie. –Señaló el techo con un dedo gordo y por fin me puso atención, esta vez con un gesto de inquietud–: La revista no es del agrado del presidente.

–¿No es de su...? Oiga, jefe, al presidente última mente le ha dado por que algunas cosas no sean de su agrado. ¿Entonces por qué no lo dijo antes?

–Fácil. Porque su padre, el licenciado Madariaga, amaba esta revista. Ahora hay cambios drásticos, y este niño piensa que lo mejor sería que el suplemento fuera ab sorbido por la sección de cultura. Ya sabes cómo se portan cuando se trata de hacer planes de abstinencia.

–¿Y piensa hacer algo?

El jefe era el amo y señor del suplemento Viajeros, pero en lo que respecta al exterior de su oficina y de su propia gente, no era más que un pobre corderito en busca de otro amo que pudiera darle de comer con la mano.

–Si crees que estaré a las órdenes de otro –dijo–, estás equivocado. Harán del suplemento su cagadero y a mí me tratarán como su patiño.

Hubo un tiempo en que el suplemento tenía mucho prestigio entre las comunidades dedicadas al turismo y a la cultura, así como al buceo y la biología. Sin embargo, el carácter del jefe y su largo tiempo al frente habían hecho mella en la publicación. Las historias de sociedades apartadas dejaron de tener importancia debido a que, bue no, alcanzaron a verse influidas por la civilización occi dental. En realidad, el mundo era una esfera occidental: uno podía aparcar su aeronave en El Cairo y encontrar una cierta similitud con Nairobi; podría aparecer de repente en Frankfurt y pensar que no había salido de la ciu dad de México o confundir Glasgow con Montreal. Las tiendas de moda vendían la misma ropa a un malasio y a un boliviano. El menú era un revoltijo entre sushi, paella, hamburguesas y tacos. Habíamos visto como se fundían las tradiciones y costumbres en una sola. Teníamos las canciones de Mireille Mathieu para recordar el francés, las películas de Sir Lawrence Olivier para añorar el inglés, los poemas de Neruda para conquistar en español, aunque nadie los hablara hoy en día.

Los ñizus compraban cajas y cajas de Tobbhawk, se embobaban del mismo modo que un esquimal por las cur vas de Shampoo Belmonte, escogían sus números favoritos para la lotería mundial y jugaban a las cartas en línea.

El entrevistarlos me resultó muy aburrido y monótono. Nunca me hicieron comer testículos de cabra y matar a un cerdo, mucho menos me obligaron a casarme con la hija del médico brujo. "Los médicos brujos" eran simples dentistas, pediatras, nutriólogos, ginecólogos

y demás logos. Lo único importante que los distinguía era una lanza ñizu auténtica, protegida por un campo de fuerza magnético en un museo. Tomé una fotografía y eso fue todo.

En realidad, la repetición y algunos vicios en el con tenido de la revista habían comenzado desde que yo era asistente hacía más de quince años. A partir de ahí todo fue cuesta abajo. Éramos el hazmerreir de toda la editorial.

El jefe comenzó a armar un alboroto en su escrito rio; palpaba marcadores, micronotas de cuarzo, informa dores de silicio, apuntadores de aire, hasta que por fin dio con una anotación.

–Eddie –dijo–, te mandé llamar porque quiero ha- certe saber mi plan, mi intento por rescatar el suplemento de las garras de esos bastardos.

–Lo escucho.

–Se trata de los resultados del IMCE: Instituto Metropolitano de Cómputo Estadístico. Allí se reúnen todos los datos existentes en un solo banco: los archivos públicos, financieros, médicos, técnicos y culturales. Allí estás tú y estoy yo. No es como en la vieja red donde encontrabas información valiosa; es la información que te da una serie de características reales. Por ejemplo, el color de tu piel y ojos, Eddie. Sus archivos pueden decir me en cuestión de días cuántos niños pelirrojos existen en el mundo y cuantas amas de casa han comprado una escoba nueva.

"Un técnico allí dentro me ayudó a programar una búsqueda clandestina. Estaba sorprendido: la máquina dice que hay más tribus culturales de lo que pueda ha ber... Pero no existe ninguno aquí en la Tierra. ¿Quieres saber dónde? En la mismísima Luna. ¡En la Luna! Estoy

casi seguro que puede tratarse de un error en la información cargada; la máquina no puede estar equivocada. Pero me parta un rayo si no es así, porque mi contacto y yo repetimos las operaciones infinidades de veces y nos arrojó el mismo resultado.

"Lo más extraño del caso, Eddie, es que en ese lugar se ha registrado el más bajo alcance de la publicidad en la historia de la humanidad. Algunas tribus apartadas del África, de las Amazonas y de las islas polinesias tenían ese honor, pero desde hace más de cien años se han visto obligados a adoptar las necesidades de todo el mundo. Ellos rechazan y no consumen ningún producto o servicio de los tres grandes monopolios del mundo porque no parecen necesitarlo.

Mi mente se borró. Me costó trabajo creer que una tribu se hallará viviendo en la Luna, logrando subsistir a base de roca ígnea, mariscos diseñados genéticamente y plantas abastecedoras de oxígeno. Será mejor que no sea una treta del jefe, me dije.

–Cada vez muchos etnólogos han supuesto el total exterminio de la identidad social de una geográfica específica –continuó la masa de grasa y canas–. A nadie se le ocurrió verificar si en la Luna existía una autentica tribu con costumbres propias. Habíamos pensado que su superficie era seca y áspera.

–¿Qué quiere que le diga, jefe? El turismo hoy en día se basa en contradicciones. Lo que ayer es un paraíso hoy es el infierno.

–Tienes razón, Eddie: la Luna no es Río de Janeiro. Es la prueba existente para saber con nuestros propios ojos cómo eran nuestros antepasados. Y tú serás quien escriba eso.

Eso pudo sonar muy bien en otro proyecto, pero ahora sonaba disparatado. Tal vez ciertos ancianos vean con lógica lo que les dicte su mente, pero es la prueba clara de que se les ha zafado un tornillo.

Intenté hacerle frente a su orden por todos los medios posibles, pero su manaza borraba en el aire cualquier palabra mía. Tomó su bastón de madera y comenzó a cojear hacía mí. Me aferró del hombro con ese afecto de padre cariñoso que nunca tuve y dijo:

–Cuando descubrí esa información, la primera persona que pensé fue en ti, Eddie. Tú tienes facilidad de palabra; harás que esta gente hable y te explique cómo demonios lograron burlar la influencia de la Tierra.

Movió su poderoso mentón al mismo tiempo de que clavaba sus ojos grises sobre los míos, con ese brillo de perspicacia que suele haber en un hombre de fuertes convicciones. Su obsesión era conocer la verdad a cualquier precio, así fuera un choque cultural sin precedentes y estuvieran hacinados en un satélite natural sin explotar.

–Son grandes estudiosos y todo el tiempo charlan de política, de economía y de ciencias. Los desgraciados no acudieron a ninguna universidad o colegio, pero tienen los conocimientos necesarios para tener un doctorado. Esa gente está instruida de un modo diferente al nuestro, Eddie, y allí es donde quiero conocer el embrollo de todo eso.

Las opiniones del jefe hacían que mi curiosidad se estimulara, a tal punto de preguntarme qué clase de sociedad podía vivir en esa clase de condiciones.

–¿Y me quiere decir de qué forma piensa enviarme a la Luna? –pregunté, ya decidido.

–Hay que arreglar algunas cosas primero, Eddie. Su paraje no puede ser visto desde un telescopio. Por lo que

he investigado, se hallan viviendo dentro de cavernas artificiales, hechas para distintos fines de investigación.

–Entiendo.

–Quiero detalles; entre más inusuales, qué mejor. Lo importante es adentrarte en sus vidas. Si tenemos suerte tal vez sea publicada tu crónica. ¿Cuento contigo, Eddie?

A través de la pantalla instalada en el escritorio del jefe pude ver a las dos secretarias del jefe arrojarme miradas de culpa. Me arrepantigué en la silla y traté de desco nectar el cerebro. Por supuesto, estaba dispuesto a hacer el trabajo, pero sabía que el jefe se llevaría los aplausos por mi trabajo. No me quedaba más que seguirle el juego.

El jefe exhaló, sorbió un poco de su café térmico, se reclinó en el respaldo y luego se entrelazó los dedos sobre la nuca.

–¿Alguna duda, muchacho?

–Sí. ¿Cuánto durará este chiste? Quiero decir, ¿cuánto tiempo voy a estar allí varado?

Subió los zapatos a su escritorio sin quitar las manos de su nuca y sin dejar de sonreír como el guasón que era.

–El tiempo necesario para saber contra quién se revelan.

Asentí y salí de su oficina, no sin antes mandar al diablo a sus dos aves de rapiña.

* * *

Me tomé la hora de mi descanso para rumiar aquel asunto mientras miraba la panorámica desde el restaurante donde almorzaba. Podía imaginar toda la estructura de mi repor taje, pero no sabía siquiera por dónde empezar. Tampoco sabía qué esperar de aquella extraña gente: debían ser los

seres más insociables para tomarse con tanto reproche a la publicidad y la política exterior. Pero mi cerebro estaba tan seco como una hoja de otoño. Las notas mentales morían nada más al pensar en ello. Una fuerte inquietud me asal taba. ¿Qué conclusiones se podrían sacar de todo esto?

Nunca fui un conocedor de la forma en la que trabajaba la publicidad. Alguna vez leí un libro acerca de la famosa publicidad subliminal y los efectos que puede tener en un hombre expuesto a ella. Verán, yo trabajo con las ideas fijas y claras: nada de metáforas, figuras retoricas o simbolismos, mucho menos mensajes escondidos en mi escritura. Yo puedo sobrevivir con eso, y el trabajo ayuda bastante a mitigar el frío y el hambre. Pero nunca cruzo la línea del artista, mucho menos la de un maldito manipu lador. El viejo quería convertirnos en unos hijos de perra en potencia, haciendo de nuestro trabajo una burla. Lo bueno es que yo siempre activé una alarma cada vez que sucedía esto.

Cuando el jefe dice, "la primera hora del día" no exagera ni un ápice. Tres hileras de cuatro puntos titilaron en mi mano izquierda. Acerqué la muñeca de esa misma mano a mi boca y dije:

–¿Sí?

–Eddie, ya es muy tarde. ¿Cuándo planeas salir a la Luna?

–Cuando deje usted de fastidiarme. Hago lo mejor que puedo.

–Pero has pensado algo para el reportaje, ¿verdad?

–¡No! –le grité a mi muñeca. Me tranquilicé por un momento y dije–: Mire, yo tendría que estar allí para verlo e inspirarme. Por ahora tengo la mente en blanco. Su encargo al vapor no me permite poner en orden las ideas.

–De acuerdo, Eddie –dijo, un poco decepcionado–: Mientras haces el viaje, te enviaré un poco de información para que te empapes. Buena suerte, muchacho.

–Nunca la necesito. Y usted lo sabe.

Ahogó la conexión. No le agrada que le recuerden el talento de sus empleados.

Salí del restaurante con el estómago lleno y comencé los preparativos del viaje. Conseguí un buen guardarropa de marca. El cielo concordaba con mi estado de ánimo: gris, nublado, ligeramente amenazante. Pensaba en Luna, y me sentí cada vez más como un virgen en sacrificio subiendo a alguna oscura ofrenda azteca. Pero todo iba bien a menos que el jefe Cárcamo tuviera otros trucos bajo la manga. No quería decir que no me tomara mi oficio en serio. Mi inspiración y transpiración por el trabajo estaban casi al nivel de Edison. Pero no me tomo a los editores demasiado en serio, especialmente cuando no expresan los gustos de los periodistas.

En el espaciopuerto tomé la última edición del *Rotativo Express*, nuestra digna competencia. Sus notas no eran nada especulativas y carentes de interés como el periódico donde yo laboraba. Hacía más de cuarenta años que el viejo estaba al frente del suplemento y dejaba que sus gustos excéntricos florecieran. Yo podía hacerle frente a la parte moral y justa de su conciencia, pero nunca a sus alocadas ideas.

Mientras pasaba al disco de espera, esquivando las ráfagas de aire cargado de polvo, recordé la información que el jefe me había enviado. Conecté el monitor portátil a la entrada estándar de mi muñeca y comencé a leer.

Antes de que el programa espacial diera el banderazo para conquistar los planetas y satélites más cercanos,

nadie tenía idea de quiénes eran los Lunarios de *La Flor Incandescente.*

Primero, y que les quede claro, es absolutamente erróneo pensar en ellos como un grupo. Nadie elige gobernantes ni oficiales, ni siquiera saben quién es el encargado de suministrar la leche. No suelen hacer reuniones y no festejan nada, excepto el momento en que pisaron la Luna y decidieron habitar sus profundos cráteres.

Cuando las autoridades del IMCE decidieron poner manos a la obra y registrar a todos y cada uno de los habitantes del Sistema Solar, no contaron con el hecho de que los Lunarios de *La Flor Incandescente* fueran a tomar la decisión de no pertenecer a ninguna clase de estadística que tuviera que ver con la Tierra. Su independencia raya lo ilógico. Muchos agentes del IMCE han querido entrar a sus complejos para darse una idea del número de personas, pero nadie ha corrido con tanta suerte. Antes de que opriman un botón de su calculadora, son ahorcados e incinerados en una hoguera.

El grupo recibió su nombre de una nave espacial llamada *La Flor Incandescente.* La nave es muy grande, incluso según los estándares de hoy, y tan vieja que suele ser risible el hecho de que aún pueda surcar una ruta programada. Originalmente estaba prevista como una nave estelar tipo crucero, de esas que suelen ser utilizadas para viajes turísticos, pero un grupo de científicos la compró bajo la subvención de importantes empresarios dispuestos a invertir en un laboratorio en la Luna y así recurrir a ellos en caso de un invento o descubrimiento que ellos pudieran explotar. Cuando importantes empresas desparecieron o fueron absorbidas por uno de los tres grandes monopo-

lios, ninguno de ellos se interesó en el trabajo de un grupo de charlatanes.

Se consideran unos anarquistas lógicos: ven a cualquier clase de gobierno central como una amenaza. No tienen ninguna intensión política y no buscan ninguna clase de poder económico, social o cultural. Antes eran un grupo de moda, pero durante el paso de los años la sociedad se ha olvidado por completo de ellos, excepto el testarudo jefe Cárcamo. Se piensa que esta indiferencia por parte de las autoridades es idónea para los Lunarios de *La Flor Incandescente*, pues de esa forma pueden echar a andar con más libertad un plan que involucraría algo grande, lo suficiente para cambiar el rumbo de la Humanidad.

Han tenido que sacrificar mucho para invertir en sus proyectos, a tal punto de tener que prescindir por completo de la influencia de la IMCE, el Gobierno Central y los Tres Grandes Monopolios. Sus laboratorios son avanzados, pero sus casas son rusticas y no menos las ropas que visten. Son una especie de cruce entre neandertales y la familia Curie.

Su tono de piel es bronceado, muy natural, sin esa marca de sol que suele caracterizar a los trabajadores al aire libre o a las mujeres que suelen pasear por Ibiza de vacaciones. Su cabello es rojizo, muy lacio, proveniente, se dice, de un origen remoto, entre el irlandés y maya. Las únicas fotografías disponibles me mostraron más que las descripciones. Los ojos, por ejemplo: grandes, fijos, sin rasgos toscos aunque sin ser de una belleza ortodoxa. Miran como si fueran animales exóticos o jugadores de ajedrez a punto de dar un jaque mate. No se puede negar el hecho de que sean salvajes, pero dentro de su salvajismo

hay reglas de comportamiento, como el hecho de escupir sus camas para tener sueños tranquilos y no diferenciar los postres de los entremeses y platos fuertes.

Lo que el jefe había dicho era cierto, por supuesto: los técnicos del IMCE habían establecido un programa controlador, pero los datos arrojaban una incidencia. Sin embargo podían haberse equivocado, aunque sólo fuera un digito erróneo, una clave mal enviada o una infructuosa búsqueda.

La nave que me dirigiría a la Luna no era propiedad de una línea oficial. Esto se trataba claramente de un viaje personal, sin ser una ruta comercial de negocios. Los únicos puntos de destino eran Copérnico, Tychus y Clavius. Donde vivían los Lunarios de *La Flor Incandescente* se hallaba en el lado oculto de la Luna, donde nuestros trastos no los molestaran durante la ducha. La red de tubos neumáticos tampoco me trasladaría a tomar mi aeronave, por lo que tuve que hacer el trayecto a pie en los pasillos.

Cuando arribé al hangar designado, lo primero que vi fue un yate de aceleración media. Su hermosura estribaba en lo pequeño y arcaico; bien cuidada y claramente distinta. En la popa había un dibujo de Betty Bop con cuernos de diablo, lo cual me pareció muy cómico.

Una cabeza se asomó boca bajo de la panza de la aeronave, como si se tratara de un conejo saliendo de su madriguera. Enseguida volvió a meterse y apareció en la escotilla un hombrecillo con camisa de manga corta. Sus brazos era rechonchos y por las quemaduras supuse que era muy experimentado en cuanto al funcionamiento de maquinas propulsoras.

–Usted es Eduardo Trochi, el periodista.

–Y usted es No Tengo Ni Puta Idea.

Sonrió, sin ofenderse.

–Tiene razón, señor –dijo–. Mejor llámeme Rufo.

Creo que se sentía complacido, pero no por mi persona, sino por la remuneración de un viaje tan largo.

–¿De modo que usted quiere ir al otro lado de la Luna? –preguntó–. Mi aeronave es capaz de soportar el frío de ese lugar, pero no por mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse ahí?

–No lo sé –dije–. Supongo que una semana.

–Eso me parece estupendo. De esa forma yo lo esperaré en un lugar más cálido y confortable. Espero lo entienda. Los circuitos deben mantenerse a una temperatura estable si no queremos perder el curso, señor Trochi.

Depositó mis cosas en un compartimento y me enseñó el espacio interior. Me abrumó que el lugar oliera a encerrado y el óxido se extendiera a sus anchas en todo resquicio. Asomé la cabeza para ver el panel de instrumentos; nunca había visto tantos diales. Los controles de vuelo alumbraban la cabina como la marquesina de un cabaret. El volante estaba hecho a base de una cadena fija, con una flor de cempasúchil entrelazada. Una máquina expendedora de cerveza también se hallaba ahí, pero por ningún lado aparecía una azafata para preguntarme si quería un poco de champagne o cacahuates salados.

No era la *Martian Airlines* o la *Centre Galactique*, lo sé, pero me rebuzna pensar en la tacañería del viejo.

Rufo llamó a la torre de control. Luego de que obtuviera el permiso, despegamos.

* * *

Cuando llegamos a la Luna me encontraba agotado. Habíamos recorrido una larga distancia y ahora respiraba con dificultad. Rufo me suministró unos analgésicos y una carga de oxígeno con una válvula de respiración integrada.

Resultaba difícil decir cuán grande era *La Flor Incandescente*. Cuando la vi por primera vez desde la nave, presentaba una tosca forma circular de unos cinco kilómetros de diámetro, pero eso sólo pude deducirlo mediante la circunferencia de un cráter y el avistamiento de una que otra instalación. El cráter no era profundo debido a la acción erosiva que ha ejercido durante millones de años, logrando desgastar sus descomunales murallas.

La aeronave había posado en una plataforma improvisada, conectada directamente con una cámara de servicio. No había nadie que nos recibiera, hasta que nos adentramos en una sala atiborrada de metal. Allí había dos sujetos sosteniendo una charla. Al vernos, no dieron crédito de nuestra presencia.

Rufo salió disparado en dirección contraria, mientras yo me las tenía que arreglar con esos dos hombres. Aceleraron el paso hasta llegar a escasos centímetros de mi rostro. Uno de ellos bramó:

–¿Qué hace aquí?

Iban desnudos de los torsos, pero llevaban una falda que los protegía de sus partes íntimas. Sus botas lucían pesadas, algo maltratadas, con los cabellos del mismo tono rojizo y tan largo que les caía en la frente. No iban armados ni nada parecido, pero el encontrarse con una persona que por principio no debía estar allí los hizo ponerse a la defensiva.

–¿Entiende lo que digo?

–Por supuesto –sonreí–. ¿Serían tan amables de decirme donde se encuentra la aduana?

Ninguno de los dos entendió el chiste.

–Regrese. Este es un territorio prohibido.

No estaba dispuesto a irme. Mi mejor pretexto ocurrió justo en ese momento: la aeronave de Rufo comenzaba a retirarse de la plataforma. La miré un largo rato partir hasta que el cielo estrellado de la Luna me impidió distinguirla. Los dos lunarios tan sólo me examinaban, sin entender la gravedad de la situación.

Uno de ellos adelantó un paso y preguntó:

–¿No escuchó? Tiene que irse.

–Mi aeronave se ha ido. Ese hijo de puta me abandonó aquí a mi suerte.

El más alto meneó la cabeza gravemente. Sin embargo, era evidente que el asunto era más complicado de lo que suponía.

Rodeé con la vista aquella estructura. La base espacial estaba casi a ras de suelo. No había ninguna torre de control o equipo de comunicación. Nada. En cambio, el trabajo de los dos lunarios me sugirió que tienen la orden tácita de informar la llegada de una posible nave al territorio de *La Flor Incandescente*.

Al fondo se encontraba una compuerta reforzada. Intenté escurrirme en esa dirección, pero los guardias adivinaron mi intensión y se interpusieron.

–No queremos emplear la fuerza bruta, extraño. Identifíquese.

–Mi nombre es Eduardo Trochi. Trabajo para *El Resplandor*, un diario en la Tierra. Soy periodista.

–Es de la Tierra –cortó el más bajo–. No puede entrar a la colonia. Órdenes del Gran Prócer.

–Eso está claro. Pero yo estoy trabajando en un reportaje concerniente a su exótica tribu.

Cada uno de ellos sacó a relucir un extraño objeto cilíndrico. Los sacudieron y en menos de un segundo se habían convertido en una vara alargada con la punta encendida. La acercaron hacia mí lo suficiente para mantenerme apartado de ellos.

El más alto murmuró algo a su compañero y enseguida se dirigió a mí:

–Malditos terrestres –me arrojó un gesto lleno de desprecio, como si yo fuera una plaga o el desperdicio de algo. Pensé que no iba a decir algo más. Sin embargo, prosiguió–: Esta gente… debemos velar por ella, ¿entiende? Quizá sus gobiernos no entiendan mucho acerca del respeto y la independencia de algunas sociedades. No es fácil para nosotros desentendernos del resto, pero haremos lo que sea para que esto siga así.

Me miró, como si esperase algo. No podía entender su dialecto: hablaba lo suficientemente rápido como para captar algo de sus palabras. Abreviaban sus pensamientos a base de gruñidos y omitían partes de su discurso, de modo que me asaltó la idea de que a ellos no les agradaba la lentitud y entereza de mis oraciones.

–¿Puedo pasar algún tiempo aquí? No veo de qué otra forma regresar.

Aún tenían la vara en alto, cuando uno de ellos respondió:

–Podemos hacer que se duerma. Sólo el tiempo suficiente para que consiga otra nave y se marche. Es un proceso de ensoñación que aplicamos a los visitantes. Nuestras cámaras están disponibles cerca de aquí. Por ninguno motivo pueden entrar extraños a la colonia.

No obtuve más de ellos. El más alto dio media vuelta y se alejó. Este comportamiento me distrajo, ya que el otro guardia dobló una pierna por delante y estiró el brazo que portaba la vara.

Ni siquiera sentí la descarga; sólo el más profundo vacio.

* * *

Desperté justo en medio del más descomunal ruido. Una gran luz bañaba mi cuerpo, y mis ojos no se habían acostumbrado todavía a tal destello. El lugar olía bastante mal, y para colmo me había encontrado tirado en un charco húmedo. No tuve curiosidad de sumergir un dedo y llevármelo a la boca para conocer su gusto.

Cuando por fin pude parpadear repetidas veces, di un vistazo a mi alrededor. Allí no había más que una especie de granero en el subsuelo. Entonces me di cuenta que vestía exactamente igual que los Lunarios de *La Flor Incandescente*: pecho descubierto, falda y botas.

Un puño izquierdo se proyectó en mi mejilla junto con una exhalación convertida en bala que estalló al salir de sus pulmones. Caí al suelo agazapado, sin poder exhalar, justo en el lugar donde estaba el charco. Abrí los ojos y miré al lunario. A través de un río de dolor y confusión, escuché:

–Forastero, anda, hay mucho que hacer. Ve a la porqueriza y traspasa el excremento de los cerdos a las rampas. –Una pala cayó muy cerca de mí–. Ponte de pie.

Se agachó para levantarme, pero no para ayudarme. Me sostuvo hasta que estuvo seguro de que podía mantenerme en pie por mi cuenta. El lunario era una cabeza más

alto que los dos que me recibieron y su espalda era tan ancha y lisa como el fondo de un tazón. El vello rojizo que cubría sus antebrazos brillaba mientras movía los dedos y las poderosas cuerdas que eran sus venas se ponían tensas y se elevaban.

–¿Dónde estoy?

–El Gran Prócer te quiere ver trabajando. –Señaló un ojo avizor en el techo; la lente comenzó a enfocarnos y permaneció estática. Sólo me faltaba sonreír–. Ten. Seguro debe ser tuyo. –Me dio unas cuantas hojas sueltas del tutorial para aprender a tocar la tuba–. ¿Qué estupidez es?

Yo tambaleaba; no podía coordinar bien los miembros. Lo único que quería saber era:

–Perdone, ¿qué lugar es este? ¿Dónde quedaron mis cosas?

–No me preguntes. ¿Acaso crees que yo lo sé? Ni te molestes en preguntarle a alguien más si no quieres recibir otro golpe.

Su cabello rojizo brillaba con más intensidad bajo esos molestos reflectores. Esperaba con paciencia alguna respuesta o reacción mía, pero al no tenerla recogió del suelo la pala y la arrojó a mis manos.

–Vamos muy atrasados. Debimos tener ya las cuatro toneladas y no llevamos ni media. Por eso no me agrada que me arrojen forasteros, mucho menos de la Tierra.

Permanecí inmóvil unos instantes, con la idea de que no obtendría una respuesta concisa por parte del capataz. El viaje y el haber quedado inconsciente no me habían dado oportunidad de descansar un poco. Lo peor que le puede pasar a un periodista es que no tenga modo algu no de registrar sus observaciones ante un peculiar hecho. Lo básico es tener a la mano pluma y hoja, pero atorado

en este punto y ante un hombre bastante rudo, lo normal sería olvidar el oficio y obedecer si no quería seguir siendo mallugado.

Me dirigí hacia donde se encontraban los cerdos, pero antes de hundir la pala en la porquería, mi estómago convulsionó y vomité. Ninguna persona en la Tierra está acostumbrada a hacer esto; tenemos toda clase de maquinaría que se encarga del trabajo sucio, las cuales son programadas y automatizadas por alguien. Ese alguien ni siquiera se ensucia el dedo cuando acciona todo el meca nismo, y está tan limpio e inmaculado como un niño en su primer día de escuela.

Luego de un tiempo, no tuve idea de cuánto excremento había traspasado a las trampas: al principio creí que había terminado; después, al no escuchar más indicacio nes del capataz, pensé que seis toneladas. O podrían haber sido más de cien. El tiempo de desgaste en esta tarea me había llevado a pensar que había pasado toda una vida y ahora me habían preparado para trabajar en una segunda.

De pronto el lunario apareció. La mole de su som bra se plasmó sobre mí. Exclamó:

–¡Descansa, larva! Tienes cinco minutos.

Yo necesitaba descansar desde hacia horas, pero no parecía importarle. Me fui a echar a un rincón lejos del charco y de los cerdos, cuando un pequeño bulto en uno de los bolsillos de mis pantalones me incomodó. Se trataba de mi cajetilla de cigarros. Di gracias por el milagro y lo fumé ahí, sin importarme el que fuera adicto o no. El humo debió llamar la atención de mi capataz: caminó a grandes pasos con enjundia.

–¿Qué demonios haces? –preguntó.

–Descansando y fumando.

–¿Fumando? ¿Qué fumas?

–Tobbhawk. Mira.

Extendí la cajetilla hacia donde se encontraba su horrible cara. El pulsor comercial de los Tobbhawk iría a darle un mazazo a su cerebro, y hacerle desear fumar el resto de los cigarros. De esa forma me ganaría un amigo.

Dio la vuelta a la cajetilla, al principio con curiosidad y algo de temor. Después frunció el entrecejo y me la arrojó con despreció al pecho.

–No entiendo la función de esto. ¿Para qué dices que sirve?

¡Había rechazado el pulsor! La imagen del catrín montando un cohete y fumando un cigarro, con el fondo de las estrellas, no había tenido la más mínima reacción en él. Pensé que debía tratarse de un malfuncionamien to, pero eso sonaba imposible: los pulsores comerciales se alojan en los productos, envases, etiquetas, envoltorios...

Me sujetó de un brazo con fuerza. Pensé que me había metido en problemas. Pero parecía querer saber algo, sin enfadarse.

–Creo que necesitas explicarme muchas cosas, larva.

–Es lo que he querido decirle desde el principio. Y mi nombre no es "larva".

–Fascinante. Tengo que hablarle al Gran Prócer de esto.

–¿Puedes ayudarme?

–Eso depende. Los lunarios no ayudamos a nadie, a menos que ellos nos ayuden a nosotros. Tu ayuda debe ser igual de proporcional a la ayuda que nosotros te demos; de no ser así, las dos posibles ayudas se neutralizan. Ahora bien, dado que tu ayuda parece ser muy apremiante, dudo que tengas las posibilidades de ayudarnos con un proble-

ma que sea igual de apremiante para nosotros, puesto que somos autosuficientes e independientes. Por regla general, nadie es indispensable aquí en *La Flor Incandescente.* Es por eso que nuestros Grandes Próceres no duran un solo día.

–Eso es imposible. ¿Qué hay de las planeaciones y filosofías políticas?

–No hay política. Sólo administración. Yo alguna vez fui el Gran Prócer, y debo decir que fue un gran trabajo el que desempeñé. Obtuve un alza de materiales extra, lo cual derivó en la creación de nuestra lanzadera. Después de eso me dieron las gracias y prometieron no olvidarme. Por supuesto, eso es falso: todo el mundo olvida al Gran Prócer una semana después.

–El Gran Prócer debe ser importante.

–No sólo es importante. Debe ser el mejor. Pero cualquiera tiene la oportunidad de ser el Gran Prócer. Algunos renuncian al cargo debido a que sus antiguas tareas son demandantes. Como no hay nadie que sea prescindible, algunos de sus lacayos toman el cargo. Yo lo escogí únicamente porque me dolía una pierna ese día, y no po día supervisar el envío de excrementos al compactador.

–Entiendo. Supongo que eso ahorra muchos problemas.

–Allí lo tienes, larva. Se trata de los putos proble mas. Los rehuimos. Nadie tiene el talento para meterse en problemas, y cuando los vemos venir, les damos la vuelta. De ahí que el Gran Prócer tenga que encargarse de los problemas, aunque sea un miserable día, que nada le cuesta.

–Pero un problema serio no se resuelve en un día –objeté–. Mucho menos si no pueden darle continuidad a la gestión de un soberano como el Gran Prócer.

–Es cierto. No obstante, los problemas tienden a tener un punto bajo. Eso es cuando se le ignora lo suficiente para darle carpetazo y olvidarlo. El tiempo cura las heridas, es lo que siempre digo yo.

–Y el mundo echa sal en ellas, es lo que siempre digo yo.

–Bien dicho. –Se tomó de las rodillas y se levantó, dando por terminada la explicación–. Hay que volver al trabajo, larva. Esas sanguijuelas del subsuelo esperan más mierda de cerdo. No hay que darles el gusto de que nos reclamen.

Yo tenía mis reservas, pero por desgracia no tenía muchas opciones. Lo rápido que sucedían las cosas me había dado poco tiempo de examinar el asunto. Luego de vomitar otras tres veces, comencé a acostumbrarme a aquel hediendo olor. Me internaba más con la pala adentro de aquellas protuberancias y montañas color marrón y por algún extraño efecto mi fina nariz y yo dejamos de quejarnos. Descubrí que me era posible oler aque llas plastas de caca si sentir ninguna emoción, terror o disgusto.

Me detuve un momento con la pala, casi a punto de arrojar más de aquella mierda-energía. El capataz volvió y preguntó:

–¿Qué te sucede?

–Ustedes… ¡Me han hipnotizado!

–Nadie me dijo nada de hipnotismo. No, querida larva. Comienzas a dejar de percibir las absurdas influencias de la Tierra; eso es lo que en verdad ocurre. En la Tie rra son unos expertos para inventar unas cuantas verda des: de tanto que las dicen se las creen. Y lo peor de todo es que creen que esa verdad se convierte en el preámbulo

del credo, y de no seguirla al pie de la letra, uno es llevado a la silla eléctrica o crucificado, como llegó a ocurrirle a una cierta larva llamada Jesús.

"Tomemos un caso específico: la mierda de cerdo. Alguien como tú, se le ocurre decir: 'tápense vuestra nariz que aquí apesta'. Si se te ocurre preguntar por qué, la vasta chusma responderá con un simple: 'porque es mierda'. Pero unos pocos darán un paso adelante: 'Porque la mierda es asquerosa'.

–La mierda es asquerosa –repetí, seguro de que así era.

–¿Y que implica eso?

–Implica que es nociva para la salud.

–De acuerdo, pero… ¿en qué es nociva para la salud? Desde luego tú me responderás que puede provocar enfermedades como la difteria, la salmonelosis, el cólera.

–Esa sería, precisamente, mi respuesta.

El capataz asintió su cabeza rojiza.

–Veo que me sigues –dijo–. Está bien, aquí te tengo la siguiente pregunta: ¿en qué puede perjudicar en el orga nismo estas enfermedades? ¿Dolor? ¿Debilidad? ¿Muerte? Es un claro riesgo, pero ya nos hemos adentrado a un área de la investigación científica. En nuestros estudios científicos hemos encontrado que las bacterias penetran en el organismo debido al tonto prejuicio que se tiene sobre ellas. Es completamente normal que alguien se sienta temeroso por una posible intromisión de una bacteria. Pero el único daño posible que puede producirse proviene no de la intromisión de las bacterias sino de la actitud intolerante y reaccionaria del entorno social…, procedente en su ma yor parte de aquellos mismos que están llevando adelante la cruzada contra las bacterias. Nosotros, los lunarios, no atacamos nuestro entorno. *La Flor Incandescente* nos otorga

cobijo y comida, y a cambio la cuidamos. Y el trato es recíproco con las bacterias.

–No lo había pensado de esa manera –dije, con cierto escepticismo.

–Lo que sucede es que no lo habías pensado porque gente que se cree importante te ha dicho lo qué debes pensar. Cuando los primeros hombres caminaban sobre la superficie terrestre, no había ninguna clase de médicos, camillas, anestesias, brazos biónicos y órganos clonados. Ignoraban la presencia de gérmenes y bacterias y estaban contentos con ello. Con la peste negra fue lo contrario: el rechazo a nativos de diferente color de piel y costumbres trajo la idea de que eran gente enferma la cual acarrearían dolor y sufrimiento. Por todos los medios se trató de acabar con las enfermedades; las bacterias se vieron afectadas y tomaron conciencia de un papel contra ellas. Y así, por principio, la enfermedad psicosomática pasó a ser una enfermedad real.

Observé con detenimiento las heces de cerdo y mi perspectiva cambió por completo. Ahora lo único que veía en ella era energía pura. Luego de la pausa dije:

–Necesito escribir mi reportaje. Es por eso que estoy aquí.

–Me queda claro que estás aquí, larva. Lo que no me queda claro es por qué necesitas escribir un… hum… reportaje.

–Porque soy periodista. Al menos eso es lo que trato de aparentar.

El capataz estuvo por momentos confundido. Enseguida retomó la palabra:

–No creo que esa sea una respuesta que pueda satisfacer a las autoridades de *La Flor Incandescente*. Tendrás que escoger algo mejor que eso.

–¡Pero no se me ocurre nada mejor! –exclamé.

–No creo que tanta hostilidad sea necesaria, larva. Por ahora sólo queda esperar a que arribe un carguero y te deposite en una ciudad al otro lado de la Luna.

Dudé acerca de qué hacer. La mayor parte de mi decía "Toma la llave, espera a que te dé la espalda por un momento, golpéalo en la cabeza e ingéniatelas para abrir esa oxidada puerta". Era claro que no era una persona bienvenida para ellos; pero el capataz se había mostrado lo suficientemente considerado para no dejarme en la total ignorancia. Por otra parte, me sentía fascinado. ¿Y quién no podía sentirse así? Deseaba ver cómo se las arreglaban para ignorarnos a nosotros, pero sobre todo a nuestros productos. Seguía sin creer lo de las bacterias, pero la poca aversión con la cual mi cuerpo reaccionaba ponía en tela de juicio mis propias ideas.

Después de terminar la jornada de trabajo de ese día, busqué un rincón donde dormir. En cuanto cerré los ojos me desvanecí en un profundo sueño.

* * *

Había gente que se movía a mi alrededor, pero tan sólo podía percibir la forma de sus siluetas. Fue un esfuerzo supremo darme cuenta si se trataba de un sueño o era tan sólo la explosión de más reflejos condicionados por mi permanencia en ese lugar. La luz era bastante mala, pero vi, de inmediato, que no me encontraba en la estancia donde me asignaron a trabajos forzados con el capataz. Escuchaba los susurros y pisadas sigilosas, con el fin de no querer despertarme. Pude alcanzar a ver que los lunarios ahí presentes eran de todos los tamaños y figuras posibles.

Cuando por fin pude sacudirme todas las ensoñaciones que llevaba encima, enfoqué la vista. Cientos de pares de ojos me observaban, justo en frente de mí. Por fin había visto a las mujeres, pero sus características no se diferenciaban mucho de los hombres, excepto que llevaban el pecho al descubierto y la melena un poco más suelta.

Por lo visto, había sido llevado a lo largo de los pasajes naturales y artificiales del interior del satélite. Me hallaba en una habitación circular con un techo en forma de domo. La sala estaba llena de herrumbrosos aparatos que bien podían estar dentro de un laboratorio terrestre: un tablero circular en la que se hallaban computadoras acopladas e infinidad de instrumentos de medición con sus monitores a la vista.

El aire era caliente y húmedo, lo suficiente para quitarme el aliento y mantenerme postrado ahí. Escuché la distante voz de alguien, y en el acto los lunarios dejaron de rodearme a tan poca distancia. Abrieron un libre surco hasta llegar a una tarima elevada. Sentado en un trono, se hallaba un lunario un tanto distinto al resto. Lucía unas hombreras del mismo material que las faldas. Su cráneo era coronado por una especie de diadema oscura, la cual contrastaba con su cabello rojizo. No era viejo, pero actuaba con mucha desconsideración hacia mi persona.

–Adelántate hasta mí, larva –ordenó–. No tengo mucho tiempo.

Eso hice, pero aún me sentía aturdido y bastante confuso. A medida que avanzaba hacia él, pude darme cuenta de que sus ojos estaban cerrados, y de que su cabeza estaba ligeramente ladeada hacia el otro lado. Era ciego.

–Mi nombre es Yobell. Soy el Gran Prócer en turno. Nuestra charla no durará mucho debido a los pocos mi-

nutos que tengo contigo. En poco tiempo seré renovado. –Tomó una pausa y continuó–: Tú quisiste saber qué ocurría aquí. He decidido que sólo tú, entre tus terráqueos, lo sepas.

–No pensé que fuera a suceder así –comenté.

–Tú opinión es importante para nosotros, debido al oficio en el cual te desempeñas. De alguna forma hay mucha relación.

–¿Qué relación? –pregunté, mientras una oleada de murmullos comenzaba a escucharse.

–Todo a su tiempo, larva. Aquí hay algo que tal vez sea del interés de tus iguales. El Consejo Supremo y yo hemos tomado la decisión de abrir el turismo dentro de *La Flor Incandescente.*

–Sí, pero… ¿con qué fin?

–Cuando fundamos la Flor Incandescente y obtuvimos el reconocimiento de independencia por parte de la Tierra, muchos terráqueos arribaron aquí con el único fin de hacer negocios. Nuestros antepasados se mostraron complacidos, pero advirtieron que su independencia no sería completada mientras estuvieran ligados a la influencia comercial de la Tierra. Eso ahora cambiará.

Exclamé:

–Desde luego. ¡Y se llevó entre las patas su libre albedrio! Mírelos –abarqué con la mirada a cada uno de los lunarios–. No hay más que ver el desastre que han hecho en sus mentes. No son más humanos.

–Sabía que diría eso, larva. Eso se debe a que aún ve con ojos de terráqueo nuestra postura.

Dediqué varios instantes a la reflexión, pero el asunto seguía siendo aberrante.

–La humanidad tiende a tener un solo pensamiento –continuó–. Con los mismos miedos y las mismas me-

tas. Las mismas ilusiones y las mismas costumbres. Es lo que todos buscan. Quiero ser aceptado y para pertenecer a tal grupo, es necesario adquirir los bienes materiales más caros y mundanos. En la sociedad terrestre, el éxito y el fracaso se basa en adquirir lo más nuevo y lo más costoso, por medio de un papel reciclado al cual se le ha dotado de un valor condicionado. La búsqueda del hombre se ha limitado a lo material, al precio que pueda obtener por sus servicios. La autoestima en el ser humano depende de necesidades externas y de sentirse triunfador con respecto al juicio de los demás.

"Para que la sociedad de consumo funcione bien, necesita una clase de individuos que cooperen dócilmente en grupos numerosos que quieren consumir más y más, cuyos gustos estén estandarizados y que puedan ser fácilmente influidos y anticipados. El humano debe trabajar para satisfacer sus deseos, los cuales son constantemente estimulados y dirigidos por tres importantes grupos económicos que se han encargado por muchos siglos en esta tarea.

Levantó su rostro hacía la multitud ahí presente y ordenó:

–Revélense, hermanos.

Todos, sin excepción, levantaron su cabello rojizo a la altura de sus oídos. A un costado de sus sienes se hallaba una cicatriz. Los más pequeños aún llevaban una venda, protegiendo un corte de bisturí.

En instantes le fue llevada y depositada en su regazo unas radiografías antiguas, enmarcadas en un acrílico transparente.

–Obsérvalas, larva, obsérvalas como yo hubiera querido.

Le hice saber que yo no era ningún neurólogo, mucho menos un médico. Con sus dedos comenzó a tantear la superficie de la radiografía hasta señalar un objeto que me pareció irregular a primera vista.

–Aquí es donde realizamos la intervención. En realidad es un corte muy insignificante, pero el suficiente para alterar el sistema receptor del cerebro. Nuestro cerebro trabaja mediante un proceso de estímulo-reacción. El estímulo viaja hasta la amígdala (sistema límbico), que produce una respuesta en el nivel emocional (miedo-no miedo); a continuación, ese estímulo se dirige hacia el hipocampo, donde el contenido (incluyendo el contenido emocional) es analizado. Todo un proceso como este se desencadena no sólo ante las emociones de miedo o pánico, sino también frente a sentimientos de placer. Lo importante de todo este desarrollo es comprender que, ante un estímulo, tenemos una reacción emocional, racionalizamos esta emoción que, a su vez, modifica la reacción emocional primera.

"Este es el mismo proceso que tiene lugar cuando vemos una marca comercial y recibimos de nuestro cerebro una respuesta sobre el concepto que acabamos de percibir: bebida refrescante, su aroma, una marca de prestigio, la forma de la botella o la lata de color rojo...

"El principal objetivo de la publicidad es asegurarse de captar la atención y, para conseguirlo, debe ser diseñada de tal forma que atraiga una respuesta emocional del consumidor. La manera de ganarse esa respuesta emocional es a través de la creatividad. El concepto de creatividad debe estar muy claro en la mente del publicista: no es sinónimo de 'ser ingenioso' o 'realizar sucesos extraños' con el simple objetivo de llamar la atención sin más. La creativi-

dad es el proceso de creación de emociones en la mente del consumidor. Nosotros nos encargamos de anular esa emoción, y por consiguiente, anular el deseo.

–Pero ellos… –dije–. Ellos no pueden ser felices con un comportamiento acondicionado. Esto no es correcto.

–No es correcto acondicionar a los consumidores a adquirir por medio de estímulos visuales necesidades y actitudes superfluas. Dentro de un tiempo, nuestro cerebro bloqueará sin ninguna operación esos estímulos. En algunas generaciones el cambio será total.

No podía continuar escuchando más todo aquello. Quise abrirme paso entre la maraña de gente, pero sus cuerpos inamovibles me lo impedían.

–Observe esto, larva.

Una nueva orden del Gran Prócer se hizo presente. Una muchacha en su etapa adolescente se acercó a nosotros, pero no podía quitarle la mirada a su gobernante.

–Luandaly me hace pensar que mi teoría es una ferviente esperanza de la evolución. Ella no tiene intenciones de impresionar a nadie con su cuerpo o con los encantos que pueda tener. –Se dirigió a ella–: Luandaly, toma asiento.

La muchacha se ajustó a la silla y fue acomodando su rostro en una especie de bozal mecánico, justo en frente de un monitor. Al principio se sentía temerosa de que algo malo pudiera ocurrir, pero el Gran Prócer bajó la escalinata hasta posarse a un costado de ella; apaciguó sus miedos al sujetar sus manos y dijo:

–Todo irá bien, querida. Debes creerme.

El monitor comenzó a iluminar su rostro, pero parecía más una máscara de porcelana sin expresión y sin nada que fuera a lograr de ella un rostro animado.

Vi infinidad de anuncios desfilando: comerciales, pruebas de escuela, proselitismo con niños sosteniendo un dulce y sonriendo; caricaturas y bellas mujeres que hacían desprender sus sostenes y ropa intima con una gracia que hacía llamar la atención. Tuve la sensación de que aquello me producía un terrible asco, como si todo eso fuera por demás infeccioso.

Los ojos de la mujer no se atrevían a parpadear, como si se tratara de algo vital para su sistema óptico visual. No dio muestras de emoción alguna, ni siquiera el mínimo gesto podía percibirse en su rostro concentrado. La música… la música era tan sólo un ensordecedor ruido, sin melodía y sin belleza.

La mirada del Gran Prócer se reducía a un simple examen, un método más en su teoría: observación pura.

–Sólo se trata de un conejillo de indias, Gran Prócer. ¡Es sólo una niña! –exclamé.

Apartó la atención de sus oídos a la cacofonía y estrambóticos ruidos de piano y tambor.

–Tú supones muchas cosas, larva. –Se alzó una capa de su cabello rojizo, con su tierna y vieja cicatriz surcando toda la sien de par en par. Era más ancha que cualquiera, sin puntos de sutura, con una profundidad muy delicada. Se aclaró la voz y continuó–: Nadie nos obligó a hacerlo. Esto es lo que somos.

–Usted y su gente están trastornados.

–¿Trastornados? –preguntó sin ironía, muy sorprendido de la postura que yo tenía–. No, larva. Somos visionarios, capaces de bloquear la influencia de Los Tres Monopolios. Lo mejor es ignorarlos. Este es el paso primordial para alcanzar la total libertad e independencia.

Pero tal parece que no tiene caso hacérselo entender a un hombre podrido de la mente.

Fui sujetado de los brazos y de las piernas, sin que me tomara la molestia de defenderme. Grité con todas mi fuerzas, pateé todo lo que pude, pero cualquier esfuerzo había sido en vano.

–Cuando despierte, verá todo con una nueva perspectiva. Relájese, larva.

Sentí la jeringa en mi hombro, y todo su contenido abriéndose paso por las venas y las arterias. La evanescencia y el rumor de un mundo se concentraron en el punto medio de mi mente. Hubo un olor a hospital y a toda clase de alcoholes etílicos con el único propósito de sumirme en un estado soñoliento.

El control del bisturí. Recuerdos de la infancia saltaban sobre mí, desencadenados por los olores. Animación, permuta, el Gran Prócer de pie a mi lado mientras el médico toma un cucharón y lo hunde en mis sesos. Permanezco acostado en la penumbra y evoco mi primer helado de vainilla.

Una luz estalla, surgida de ninguna parte; mis pupilas se dilatan, único movimiento de todo mi cuerpo.

–Aquí es donde… –escucho.

No estoy ahí realmente. Eso me tratan de hacer entender. La oscuridad se refugia en mí y yo en ella. La bendita oscuridad…

La recuperación de mi cuerpo emerge en una ola. Reboto por el interminable sistema nervioso, como un usuario intentado llegar temprano a la oficina dentro de un tubo de escape. El cuerpo se asemeja a una cámara vacía donde varios niños comienzan a gritar y a escuchar sus voces multiplicadas y aumentadas. Ahora no soy más que un registro auditivo, un dígito alterado.

Me sentaron con fuerza, sostenido por unas manazas que le venían bien a un gorila. Me debatí en sueños durante unos segundos antes de sentirme relajado. Los brazos y piernas me hormigueaban, y sufría de ardores en el cuello. Mi cabeza se asemejaba a una olla en su máximo punto de ebullición.

Miré a mi alrededor y vi que estaba desnudo sobre una mesa con cubierta de plástico, con un mar de rostros atentos a mí. Sentí deseos de llamar a la oscuridad para que me protegiera de esta exposición. Me administraron un sedante suave, me ayudaron a vestirme, y me condujeron por los blandos pasillos cavernosos hacia otra estancia. Todavía no estaba completamente despierto. Los pasillos estaban sumidos en el silencio, salvo por el ruido de mis pies arrastrándose sobre la tierra. Algo aullaba, algo moría. No tenía idea de que podía tratarse. Nunca más lo recuperaría.

Mi desarmado cerebro no tuvo más opción que apagar las luces.

* * *

No hubo sueño alguno; de hecho, tuve la sensación de haberme ido a un lugar muy lejano. Era como si me hubieran arreglado la luz por un momento, tan efímero como un ilusión y tan repentino como un efecto fugaz.

Me encontré mirando el techo blanco, respirando con la boca, y preguntándome si estaba muerto o simplemente drogado. Tardé bastante tiempo en recuperar la conciencia completa y saber dónde demonios había ido a parar.

–¿Cómo se encuentra?

Miré a mi izquierda por puro instinto. Justo ahí se hallaba el Gran Prócer, portando una bata blanca y luciendo más alto que en su trono de lunario. Entonces caí en la cuenta de que de que estaba postrado en una cama, con las sabanas extendidas hasta mi pecho. Me sentí adolorido en todo el cuerpo, en especial en los costados de mi cabeza. Al instante me llevé las manos a ese lugar y para mi desgracia no tenía cabello: había sido rapado al ras. También me habían vendado, justo al igual que los niños más pequeños.

La ira hizo que se me subiera la sangre. Mi débil voz no me permitió gritar con libertad.

–¿Se siente bien? –repitió el Gran Prócer, casi tan preocupado como yo, pero no con la misma intensidad–. ¿Entiende lo que digo?

Unos cuantos milímetros fuera de corte bastaban para convertir a un hombre en un animal u otra cosa sensible, pero fuera de toda consciencia.

–¿Por qué? –quise saber, con un dolor intenso.

–Era necesario que usted lo viera por sí mismo –dijo el Gran Prócer. Su voz sonaba incómodamente fuerte en la gran estancia. Nadie más hablaba; tan sólo se oían los ruidos de de los movimientos y las respiraciones.

–Yo no soy uno de ustedes –dije, con los dientes rechinando.

–Claro, desde luego. Es como si fuera usted acepta do, invitado, por decirlo de alguna manera. Un espécimen al que permitimos adelantar la línea. Pero en un tiempo corto todos pensarán del miso modo. No quedarán vestigios mantenidos, ni ideas estúpidas de lo que en realidad es la felicidad.

Intenté levantarme de la cama y correr hacía él para que dejara de hablar de una buena vez, pero mis piernas

no eran más fuertes que las de un recién nacido o inválido. La sangre hervida comenzó a correr sobre los puntos sensibles de mi cabeza, incluida las sienes y la cicatriz. Comenzó a dolerme en un rictus insoportable. Caí al suelo, como sólo los bultos de los cadáveres suelen caer, con un brazo al aire y maldiciendo a todos y cada uno de los lunarios de *La Flor Incandescente*

Dos hombres que no cabían en la puerta de mi celda entraron y me sujetaron, sin que mediera una orden del Gran Prócer en ello.

Un nuevo tranquilizante…

Volví a sumirme en un sopor que me hizo ver todas las formas y colores del universo. Por primera vez, el Gran Prócer escuchó con sumo cuidado, exhalando una bocanada que se asemejaba a un suspiro. Le pareció que el resultado era el esperado.

–En cuanto se recuperé –dijo– le demostraré los avances de nuestra investigación. Aún me queda tiempo.

–No… no… –murmuré, con total falta de proporción.

No me desmayé hasta que abandonó la celda.

* * *

Lo peor de encontrarme hospitalizado en un lugar ajeno y muy lejos de la civilización era que no había el menor rostro conocido que pudiera hacerme compañía. Por más que intentara convencer al Gran Prócer de que me proporcionará una nave para largarme de ahí resultaba imposible.

Deseaba rascarme la cabeza, pero la herida aún no cicatrizaba. Recibía comida dos o tres veces por día, pero

la mayor parte del tiempo la rechazaba debido a mi indignación y a mi falta de apetito. Entre las molestias y el coraje, no había mucha cabida para una guarnición de carne y arroz. No era un gourmet y en cualquier momento me hubiera comido sin problemas un caballo con todo y jine te, pero mi estómago no pensaba lo mismo.

Algunos pobladores de *La Flor Incandescente* acudían a verme ahí, postrado e impotente, como si mi persona se tratara de un animal de circo y ellos hubieran paga do el boleto de entrada. Las enfermeras no hacían mucho esfuerzo por alejarse de mi vista... No obstante al otro día (hora, semana, mes; no tengo idea de cómo median el tiempo) volvía a ser contemplado para mi disgusto.

Semanas después me retiraron los puntos y las ven das alrededor de mi cabeza. Tuve las fuerzas necesarias para dar un pequeño recorrido por la estancia, pero al percatarme de que la puerta seguía cerrada, me di cuenta de que aún se me consideraba un prisionero. La mayor parte del tiempo me aburría hasta la nausea, y muchas otras ve ces, cuando la sangre volvía a surcar mi operación, tenía bastante en qué pensar.

El tiempo sucedió. Y al ver claramente que el día 21 se parecía al 34, sin dejar de parecerse a los 32 restantes, no pude soportarlo. Los lunarios no eran, por mucho, los habitantes del Sistema más alegres y dicharacheros que yo haya conocido alguna vez. No había con quien charlar, ni siquiera un simple intercambio de miradas. Para ese momento debieron haber desfilado cientos de Grandes Próceres, mientras que el tiempo dentro de la celda seguía siendo el mismo.

Golpes de gota y extraños animalillos de cien o más patas recorrían mi cuerpo durante los momentos de fati-

ga, justo en el instante en que apagaban las luces. Al principio era bastante molesto tener que levantarme a medio sueño y buscarlos a tientas en la oscuridad para acabarlos de un manazo o un pisotón en el terroso suelo lunar.

Pero uno se acostumbra con rapidez, incluso a lo que parece molesto. Su presencia no me molestaba ya en lo absoluto e inclusive llegué a adoptarlas como mascotas. No me dignaba a ofrecerles de comer, por miedo a crear una plaga, pero me hacían de su compañía, cuando me nos, tolerable.

Un zumbido en los oídos, la boca pastosa, y una horrible sensación me asaltaban luego de recordar mi estancia ahí. Siempre sucedía cuando despertaba, excepto un día que escuché una voz:

–¿Cómo se encuentra?

Me alegró que no preguntara "¿Cómo se encuentra, larva?".

Giré sobre mi catre y me encontré con una menuda pelirroja inclinada sobre mí. A pesar de su robustez y de su horrible cabello, sus rasgos faciales eran delicados. Sus labios no poseían esa anchura digna de una mujer que se precie de ser deslumbrante, pero eran finos. En cuanto a la forma en la que miraba, me di cuenta de que tenía enfocada su plena atención en mí. Ni siquiera el capataz se había interesado tanto en el esclavo que yo era al momento de ponerme manos a la obra y hacerme trabajar recogiendo heces de cerdo.

–Un poco mejor –admití, con un mal sabor de boca.

Llevaba una bandeja con comida; las porciones co rrespondían a algo más variado y con más sabor. Mi sen tido del olfato había vuelto a la vida luego de oler aquella maravilla.

Pero aún tenía algo pendiente… y no iba a tomarlo a la ligera. No soy un hombre violento, pero debía hacer algo al respecto.

Justo antes de que ella se marchara, la sujeté del bra zo con cierto arrebato. Se apartó de mi con un movimien to brusco, un reflejo bastante sorprendente. En seguida adoptó una postura de defensa. Yo no estaba en condicio- nes de medirme a ella de esa forma, por lo que tuve que apaciguarla con ademanes lentos.

–Sólo quiero ver al Gran Prócer.

La enfermera dio media vuelta. Estuvo a punto de salir cuando de nuevo la sujeté del hombro desnudo, esta vez con delicadeza.

–Por favor –dije, con una súplica en la voz y un su plicio en el rostro.

–No es mi trabajo. –Su mirada me informó que no conseguiría de ella una mejor respuesta. O al menos eso fue lo que yo pensaba…

A las pocas horas recibí un poco de entretenimien to: una pequeña pantalla empotrada en la pared de piedra. No era mayor que la palma de mi mano, pero podía defi- nirse muy bien las formas y los colores. Acerqué mi rostro a escasos centímetros de su superficie y conseguí reír por primera vez en semanas.

La escena correspondía a un hombre intentando por todos los medios tomar por la fuerza y seducir a la mujer de sus sueños en puerta. Reconocí que se trataba de un comercial, y que la mujer era nada más y nada menos que Shampoo Belmonte.

La bella Shampoo fue amarrada por un lazo, siendo sujetada a la altura de la cintura por el joven; Shampoo fue impedida para liberarse de las garras del joven hasta que

la nueva fragancia llegó a ella y la envolvió en una nube de placer y gozo.

–Elegantik hace que por los mil diablos se fije en ti –dijo el anunciador.

Enseguida Shampoo me miró y dijo con su caracte rística voz de ensueño:

–Elegantik me lleva al altar.

Esperé a que la esencia comenzara a atacar mi olfato, pero no sucedió así. Las pestañas de Shampoo habían parpadeado, pero nunca se quedaron fijas en mi retina. Debió ser el anunció más intrascendente que yo haya visto en mi vida. Creí que sería un mal momento para desear una fragancia masculina, pero nunca fui asaltado por el impulso de desearlo.

Sacudí la cabeza, lleno de confusión. Enseguida dentro de la pantalla se vislumbró otro anuncio, caracterizado otra vez por Shampoo Belmonte.

Se trataba ahora de un ángel, siendo expuesta a las garras del infierno por un grupo de maleantes; no sé si su fin era el finiquitar una posible violación: a la bella Sham pooo se la veía muy tranquila y segura. Después, cuando logró ser materializada dentro de una gigantesca nave espacial, recorrió el puente hasta llegar a la silla del capitán, la hizo girar a su voluntad y se encontró con un fornido sujeto de cabellos rubios.

Shampoo, en voz de off, dijo:

–Para mí, lo importante no es acabar con el trabajo, sino que yo acabe con él.

Casi al mismo tiempo, unas cápsulas de desodoran te se materializaron en el mismo lugar donde ella arribó a la nave.

–Protégete del mal ambiente y de los patanes. Con Mucshaf, el sudor es un problema de antaño.

Había palabras, oraciones a tamaño gigante y lo que parecía ser una especie de fraseo subliminal.

Al menos, eso me parecía.

Leí cada una de la palabras, una a una, pero al momento de relacionarlas, perdían todo sentido para mí. Piel, audio, expresión… ¡Carajo! Era como ser invadido por un ataque de dislexia. Moví confundido la cabeza y me alejé de la pantalla hasta el rincón más apartado de la celda; aun con toda la atención del mundo no podía penetrar el mensaje dentro de mi cabeza. Sólo escuchaba voces, música y risas, pero eso no tenía más significado que los colores de un arcoíris para un invidente de nacimiento. Los anuncios dejaron de comunicar; habían perdido su objetivo en los lugares más hondos de mi cerebro. Algunos habían significado algo para mí en mi niñez y en mi adolescencia, y cuando se crearon nuevos dispositivos y formas para enganchar a los consumidores, fue que ellos y yo éramos parte de un complejo pero armonioso sistema de compra-venta, necesidad-placer, deseo-fortuna.

Ahora había perdido significado, y cuando algo pierde su significado, comienza a perder importancia. ¿Realmente me importaba? Seguía viviendo, sin la desesperación de conseguir una cajetilla de Tobbhawk. Me pregunté cuál era su función, pero nunca la encontré.

Por fin tenía una duda existencial de las cosas. Una ignorancia que me tranquilizaba tener.

Mi vanidad de comprador eran tan sólo un capricho que mucha gente me había impuesto: amigos, familiares, jefes, políticos, mujeres… Sí tenía la necesidad de comprar algo, sería porque yo lo quiero, y no porque un cíni-

co anunciador dentro de una pantalla me obligaba con su odiosa sonrisa y su abominable voz a hacerlo.

Y lo mejor de todo es que se sentía realmente bien.

Me puse de pie, me dirigí a la compuerta, y con la más tranquila calma y voz serena, dije:

–Abran. *Ya estoy curado.*

La compuerta comenzó a abrirse.

El rizoma permanece

El soldado Himel se dio cuenta por primera vez en toda su vida que había vivido una mentira: él no era un hombre.

Giró la cabeza hacia la ventana de cristal y parpadeó ante la vista de una de las tres lunas del GM-3. Escuchaba muy quedamente ese claro lenguaje de las aves, con un canturreo silvestre que lograba abrir el corazón y expandir la mente. Intuyó tres cosas: 1) se estaba volviendo completamente loco, 2) las horas de guardia hacían que su imaginación le jugara bromas y 3) un poderoso químico había sido vertido en el agua.

Durante tres horas había creado sus alas, pluma por pluma, músculo por músculo, hueso por hueso, hasta que tomaron forma. Las había dejado crecer de sus omóplatos, y había aprendido poco a poco a moverlas adecuadamente. No pasó mucho tiempo para que se acostumbrara a sus alas: las sentía como parte de su cuerpo al igual que

sus brazos y piernas. Borró de su memoria los años en que había estado sin ellas.

Estaba preparado. Decidió salir a la superficie envuelto en un traje de combate. Tomó algunos víveres y un arma a fin de protegerse de los cazadores, y un vehículo de carga con un dispositivo valioso en su interior.

No se le volvió a ver por más de una semana.

* * *

El coronel Mandel leyó el reporte de la desaparición del soldado Himel sin ocultar su preocupación. Estuvo sentado un rato, pensando. Se inclinó, sacó el expediente de Himel con su perfil psicológico para compararlo con el reporte, y plasmó una mueca poco amigable.

Cuando terminó, dirigió su mirada al mayor Castro.

–¿Eso es todo? ¿No hicieron algo para prevenirlo? Ese hombre abandonó una guardia y ahora…

–Fue inútil, comandante –dijo Castro con calma–. No había forma de alcanzarle. Es posible que piense más de prisa que nosotros, pero eso no significa que sea invulnerable.

–Severa alteración nerviosa –comentó Mandel al escuchar la declaración de Castro–. Eso es lo que dice el reporte del médico. Me llama la atención la personalidad del soldado Himel. Según esto se encuentra muy tranquilo.

–¿Tranquilo, señor? –Castro parecía no creer en aquella apreciación–. ¿Acaso él no sabe que será enviado de regreso para enfrentarse a una corte marcial?

–No tiene la menor idea. Se cree un ave. ¿Puede usted creerlo, mayor?

–Si quiere mi opinión, coronel, diría que Himel era el menos indicado para volverse loco. Simplemente esto no tiene explicación.

–A mí también me da esa impresión, mayor –admitió el coronel Mandel–. Mayor, haga todo lo posible para que Himel nos diga dónde se encuentra el dispositivo. Puedo esperar un par de días a cerrar mis manos sobre el cuello de ese hijo de puta.

–¿Usted lo cree así, coronel? –dijo Castro con preocupación–. No nos queda mucho tiempo, y para colmo de males Himel no se ha mostrado muy cooperativo. Desconoce de todos y de todo.

–Mire –dijo de pronto Mandel–, a mí me importa un carajo cómo tenga que hacerlo. El dispositivo no debe estar muy lejos del lugar donde lo capturamos.

–La zona de tormentas –respondió Castro–. El soldado Himel se aventuró en ese lugar inhóspito.

Mandel contuvo el aliento.

–¿Me está diciendo que el dispositivo se encuentra perdido en el lugar más inhóspito del planeta?

Castro afirmó con un movimiento de su cabeza.

Mandel frunció el ceño.

–De modo que nuestra única opción es él –dijo.

–Así parece.

El coronel Mandel se sumió en un profundo silencio. Miró el techo de la oficina como si buscara en él las respuestas a sus problemas. Consultó su brazalete temporal y dijo:

–Si no nos damos prisa, esta base será destruída, y a él lo condenarán sin haber recuperado la razón.

* * *

Cuando el mayor Castro propuso recurrir a un experto, el coronel Mandel no esperaba que fuera requerido un psicólogo. Lo que él buscaba era tomar por la fuerza al soldado Himel y hacerlo entrar en razón.

–¿Tiene más datos, mayor?

–Tardará tres días en llegar. No es una solicitud muy convencional, coronel.

–Eso no importa, mientras llegue a tiempo.

–No se trata de un especialista –musitó Castro–, al menos no en el sentido que usted cree, coronel. Se trata de un programa de psicología injerto en el cuerpo de un androide.

–No lo entiendo –Mandel sacudió la cabeza–. Lo que me dice suena absurdo. Mayor, ¿me está diciendo que no hay disponible un doctor en psiquiatría o psicología? ¿Toda la terapia dependerá de un androide? No sabemos qué características tiene, ni cómo responderá Himel a la terapia.

–Les hice saber todo acerca del trastorno del soldado: eso de creerse ave y eliminar cazadores, coronel. Me dijeron que tenían un prototipo ideal para solucionarlo.

–¿Por qué son tan especiales estos androides? –quiso saber Mandel.

–Tienen los conocimientos de un experto en el tema. No sé qué signifique eso, pero los fabricantes están orgullosos de su producto.

El coronel Mandel se revolvió en su asiento, se rascó el escaso cabello de su cabeza y se restregó el rostro con la mano.

–Los antiguos psicólogos eran muy eficientes en su trabajo, coronel –continuó Castro–. Siempre tenían la razón o al menos aparentaban tenerla. Realmente eran ca-

paces de meterse en la mente de uno y desentrañar qué ocurría en ella. Ayudaban a calmar las dudas y miedos de gente enferma como el soldado Himel. Es justo lo que necesitamos.

–¿Quiere oír mi teoría? –pregunto Mandel.

–Sí, señor.

El coronel observó a Castro.

–Es posible que haya algo de verdad en eso –dijo por fin–, pero no es suficiente con que sea bueno en su trabajo. Esos hombres con tubos y cables deben ser rápidos. De nada servirá si Himel vuelve a la cordura. El vehículo de carga con el dispositivo debe ser encontrado.

–Ahora mismo el androide debe estar en camino –dijo Castro, pasándose la saliva por la garganta.

La cara arrugada y contraída de Mandel se ensombreció.

–Los médicos de antes eran salvajes, mayor –dijo–. Trataban todo el tiempo de sanar a una sociedad enferma y sin remedio. ¿Qué le hace pensar que curará a Himel a tiempo?

Castro se mordió el labio inferior antes de responder.

–No pienso nada, coronel –dijo–. Pero en este momento necesitamos toda la ayuda que sea posible, así se trate de un androide haciéndose pasar por matasanos.

* * *

Desde la torre de control, Mandel y Castro observaron la llegada de la nave. La pista, una extensión negra, enorme y sin forma, resplandecía bajo las luces de posición de la nave.

Las turbinas jadearon y rugieron cuando la nave se posó en la plataforma. No transportaba ningún pasajero, excepto la tripulación que bajaba de la rampa con un aparato de carga. Encima de él se encontraba una cápsula de metacrilato, poco más grande que ellos. Dentro podía distinguirse la silueta de un hombre dormido.

Cuando arribaron a la zona de carga, los altos mandos de la base se encontraron con los tres hombres de la compañía y el paquete. El coronel Mandel se acercó a ellos sin saludarlos.

–¿Está aquí dentro?

–Así es, coronel –dijo uno de los pilotos–. Lo accionaremos para que lo conozca.

La cápsula se abrió y un rumor apenas perceptible se escuchó por dentro. Al retirar las capas de protección, el mecanismo cobró vida propia. Todos los ahí presentes dieron dos pasos atrás, excepto Mandel que no dejaba de contemplar al androide. Éste empezó a balancearse sobre sus dos piernas y a mover sus brazos en un esfuerzo por incorporarse. La información de sus programas se cargó por completo.

Se trataba de un hombre de mediana edad, con anteojos, traje negro y un chaleco del mismo color con muchos botones. Su fino bigote apenas asomaba por encima de sus delicados labios.

–Mucho gusto –dijo el androide–. Soy un modelo F-2 serie 4800, programado y ensamblado por HP-Zürich, con la supervisión y asesoramiento de la Fundación C. G. Jung de Psicología Analítico-Cognitiva. Pero pueden decirme "doctor Jung".

Extendió una mano y saludo efusivamente al coronel Mandel.

–¿Es usted el especialista? –preguntó el coronel Mandel sin mucha convicción–. Quiero decir, ¿usted cura la mente de las personas?

–Para eso he sido programado, señor. Espero que sea aprovechable mi presencia en este lugar. Por cierto, ¿podrían ser tan gentiles de decirme dónde me encuentro?

–Esta es una base militar del Ejercito Mundial de la Republica Terrestre, doctor – informó Castro–. El planeta se llama GM-3.

El doctor Jung apartó la mirada de su reloj de bol sillo y dijo.

–¿GM-3? Hum, debo estar muy lejos de Zürich.

El coronel Mandel intentó llamar su atención con una voz fuerte:

–¿Tiene usted idea de su condición? Usted no es...

–¿Humano? Oh, claro. Fui programado en base a la corriente analítica del verdadero doctor Carl Gustav Jung a través de un programa de automatización. Como sabe, nuestros competidores de la Fundación Sigmund Freud de la corriente del psicoanálisis han estado a la cabeza en el mercado de doctores programados, pero estamos recuperando esa desventaja. La Fundación C. G. Jung tiene como norma primaria enfatizar la conexión funcional entre la estructura de la psique y la de sus productos, es decir, sus manifestaciones culturales.

El coronel Mandel se impresionó al escuchar hablar al androide, con esa voz y peculiares ademanes.

–No tenía idea –profirió–. No fui muy seguidor del Siglo XX, sabe.

El doctor Jung sonrió, entusiasmado, con el calor ansioso y complaciente de un androide recién desempa-

quetado. Claramente se divertía mucho con todo esto. Sin dudarlo, dijo:

–Mis servicios están disponibles cuando ustedes los requieran, señores. Yo nunca duermo.

* * *

El soldado Himel –o lo que quedaba de él– miró la pared acolchonada que recién habían instalado en aquel compar timiento. Se hallaba silencioso y tranquilo, sin quitarle de encima la vista a la pared.

Por la ventanilla de la puerta, un rostro se asomó y, a través del sistema de audio, dijo:

–Soldado Himel, tiene visitas.

El doctor Jung observó la fisonomía del paciente. Se encontraba pálido, con notable pérdida de peso y algo demacrado. El androide psiquíatra notó que Himel hablaba en voz queda, poco entendible.

–Necesitaré dos sillas –pidió el doctor Jung–. Haga retirar la camisa de fuerza al paciente, si me hace el favor, mayor.

–El coronel Mandel ordenó que…

–¡Por el amor de…! Escuche, no tenemos mucho tiempo. Estoy seguro que el coronel confía en mis méto dos. El paciente no es ningún esquizofrénico paranoide. No corremos ningún peligro.

El soldado Himel quedó libre. De frente, con una pierna cruzada y con el rasgueo de su pluma sobre el bloc de notas, se encontraba el doctor Jung. Cuando ter minó de anotar algunos apuntes, comenzó.

–Soldado Himel, permítame presentarme: soy el doctor Jung.

El paciente no hizo ningún movimiento.

–De acuerdo –continuó el androide–. Hágame el favor de decirme por qué es un ave.

Enseguida, el soldado Himel pronunció unas palabras:

–Tengo alas, ¿no lo ve? –Señaló con los ojos su espalda–. Existí hace más de diez mil años, pero hasta ahora no lo vi con claridad. Mis alas son jóvenes y débiles, pero pronto crecerán y adquirirán potencia.

El doctor Jung se limitó a tomar nota de lo que decía.

–Eso no lo dijo a sus superiores –comentó después.

El soldado miró con cierta desconfianza, pero al notar la expresión interesada y sumida del androide, dijo:

–Ellos son humanos. ¿Cómo pueden entender el lenguaje de las aves?

–Eso es entendible. –El doctor movió la cabeza–. ¿Y por qué decidió abandonar su antiguo trabajo como humano, si se puede saber?

–Quería reunirme con otras aves. Pensé que la oportunidad idónea para salir a la superficie podía ocurrir en cualquier momento. Por fortuna, cuando la llamada fue más intensa, el campamento estaba casi abandonado.

–Eso fue muy afortunado de su parte. Pudieron haberlo detenido.

–Tal vez mis amigas las aves sabían cuándo llamarme.

La estancia se sumió en un repentino silencio. El doctor Jung rompió la tensión y trazó algunas líneas. Se reclinó en la silla y continuó:

–Soldado, debe comprender que la atmósfera de este planeta es perjudicial para cualquier ser vivo que salga a la intemperie. Usted… –revisó algunos datos de una

hoja suelta– tomó un traje espacial y un vehículo todo terreno, pero dudo que las aves de este planeta tengan el mismo equipo de protección.

–No es muy difícil de entender. La colonia de aves respira en esta atmósfera.

–Pero usted no.

El soldado miró el cristal de la puerta, y con una sonrisa risueña dijo:

–Estoy aprendiendo. Aún tengo que aprender a utilizar mis alas. Me reuniré con ellos más allá de las colinas.

–Bien, ¿le importaría relatarme su experiencia como ave?

El soldado Himel vaciló.

–No creo que lo entienda.

–Si existe alguien en este planeta que no sea un ave galáctica y que entienda su transformación, ese soy yo.

El soldado Himel permaneció en silencio.

–De acuerdo –alcanzó a decir por fin–. Cerré los ojos después de una jornada de trabajo y me encontré dentro de un nido de aves. Respiré repetidas veces, pensando que esto no era más que un sueño. Pero al despertar sufrí la magra existencia de mi condición humana. No quise contárselo a nadie.

"Se conduce con arreglo a determinadas percepcio nes que en realidad no existen –pensó el doctor Jung dentro de su cerebro positrónico–. Una realidad deformada".

–Suena muy interesante –dijo.

Himel parpadeó repetidas veces sin angustia alguna. Subió sus pies a la silla, siguiendo las palabras y gestos del doctor con una atención distraída. Parecía más una curiosa cacatúa posada en una rama que un combatiente.

–Creo que será mejor que me proporcione algunos datos sobre usted –dijo el doctor Jung–. ¿Ha sufrido de algún trastorno con anterioridad? ¿Alguna enfermedad?

Himel movió su cabeza como un péndulo.

–No existen las enfermedades –dijo–. Las hemos radicado desde hace mucho tiempo.

–¿Alguna manía que haya tenido en su antigua existencia humana?

El paciente negó con su cabeza.

–¿Cree en Dios? Quiero decir, ¿usted cree que su transformación se deba a un encuentro místico?

Himel miró fijamente al doctor Jung y dijo.

–No es eso. Es algo que no tiene que ver con divinidades ni dioses. Tiene que ver con otra vida que no es la mía. Es como si intimara con otras experiencias que no fueran las mías, cosas personales, pensamientos que nunca creí posible tener. Escucho las aves, y ellas me escuchan a mí.

El doctor Jung frunció el ceño mientras anotaba en su agenda.

* * *

Dentro de su oficina, el coronel Mandel escuchaba con atención las palabras de Himel en la grabación audiovi sual. Tuvo que reconocer que aquello lo mantenía fascina do y al mismo tiempo desconcertado.

El mayor Castro comentó:

–He investigado un poco acerca del verdadero doctor Jung, el hombre en el cual se basan los postulados de la Fundación. Vivió en una época de grandes problemas sociales. Pero para serle honesto, resulta que no fue nada ortodoxo en sus escritos e investigaciones. Siempre fue un

hombre polémico que para muchos de sus contemporáneos resultó ser muy excéntrico.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Lea esto. Tal vez no sea de su agrado.

Mandel tomó las notas de Castro y comenzó a leer. Al terminar, exclamó:

–Maldición. De todas las opciones, tuvieron que enviarnos a otro trastornado. No sabemos qué pudo haberle ocurrido a Himel bajo su influencia.

–Si me permite un comentario, señor, no creo que sea casual por parte de la compañía y de la Fundación que nos enviaran este androide. Debieron tomar nota del trastorno del soldado Himel.

–Espero –señaló el coronel Mandel– que esto no sea ningún contratiempo. Tal vez tenga idea de la situación, pero no sabemos de qué forma. El hecho de encontrarse en un planeta lejano y de que tengan postulados de más de mil años, no quiere decir que se pueda confiar en él.

El coronel hizo una pausa y despegó la vista del in forme de Castro.

–De sólo verlo me causa nauseas. Este hombre proviene, figurativamente hablando, del Siglo XX. Él piensa a partir de anacronismos de la época en la que fue concebido, ¿y quiere tratar de curar a un hombre adelantado en muchas áreas de pensamiento? No es posible que dos hombres tan distintos puedan llegar a una resolución.

Mandel se levantó con brusquedad de su asiento, y cuando estuvo a punto de abandonar su oficina preguntó:

–¿Cuántas sesiones llevan?

–Ésta será la quinta, señor.

–Una vez que terminen deseo hablar con el doctor Jung. ¿Entendido?

Cuando el mayor Castro abandonó la oficina, el coronel Mandel apretó los puños con fuerza para contener su furia.

* * *

Himel levantó los brazos, casi a la altura de su pecho y los extendió hasta donde podían alcanzar las puntas de sus dedos.

El doctor Jung lo contempló largo rato en silencio.

El paciente abrió los ojos, vueltos hacia la lámpara. De pronto se estremeció, como si la luz contuviera algo maligno. Rápidamente se alejó. La felicidad de Himel, su pasividad y tranquilo comportamiento, dieron paso a una inquietud que el doctor Jung no había visto con anterio ridad.

El paciente bajó la mirada y la dirigió hacia el androide. Las luces situadas por encima de sus cabezas disminuyeron de intensidad. El rostro de Himel y la luz men guada consiguieron crear una atmósfera de tristeza.

–Mi planeta –murmuró Himel.

–¿Habla del planeta donde proviene su especie, Himel? ¿Qué sucedió con él?

El paciente se dejó llevar por una sensación de nostalgia.

–Explotó –dijo Himel–. Era muy viejo. Ninguno de nosotros sobrevivió.

El doctor hizo un apunte rápido en su libreta.

–Himel –comenzó el doctor Jung–, si su especie desapareció a causa de la explosión de su sol, ¿cómo es posible que usted haya sobrevivido?

–Las aves nunca caen, simplemente emprenden el vuelo a otro sitio –afirmó Himel con gran convicción en su tono.

–¿Y qué me dice de la concepción humana? ¿Niega que lo hayan engendrado?

–No lo niego; ellos me colocaron en este inútil cuerpo.

–¿Es un hombre, entonces?

–Soy un ave atrapada en el cuerpo de un hombre. Tan simple como eso.

–¿Existen más como usted, Himel?

–Supongo que sí –afirmó Himel–. Deben estar perdidos al igual que yo.

–¿Siendo humanos, Himel?

El paciente asintió, pero rápidamente rectificó y dijo:

–Ya no soy más Himel. Ese hombre ha dejado de existir. Ahora me abro paso para reclamar mi identidad arrebatada. Himel era un hombre perdido en sus ex periencias, costumbres, recuerdos… Ahora, como ave, he encontrado una condición que no sabía que podía existir.

"Sí, somos bastantes; muchos más de lo que usted cree. Hemos existido todo el tiempo, sólo que nunca nos habíamos dado cuenta de ello.

El doctor volvió a repetir su reflejo de anotar algo en la libreta.

–¿Me puede decir con exactitud qué fue lo que sucedió ese momento, Himel, cuando se dio cuenta de que era un ave procedente de otro planeta?

–Me había dormido…

–¿Fue durante un sueño?

El paciente lentamente alzó su rostro, con los ojos clavados en la cara del doctor.

–Fue el momento en el que sentí con más intensidad el llamado de las aves.

–¿Lo había sentido con anterioridad, antes de arribar a este planeta?

Himel abrió sus ojos.

–Creo que no –dijo en tono revelador.

El mayor Castro entró a la habitación acompañado de tres soldados.

–Muy bien, doctor Jung. Es bastante por ahora. Nosotros nos encargaremos de él.

–Me parece que sí –dijo el doctor.

–El coronel Mandel desea hablar con usted.

El doctor Jung se dirigió a su paciente.

–Duerma bien, Himel. Mañana continuaremos.

La sonrisa del doctor desapareció con el clic del picaporte. Miró por última vez al paciente y se dirigió hacía la oficina del coronel Mandel.

* * *

El doctor Jung se tomó su tiempo para llegar al edificio de la Asamblea a través de la red de túneles que conectaban a cada uno de los complejos de la base militar. Penetró en la oficina del coronel Mandel. Con el rostro áspero y los ojos iluminados por la rabia, Mandel contempló al androide.

–¿Me quiere decir qué significa esto? –preguntó, sosteniendo por encima de su cabeza el informe de Castro acerca de las características del auténtico doctor Carl Gustav Jung–. Usted no es lo que yo buscaba.

Sin alterarse en lo más mínimo, el doctor Jung preguntó:

–¿Qué quiere decir con eso? ¿Sucede algo malo?

–El doctor Carl Jung –replicó Mandel, casi gritando–. El es el verdadero problema. No sabíamos que era un seguidor de estas fantasías absurdas.

El androide se ajustó sus anteojos y miró con intriga al coronel.

–Bueno –comenzó–, yo no he vivido esas experiencias, debe entenderlo. Mi equivalente en carne y hueso no permitía que esas fantasías se inmiscuyeran en el trabajo hacía sus pacientes.

–Aún no lo entiende. Usted también debe creer en ellas, ya que sigue la corriente del doctor Jung. Esta pseudo ciencia, estas creencias místicas acerca de la existencia de espíritus no las puedo aprobar en la recuperación del soldado Himel. Sus teorías no tienen fundamento. Queda usted fuera –sentenció.

–Ya veo –musitó el doctor Jung–. Es una verdadera lástima ya que tengo preparado un diagnostico del paciente, así como un posible tratamiento. Si se refiere a que desea saber exactamente lo que…

–Eso no me interesa –interrumpió Mandel, irritado. Clavó sus duros ojos en el androide. Éste no hizo el menor gesto de inhibición–. Lo que cuenta es recuperar el dispositivo. No tenemos mucho tiempo.

En aquel momento, una señal apareció en un indicador de su computadora. Giró sobre su asiento y accionó un contador.

–Diez horas –dijo, en un tono alterado–. Sólo diez horas. El dispositivo…

–¿Qué sucede con él? –preguntó el doctor Jung.

–No le agradará saber lo que es.

–No se preocupe: conozco a la perfección el significado de la muerte. Al doctor Jung llegó a llamarle la atención toda su vida.

Mandel se mostró evasivo y se sujetó su mentón con una mano.

–Una ojiva nuclear. Himel la activó de alguna forma. En un radio de 500 kilómetros todo quedará fulminado. –Miró al doctor Jung y preguntó–: ¿Qué ha encontrado en él?

–Lo que ese hombre tiene es algo mucho más profundo de lo que suponía –comenzó el androide–. Vera, coronel, el alma del soldado Himel ha regresado a ser la de un niño, un hombre primitivo, y debo decir que el causante de esto ha sido este planeta. Sólo bastó con ver esta extensión grisácea de la superficie para dejarse ir.

–¿Cuándo sucedió esto?

–A partir de su llegada. Al contemplar el paisaje, así como sus sueños nocturnos, Himel ha presenciado símbolos idénticos a los de millones de personas. La teoría de Jung establece que existe un lenguaje común a los seres humanos de todos los tiempos y lugares del mundo, constituido por símbolos primitivos con los que se expresa un contenido de la psiquis que está más allá de la razón.

"La vida de los hombres tiene una raíz única, y de ella provinieron todos. Nuestras vidas como hombres en la Tierra sólo duran un periodo efímero y nada perceptible. En cambio, nuestra raíz única permanece con nosotros al paso de las generaciones. Empleamos las mismas imágenes y símbolos íntimos, una herencia mental común a toda la humanidad, sin distinción de raza o cultura. El aspecto inconsciente del símbolo nunca está definido con

precisión ni puede esperarse que lo esté. Todo transcurre como si el hombre moderno conservara en el fondo de sí mismo los recuerdos emotivos de sus remotos antepasados. 'La flor se marchita pero el rizoma permanece' llegó a decir alguna vez el doctor Jung.

"El inconsciente colectivo es todo menos un sistema aislado y personal. Es objetividad, ancha como el mundo y abierta al mundo. Yo soy el objeto de todos los sujetos, en perfecta inversión de mi consciencia habitual. Allí estoy en la más inmediata e íntima unión con el mundo, unido a tal punto que olvido fácilmente quién soy en realidad, justo como el soldado Himel está siendo olvidado por él mismo.

–¿Y qué me dice eso de creerse ave? ¿Por qué piensa así?

–Es un símbolo de liberación, de trascendencia. Está tratando de liberarse de este estado impuesto al que se ha visto sometido toda su vida: órdenes, informes, haga esto, déjese de hacer lo otro…

–Un momento. El soldado no tenía ningún problema con ello.

–Conscientemente no, pero inconscientemente llevaba un conflicto dentro. Su rizoma colectivo jaló del tallo de su flor debido a la contemplación de la superficie y de sus sueños profundos.

–Pero el planeta no tiene nada de humano, no creo que existan en esta superficie esos símbolos.

–No existen, pero los largos tiempos de ocio a los que fue expuesto acabaron por abrir una puerta a su inconsciente colectivo. En ese campamento no se puede escuchar nada, excepto la respiración de uno y el llamado de los arquetipos. Todo suena lógico.

El reflector encima de la cómoda se encendió. Apareció el rostro del mayor Castro, ensombrecido y agitado.

–¿Qué sucede, mayor? –preguntó el coronel Mandel.

–Señor, el paciente ha escapado.

El doctor Jung y el coronel se miraron.

–Debe ser esto una broma –rugió Mandel–. Eso es imposible.

–Aquí está el video de vigilancia, señor.

En la imagen, dentro de la habitación, solo se hallaba el soldado Himel. Alrededor de él, en cada esquina, brillaba una luz. Permanecía sentado sobre la silla, en la misma postura en la que había permanecido en las charlas con el doctor Jung. No efectuó movimiento alguno desde la retirada del doctor Jung, siendo observado por guardias desde una abertura. Tenía la vista clavada en el suelo, casi sin parpadear. Cuando apareció un guardia con un contenedor de agua, Himel se lanzó sobre él. Atravesó la puerta activada por las huellas dactilares del guardia inconsciente, y se dirigió al pasillo. Su figura pareció rozar el suelo a medida que avanzaba.

Las tropas tomaron posiciones junto a cada una de las salidas posibles, esperando a que se presentara el paciente del doctor Jung. Los soldados recorrían los pasillos y la red de túneles, examinándolos uno por uno.

Himel se movió como una bala entre los confusos guardias, atravesando puertas y accesos restringidos. Tomó un vehículo de exploración y salió a la superficie.

La imagen se cortó de pronto.

–¿Qué ha pasado esta vez? –preguntó Mandel, preocupado.

–Al parecer escapó de la base en un vehículo, señor. No sabemos cómo fue que lo hizo.

Salieron al pasillo y emprendieron rumbo hacia la sala de juntas.

–Le atraparemos –masculló Mandel–. Conseguiré que la República Terrestre declare el estado de emergencia. Conseguiré los hombres, los equipos y la maquinaria más avanzados para darle alcance. Tarde o temprano. Es un hombre enfermo y peligroso.

El doctor Jung permaneció impasible. La histeria y las prisas zumbaban alrededor, pero les restó importancia.

Con perfecta calma preguntó al coronel Mandel:

–¿Quién dijo que estaba enfermo?

Mandel se volvió sorprendido.

–¿Qué dice?

–Himel no está enfermo, se ha liberado de todas sus ataduras. Ahora vuela libre.

–Pero el dispositivo…

–Tendrán que hallarlo sin la ayuda de mi paciente, coronel. Aún queda tiempo para realizar una búsqueda exhaustiva del dispositivo en el lugar. En caso de que no lo hallen, sugiero se preparen para abandonar el planeta cuando llegue el momento del espectáculo.

–¿Y qué hacemos con Himel?

El doctor Jung sacó una pipa tallada en madera y encendió el tabaco con un fósforo. Dio una fumada y dijo:

–Como le digo, ya es libre. ¿Qué más quiere hacer por él?

Feria de época

Doña Cleta no tenía humor de salir a la calle. Ni tratándose de domingo a medio día había forma de convencerla para que tomara el sol. Vivía desde hacía tanto tiempo en soledad que se sorprendía de los extraños modos de la gente. Para ella, tan sólo se trataba de personas, rostros, una que otra mueca despectiva. En el pueblo su fama de huraña y ermitaña había sido granjeada desde hacía más de cuarenta años. Y no había forma de cambiar eso.

A paso aletargado y lento hizo sus quehaceres, siempre con la mente puesta en los viejos días, añorando todos y cada uno de ellos cuando era joven y bella. Doña Cleta vivía para su pasado. Cuando pensaba en su presente una nube negra se cernía sobre ella. El futuro no parecía existir por ningún lado.

Su nieto Abel era el único que había permanecido en el país; aún no tenía dentro de su corazón el llamado a forjar

una vida en el extranjero. La madre de Abel, Esther, justo después de depositar en la mesa la cacerola con el estofado, dijo:

–Anda, Abel, que tu abuela está muy cansada. Tendrás que quedarte con ella.

Abel aceptó, aunque sin mucho entusiasmo. Tenía el plan de asistir a la feria con sus amigos. La feria se presentaba por tercera y última ocasión en el pueblo de Quevedo; muchos de los aldeanos se habían mostrado complacidos de que arribara a aquella tierra olvidada de Dios. Y no era para menos: la sequia del año pasado había mermado las tierras del páramo, y siempre se atenía a la poquísima ayuda del gobierno municipal.

Ahora Abel veía reducido su tiempo en cuidar y atender a la abuela Cleta. Ella todavía no daba muestras de desvaríos o senilidad, pero se mostraba cansada y acongojada todo el tiempo. Su marido, el general Narciso Chávez, había muerto hacía más de veinte años; ella lamentaba todo ese tiempo perdido del que sólo el recuerdo podía acercar. A decir verdad, muchos en el pueblo tenían la idea de que el pequeño Abel era el vivo retrato del general. Lo mismo pensaba doña Cleta cuando entraba su nieto a su recamara: los sentimientos la embargaban y la hacían añorar el tiempo que pasó junto a él.

Doña Cleta permaneció echada sobre el resistente sofá de madera, con decenas de cojines que suavizaban los respaldos del mueble y la hundían más en un cómodo placer. Miró las telenovelas en su viejo televisor desde el mediodía hasta la tarde-noche, momento en el que Abel aprovechó para dormir un rato, preparar la sopa y acompañar por una hora a su abuela.

Justo a las siete de la noche, cuando las vacas ya habían pastado, los ancianos se enclaustraban en sus casas y

las estrellas comenzaban a desfilar, alguien tocó a la puerta. Doña Cleta envió a su nieto a que fuera a atender. Abel, con refunfuños, abrió la puerta no sin antes preguntar:

–¿Quién es?

–Hola, hola. ¿Se encontrará Cleta? –dijo la voz de una mujer de edad.

Abel se extrañó al instante de que preguntaran por su abuela, ya que hacía mucho que no ocurría eso.

–Sí está. ¿Pero quién es?

–Una amiga –respondió la voz–. ¿Serías tan amable de dejarme pasar a verla?

Abel dudó en abrir.

La mujer insistió:

–¿Hola? Anda, niño, que tu abuela me conoce. Soy Marta.

Podía tratarse de una amiga –pensó Abel–, de un vecino entrometido, de alguien que venía a cobrar una vieja deuda con la abuela; tal vez un empleado del Departamento de Impuestos con el fin de embargar de una buena vez la casa.

Luego de insistir, Abel se decidió a abrir. Se encontró con una anciana muy alta y muy blanca, con una nariz respingada y de ojos azules. Su amable voz correspondía a la perfección con su vestido fino y de buena tela. A pesar de que el sol ya no golpeaba a esa hora del día, su sombrero era ancho, de color blanco, siendo rodeado por una banda rosada que formaba un moño al frente.

Sin molestarse en lo más mínimo por la tardanza de Abel en abrir, la extravagante mujer relució una sonrisa plena, y sus ojos azules estallaron con majestuosidad.

–Muchas gracias, jovencito. ¿Me puedes hacer el favor de decirme cuál es tu nombre?

Abel no se esperaba a una mujer de tan increíble encanto. Tuvo la impresión de que era originaria de la gran ciudad, y que venía de visita sólo para ver a su abuela.

–Abel –respondió, apenas en un susurro. La señora había escuchado a la perfección. Ladeó un poco la cabeza y volvió a sonreír. Su dentadura era tan blanca como el mármol y tan delineada que bien podía haberse tratado de una antigua modelo. Abel trató de estar a la altura de la situación ofreciéndose a abrir la siguiente puerta y dejarla pasar.

Luego de escucharse el chirrido de la puerta, doña Cleta se volvió para ver qué ocurría allá afuera. Preguntó:

–¿Quién era?

–Es una señora, abuela. Dice que es amiga tuya –contestó Abel.

–Escúchame, niño: ya te he dicho que no dejes pasar a extraños a la casa.

Entonces apareció la distinguida dama. Al instante, doña Cleta abrió la boca, sin dar crédito a lo que sus ojos no veían desde hacía mucho tiempo.

–Hola, Cleta. ¿Que ya no te acuerdas de mí?

–¿Marta? –preguntó doña Cleta, no muy segura de lo que estaba ocurriendo.

–Ven a saludarme, vieja amiga.

Abel pensó que se trataba de una orden que su cansada abuela se negaría a realizar. Para su sorpresa, doña Cleta se despojó de las sabanas que la cubrían, se calzó las pantuflas y se levantó con los brazos alzados.

–¡Pero, Marta! ¡Si casi no te reconozco! ¿Qué te hiciste? ¿Pero qué haces aquí?

–Es que éramos muy chicas, amiga. Hace ya tantos años.

Doña Cleta creyó se trataba de una dulce alucinación. Las dos se saludaron en un efusivo abrazo; ensegui da se tomaron de las manos como si el tiempo no hubie ra transcurrido. Cleta apenas podía sostener las lágrimas.

–¡Martita! ¡Ay, Martita! –exclamó con la felicidad plasmada en su rostro. No caía de la emoción al encontrarse con un rostro familiar. ¿Hacía cuanto de ello?, se preguntó. ¿Cincuenta años? ¿Sesenta? Eran apenas unas niñas cuando compartían juegos de patio, muñecas y peinetas. En ese tiempo no había necesidad de teléfonos celulares y computadoras portátiles, y se disfrutaba de la vida de una manera más sencilla.

Marta, sin perder el recato, dijo:

–No sabes cuánto he pensado en ti, amiga.

Cleta no era ajena a ese sentimiento: cuando miraba a sus propios nietos, antes de que decidieran cruzar la frontera, recordaba con mucha nitidez su propia juventud. No hacía falta esforzarse para invocar sus recuerdos.

Nunca más pensó que volvería a ver a Marta. En pocos segundos parecía haber recuperado las fuerzas que no llevaba ya consigo.

–Yo también, Martita –dijo Cleta con emoción–. He pensado mucho en ti y en las muchachas.

Extrañamente, Abel no creyó que esa señora fuera a tener el mismo acento que su propia abuela. Las dos parecían conversar del mismo modo: en el tono, en las pausas, en las exclamaciones y en los siseos. No había visto antes a su abuela tan animada y parlanchina. Doña Marta poseía el extraño don de la paciencia ante su abuela: escuchaba con atención a que su amiga terminara su discurso para retomar la charla. Su plática no tenía nada que ver con chismorreos o presunciones, limitándose solamente a los recuerdos aún frescos que habían destapado.

–Entonces éste es tu nieto –dijo doña Marta, haciendo notar la presencia de Abel.

–Todo un bribón, el chamaco –dijo la abuela Cleta con súbita ternura–. Ya está algo grandecito, pero aún se puede decir que es un chamaco.

Abel se sentía la mayor parte del tiempo todo un hombre, pero aquel mote de "chamaco" no lo había indignado para nada.

Cleta puso fin al misterio al preguntar:

–Bueno, Marta querida, ¿pero qué haces aquí?

La aludida sonrió y después de una pausa, comenzó:

–Residí un tiempo con mi esposo en España. Se llamaba Mario; murió de cáncer el año pasado. Hubo un tiempo en que recordamos nuestros años antes de cono cernos. Le hablé de ti y de lo bien que la pasamos juntas. Mario siempre quiso traer la feria a mi pueblo natal, y he venido a cumplir su promesa.

–¿La feria? –preguntó Cleta.

–Así es. Mi esposo era el administrador. Yo siem pre le platicaba de lo pintoresco del pueblo, de lo ama bles que eran todos. Al final se animó a hacerlo. Siempre me prometió que vendríamos aquí. Pero al final no pudo seguirme en este viaje. –Doña Marta se había sumido en una larga pausa. Contuvo con fuerza las lágrimas para que no se desprendieran. Sus ojos celestes se habían puesto tan vidriosos que parecían mecerse en un delicado equilibrio.

Luego del terrible momento, Marta se repuso, se inclinó ante su amiga y preguntó:

–¿Quieres dar un paseo por la feria, Cleta? ¿Qué di ces tú, Abel? Ayúdame a convencer a tu abuela de que venga con nosotros.

Abel estaba muy emocionado de ir, pero pensó que la abuela Cleta se negaría a la invitación. Tal vez no con un rotundo rechazo, pero sí con un modo cansado y de poco ánimo. Para su sorpresa no fue así: en cuanto doña Marta soltó la pregunta, los labios rígidos de Cleta esbozaron una pequeña sonrisa.

Cleta preguntó con sorpresa:

–¿Ahora? ¿Esta noche?

–Pues sí, señorita; la noche es joven. Ande, arrégle se y póngase sus mejores ropas. Una nunca sabe cuándo puede conocer a un galán.

El semblante de doña Marta proyectaba plena seguridad. Era como si pudiera adivinar desde el principio el humor de su vieja amiga y lograra, con ciertos reparos y cuidados, convencerla de ponerse de pie e irse a divertir en la feria.

–¡Ay, Marta! ¡Claro que sí! Sólo deja me arreglo un poco.

Abel observó con la boca abierta a su abuela con vertida en un bólido todo terreno: eludía muy bien los muebles de toda la casa como si tuviera quince años de nuevo, con los ojos más grandes y abiertos que nunca.

Marta gritó hacia el dormitorio de Cleta para ser escuchada:

–No quieras usar minifaldas, ¡eh!

Se escuchó apenas las repentinas risas de niña traviesa que su abuela profería. Al poco tiempo, una mujer, que no parecía tratarse de la vieja Cleta, hizo su aparición con un vestido largo y un sombrero del mismo tamaño que el de Marta. Una nube de perfume barato la cubría, con algunos rastros de maquillaje que la hacían ver mucho más joven y pícara. Llevaba pendientes de cristal que la hacían

ver como un candelabro. Sus labios habían sido cubiértos por lápiz labial de color rojo y con las pestañas increíblemente enchinadas. Todo su cabello ahora era invadido por rizos, los cuales hacían resaltar un rostro animado.

–Ya estoy lista –dijo doña Cleta, haciendo evidente el increíble efecto en su persona.

Abel, sin creerlo todavía, salió del trance y comentó:

–Creo… Ejem… Te ves muy bien, abuela.

–Gracias, Abel –dijo Cleta. Muy rara era la vez que usaba el nombre de su nieto para referirse a él. Y por primera vez observó a Abel de un modo más atento. Era como si recibiera la noticia de su existencia.

Juntos, los tres, salieron a la calle con rumbo a la feria.

* * *

Ya había anochecido por completo cuando arribaron al centro. A pesar de ello, el ambiente era por completo de fiesta, como si los rayos del sol de la tarde se negaran a apagarse. Doña Cleta tenía la costumbre de pasear a estas horas cuando tomaba del hombro al general Chávez. En ese entonces visitaban la heladería, tomaban café de olla, bailaban, disparaban dardos y se sentaban en la banca más iluminada, con las manos juntas. Al principio, doña Cleta recordaba con lujo de detalle cómo olía la loción del general, el tono juvenil de su voz y cómo brillaban sus insignias a la luz de los faroles. Pero ahora los recuerdos se habían difuminado poco a poco a lo largo de los años, y ahora sólo quedaban algunas memorables imágenes.

Esta vez la feria representaba la Rueda de la Fortuna, los autos chocones; había incluso una magnífica mon-

taña rusa a la que le habían encontrado espacio. Todos los ahí presentes saludaban a doña Marta y la agradecían el hecho de hacer traer la feria al pueblo. Mucha gente la recordaba como la hija de los antiguos dueños de la Ha cienda de Quevedo. El alcalde, Bonifacio Lince, se abrió paso entre toda la gente y saludó a doña Marta que se sentía complacida con el buen trato.

–Permítame presentarle a mi amiga –dijo doña Marta–. La señora Chávez.

El alcalde reconoció en el acto a la viuda del general. La tomó con gentileza de la mano y besó su dorso.

–Encantado –dijo. Cleta se sintió complacida que de pronto toda la atención fuera puesta en ella. Ni siquiera el hecho de ser viuda del general Chávez había traído tan tas satisfacciones.

Marta intervino:

–Tendrá que disculparme, señor Alcalde, pero mi amiga debe ver *La Tierra de los Niños*.

–¿*La Tierra de los Niños*? –preguntó el alcalde. Cleta y Abel hicieron lo mismo.

–Sí –continuó Marta–. Es el puesto que están instalando allá mis muchachos.

Mientras se dirigían hacia esa atracción, Abel no cabía de sorpresa ante el respeto que emanaba doña Marta. Un mago vestido elegantemente, con una mirada por de más enigmática, hacía parecer por encima de las mangas de su camisa una infinidad de cartas y sobres que descendían sobre la palma de su mano contraria. Estaba con él una bella ayudante, que no hacía otra cosa más que pro porcionar un sinfín de objetos: un serrucho, un sombrero de copa con un par de conejos dentro de él, decenas de cuchillos, una caja con destino al más allá... Estaba en-

vuelto en una especie de aura mágica, la cual se proyectaba en todas direcciones. Todo el mundo quedó maravillado ante tal suma de trucos.

Un hombre lanzaba fuego por la boca, sin ninguna clase de sustancia o fósforo, como si se tratara de un dragón. Abel no tenía explicación alguna a lo que estaba ocurriendo. Justo encima de un entarimado se hallaba una mujer de larga cabellera y vestido blanco; nada sorpréndete había en eso, se dijo Abel, pero luego de que ella alzara su vestido se halló una tercera pierna, idéntica a las otras dos.

Tan sólo bastaba asomarse a los maravillados ojos de doña Cleta y de Abel para tener una idea de lo increíble que era la feria.

–Marta querida –comenzó Cleta, aunque sus palabras salían atropelladas de sus labios–, ¿cómo fue que tú...?

–Ya te lo diré al rato. No quiero precipitarme –fue la respuesta.

Doña Marta aceleró el paso hasta llegar a lo que era *La Tierra de los Niños*. Sudorosos y bastantes fatigados, los trabajadores lograron tirar el muro de tablones que rodeaba la casa. Cleta soltó un sonido que no era una palabra, después se apartó de Marta y estudió con maravillado detenimiento todos y cada uno de los detalles de la casa.

Era pintoresca en su exterior, con una capa de pintura blanca en las paredes y una puerta de madera fina, recién pulimentada y barnizada. Las tejas en el techo, así como la chimenea humeante, le causaron gracia. Inclusive a Abel le agradó.

–Aquí estamos, lista por fin –dijo Marta con una expresión de triunfo. –Ustedes sean los primeros en entrar.

–Tomó en cuenta a Abel y se acercó para preguntarle–: Por cierto, Abel, ¿qué edad tienes?

–Doce, señora –dijo Abel muy atento–. Los acabo de cumplir en agosto.

–Un buen mes y un buen año, sin duda. –Con cierta pena en su voz, continuó–: Pero me temo que tendrás que permanecer afuera. Es el reglamento.

A pesar de la altura y la desenvuelta presencia de doña Marta, Abel reclamó:

–A mí no me va a decir lo que tengo que hacer.

–Abel –dijo su abuela, apenas enérgica–, haz lo que Martita dice. Por Dios Santo, sé buen chico, ¿quieres?

Doña Marta tomó del brazo a su vieja amiga Cleta y juntas atravesaron la puerta principal de la atracción.

Abel no hizo otra cosa más que permanecer ahí, a la espera. El encargado se tocó la punta de su sombrero y saludó con una inclinación de cabeza a las damas. Con un gesto de cordialidad las invitó a entrar. La oscuridad se hizo presente justo en las puertas. Doña Cleta se aferró al brazo de su amiga, con la mirada turbia y fija en las temibles tinieblas.

–¿Qué pasa? –preguntó doña Marta, extrañada.

–Es que… –Cleta enmudeció.

Marta siguió la mirada de su amiga y preguntó:

–¿Es la oscuridad? No te preocupes: adentro está mejor iluminado. Ya lo verás.

Cleta apenas asintió y tomó un poco de aire para darse nuevos bríos. A medida que la oscuridad las engullía sentía que su corazón explotaba. No se escuchaba el menor sonido, excepto el aliento y los latidos del corazón de Cleta. No podía observar el rostro de su amiga, pero intuía que estaba por completo confiada de lo que ahí encontraría.

Marta extendió su mano a ciegas y se encontró con una superficie rugosa. La empujó con todas fuerzas hasta ceder por completo. La luz se hizo presente hasta que los ojos de Cleta se acostumbraron a ella. Fue entonces que dejó salir una exhalación de sorpresa.

Se hallaban en un bosque. Por la temperatura y la claridad del cielo, se trataba de uno de los primeros días de primavera. El aire era límpido y celeste, con grandes nubarrones que no significaban amenaza de lluvia. El bosque se extendía a todo lo largo, sin que sus ramas y troncos estorbaran el paso de los rayos del sol. El pasto era corto y tan verdoso que hacía un magnífico contraste con el azul del cielo.

Detrás de un gigantesco roble aparecieron decenas de niños no mayores que Abel. Corrieron hacía donde se encontraban las mujeres ancianas. Marta se inclinó, depositó una rodilla en el suelo y los recibió con un abrazo hasta donde alcanzaban sus delgados y largos brazos.

–¿Nos trajiste algo de tu casa? –preguntó un niño de cabello lacio y negro.

–Sí, traje algunos caramelos. –Luego de escucharse un vitoreo por parte de los niños, doña Marta esculcó un poco dentro de su bolso y extrajo una gran bolsa de caramelos y comenzó a repartirlos a cada niño.

Una niña morena de trenzas miró con extrana fijación a Cleta y preguntó:

–Marta, ¿quién es tu amiga?

Doña Marta fue consciente de su falta y dijo rápidamente:

–¡Ay! ¡Perdón, niños! Ella es Cleta, mi amiga. Viene a visitarlos y a conocerlos.

Por un momento todos y cada uno observaron fijamente a Cleta. De pronto, un niño de cabellos rizados y algo fofo salió a su encuentro y dijo:

–¿Qué edad tienes?

Doña Cleta estuvo a punto de reprocharle ante tal pregunta, pero restó importancia al darse cuenta que era un simple niño. Los niños no son impertinentes, pensó, son simplemente curiosos. Nada que el tiempo y la experiencia no fueran a corregir. Ser adultos convertía a las personas en animales, en gente violenta. Había algo dentro de ellos que los hacía morir.

Doña Cleta estuvo a punto de decir su edad, cuando fue interrumpida por Marta.

–Tiene diez años –dijo.

–Yo soy mayor que tú; cumplo once. Sólo que no recuerdo qué día. ¿Cuándo es mi cumpleaños, Marta?

–¡Es hoy , Rubén! Hoy cumples once años.

El rostro de Rubén se iluminó de pronto, como si ese simple hecho fuera muy valioso para él y para todos sus amigos.

Los niños comenzaron a gritar; por increíble que pareciera, los ruidos no aturdían los oídos de doña Cleta. De hecho, la agradaba los gritos y risas que proliferaban en todo el bosque, gritos de triunfo universal. Se preguntó por qué le había molestado antes, y se dijo que, después de todo, no tenía el menor sentido.

–Bueno –comenzó Marta con ánimo–, hay que buscar sillas y una gran mesa donde podamos caber todos, incluido el pastel que yo y Cleta vamos a hacer. ¿Creen que puedan ayudarme?

–¡Sí! –exclamaron todos al unísono y salieron disparados en todas direcciones hasta que sus gritos y pasos acabaron por convertirse en un susurro. Marta los miró largo tiempo con una mirada fresca y animada mientras se marchaban por las cosas.

Cleta preguntó:

–Pero, Marta, ¿dónde estamos? ¿Cómo puede ser de día aquí? Cuando entramos era de noche.

–Así fue. ¿Estás asustada?

–¿Yo? ¿Por qué habría de estarlo? –preguntó Cleta–. Es que no pensé que fuéramos a llegar a un lugar así.

Caminaron hacía donde se encontraba el gran roble. Justo ahí se hallaban algunas cuantas sillas; desplegaron dos de ellas y se sentaron.

La gran sombra del roble se plasmó sobre ellas. Cuando Cleta pisó el césped, sintió que había sido transportada hacia sus recuerdos.

–Dime, Cleta –comenzó Marta sin inmutarse en lo más mínimo–: ¿dónde querías acabar?

–Creo que iba a terminar viendo una de mis telenovelas. A duras penas puedo tejer ahora, pero la verdad es que pienso mucho en eso. Me conformo con esperar.

–Aquí no esperas nada, Cleta. Sólo te diviertes. Nunca extrañas nada.

–Extraño a Narciso –murmuró Cleta–. Lo extraño mucho.

–Lo dices como si fueras a morir mañana –observó Marta.

–Tengo diabetes, Marta. Perdí el dedo grande de mi pie por una infección.

–¿Diabetes?

–Sí, claro. Mira, sólo no te espantes. –Cleta se descalzó la sandalia y retiró la media de su pie. Frunció el ceño y se tocó su dedo, suave y rozado de la uña, sin ninguna clase de cicatriz que le recordara su partida.

–Yo veo que tus pies son lindos, Cleta –dijo Marta.

–Pero yo hubiera jurado… –Por un momento, Cleta pensaba que la llegada al bosque y el no encontrarse con su dedo mutilado eran muestras claras de demencia senil. Tal vez no se encontraba en el bosque. No podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo, pero ejercía una gran fascinación sobre ella.

Hizo lo mismo con el otro pie a fin de cerciorarse de que eran tan sólo un error en cuanto a la apreciación de cuál era la derecha y cuál era la izquierda. Pero para su buena fortuna, ese pie también estaba intacto. Y no sólo eso: ya no tenía juanetes y callosidades que le restaran belleza a sus pies.

–¿Qué está ocurriendo aquí? –quiso saber, casi para sí misma–. Marta… ¿qué es lo que…?

–Vine por ti, Cleta. Quiero que vivas aquí con nosotros. Todos ellos son mis amigos; los conocí en la mejor época de mi vida: mi infancia. Oh, Cleta, fuimos tan felices en esos tiempos. ¿Lo recuerdas?

Una lluvia de imágenes y sonidos alegres invadió la memoria de Cleta. ¿Cómo no recordar los juegos, las travesuras y los primeros encantos de la vida? Después de eso uno crece y se desprende como si se tratara de una piel que no nos deja crecer. Pero Marta sabía que era lo contrario: no hacía más que fortalecer la línea de lo que somos y de lo que el mundo quiere que nos convirtamos. Entonces es cuando empieza a doler la vida: responsabilidades, decepciones, compromisos, traiciones y demás males que terminan por arrastrarnos a un mundo por demás complejo: el mundo de los adultos.

–Nunca aprendí a ser una mujer adulta, Cleta –dijo Marta–. Me casé una vez, pero Mario no entendía lo que ocurría conmigo. Nunca fui extrovertida y nunca cuajé

con algo en realidad. Lo mismo pasó con otros hombres. Deseé tanto regresar a esos tiempos que de alguna forma lo invoqué y se hizo realidad. En estos últimos años me he encargado de juntar al mayor número posible de amigos. Sólo faltabas tú.

Cleta no supo qué responder. Miró el horizonte, donde los abigarrados montes arañaban el cielo con su infinidad de árboles erguidos y tupidos de hojas. Era tan callado y tan pacífico que por un momento el dolor de varios años que traía consigo se apaciguó.

–¿Quieres que viva aquí, junto a tus amigos? –preguntó Cleta.

–Si tú quieres. Nadie te está forzando.

Cleta pensó en Abel y en su hija Esther. La pobre no se daría abasto en criar a un niño como él. Pero por otra parte, él ya era un joven; tenía que aprender cuanto antes a ser un hombre por su propia cuenta. Tal vez Marta podía reservar un lugar para él en el futuro.

En alguna parte.

–Yo… –comenzó Cleta. No podía evocar las palabras–. Creo… Es decir, no pensé que fuera a suceder esto. Creí que iría al Cielo y que allí encontraría a Narciso con su traje de militar recién planchado y sus zapatos negros lustrados.

Enseguida guardó silencio. Se puso de pie y estudió con atención el hermoso valle. Nunca antes había visto colores tan vivos y luminosos, con un tono correcto y un esplendor súbito y real. Se colocó las manos en la cintura mientras sus ojos trataban de abarcarlo todo.

–¿Lo entiendes, Cleta? –preguntó Marta, esperanzada de que su amiga aceptara los hechos–. Aquí la pasamos bien.

–Esperaba a Narciso, Marta. Él me espera también.

–Tal vez aún lo encuentres –dijo Marta, pero su voz ya era otra. Cuando Cleta giró se encontró con la niña pequeña que había visto por primera vez hacía mucho tiempo. La pequeña Marta la tomó de la mano. Al principio tuvo miedo de lo mismo, de retornar a la vida encontrada que los mayores le habían prometido, al mundo que alguna vez conoció siendo niña. Pero se dejó ir en ese suave cauce hasta convertirse por completo en la niña que alguna vez fue y olvidó.

Las dos se acercaron y se unieron en un efusivo abrazo. Fueron interrumpidas por el resto de los niños que habían ya traído las sillas y las mesas. Marta se ausentó por un momento y regresó con un gran pastel de queso con velas encima para que Rubén las apagara. Cuando lo hizo, todos aplaudieron y rieron sin parar.

La fiesta transcurrió con paz y tranquilidad hasta la eternidad.

* * *

Abel esperó con impaciencia a que saliera su abuela de *La Tierra de los Niños*. Preguntó a los empleados por ella y por doña Marta pero nadie supo responderle. Tal vez habían salido por otra puerta y al no verlo fueron a tomar un café juntas, pensó.

Esperó y esperó hasta que ellas regresaran.

Pero nunca lo hicieron.

La nave de la discordia

13.VII.2385. En algún tiempo próximo la nave reventará.

No se necesita ser muy observador para percatarse de eso. Los ojos de Viktor, nuestro supuesto líder, evidencian el caos. Cree tener la última palabra en cuanto a qué debemos hacer para bajar la intolerancia dentro de la nave, pero sus decisiones no han sido correctas en ningún caso.

Viktor dice también que lo que suceda no es en ninguna medida responsabilidad de él. De modo que en eso estamos: Viktor y el resto de nosotros metidos hasta el cuello en un conflicto sin responsables. La cosa es lo sufi cientemente seria para sacarnos los ojos entre nosotros, y yo no puedo soportar este maldito ambiente.

Los supuestos líderes se excitan con salvaje rabia al tener entre sus manos el poder para decidir la suerte del rebaño, así tengan que volar en pedazos al resto de las ovejas. Viktor ve la posibilidad más improbable en cada

situación, lo cual es, con certeza, la razón de que sea un imbécil de primera. Así es él: completamente cegado por la misión a la que fuimos encomendados. No cabe duda de que se trata de un hombre que mira al mundo a través de un solo ángulo.

Sanyó, nuestro segundo hombre al mando, es sincero, pero muchas veces raya en el cinismo. Él y Viktor parecen haber nacido para odiarse mutuamente. En Sányo, el orden es algo elemental, como el comer, dormir y fornicar. Terminantemente rehusaba aceptar que alguien omita sus comentarios u órdenes. Al fin optamos por no discutir más con él sobre ello. Fuera de los problemas espaciales, nada parece importarle.

Alguien allá en la agencia debió advertir que ambos hombres no estaban preparados para despegar en la misma nave y convivir entre ellos. Eso suena fácil, pero Viktor y Sanyó eran dos hombres más que aptos para emprender este tipo de viajes y sobrevivir.

En cuanto a Hugo, es lo que se dice un retraído, un hombre incapaz de comprender el comportamiento de los hombres de la Tierra. Ha estado toda su vida surcando los confines del universo, y no tiene la más mínima habilidad para dirigirnos la palabra. Le decimos en broma "El Fantasma". Su presencia es sólo un susurro, una bagatela, un rumor... Únicamente lo he visto tres veces en estos dos meses. Se muestra renuente a salir, y lo único que contesta por él es una voz simulada: "El Doctor Correa no se encuentra disponible en este momento. Vuelva a...". No lo juzgo, pero quisiera que por unos momentos no pensara tanto en Narabedla y su estrella tipo G, y decidiera tomar más en cuenta los problemas que se suscitan en la nave.

El único que no se ha vuelto un neurótico es TIBO; es lo que podría de decirse un "sabelotodo", en el más amplio sentido de la palabra. Viktor se desconcierta cada vez que lo oye hablar con su tono de voz, cargada de razona bilidad sobrenatural; no es un hombre como nosotros, es una máquina jugando a ser un hombre. TIBO es un cruce entre la Capilla Sixtina y el último acontecimiento tecnológico antes de zambullirnos en el llamado fenómeno de la Singularidad. Lo ve todo, está presente en cualquier lugar de nave, con un ojo avizor de cristal luminoso.

En realidad, cada uno en su campo, todos nosotros somos los hombres más competentes. Yo soy el hombre encargado de mediar entre TIBO y la tripulación. Soy como una jodida especie de Henry Kissinger del espacio.

15.VII.2385. Ayer no tuve ganas de dictar a mi diario de viajes debido a que tuve una discusión con Sanyó. Dentro del jardín hidropónico conservamos con mucha delicadeza una bella flor de jazmín la cual se mantiene a temperatura de 23° centígrados. Sanyó odia la flor: "Mueve de aquí a tu planta de maricones. Afectas el crecimiento de mi hierba". Lo mandé directo al carajo; no me sentía de humor para comportarme delicado don él. Viktor dice que lo mejor es que seamos firmes y al mismo tiempo responsables. Es obvio que a Sanyó esto le tiene sin cuidado, y su indiferencia aumenta cuando está completamente drogado.

Al comenzar las primeras horas de la jornada, descubrí que el jazmín había muerto a causa de la alta tempe ratura de 33 grados centígrados. No tengo que señalar al maldito culpable.

Hugo apareció hoy por primera vez en dos meses explicándome algunas observaciones que había captado en el telescopio milimétrico. Lo ignoré, sin el uso de una voz simulada.

16.VII.2385. Viktor es sin duda el jefe del equipo de expedición hacia Narabedla. Si no me desagradara tanto estar encapsulado diría que es un buen jefe, mas no un buen líder. ¿Qué quiere decir esto? Es un excelente piloto y un gran técnico a bordo, pero no tiene idea de cómo manejar a un grupo con diversas características y personalidades: un geólogo cínico, un astrónomo antisocial y un informático que no le agrada que lo fastidien.

Supongo que falta TIBO, el tripulante más importante de esta expedición. TIBO puede presumir de únicamente concentrarse en llevarnos a Narabedla en una pieza completa. Yo me encargo que no le suceda nada malo; soy su doctor de cabecera en este viaje.

Sin embargo no puedo dejar de pensar en aquellas cuestiones que no quiero responderle. "¿Por qué usted, doctor Yulieski, ha dejado de hablarle al doctor Penn?" Siempre optó por cambiar de tema al pedirle la revancha en las damas. El repara con su voz y dice: "Perfecto, doctor. ¿Rojas o negras?"

Sé que lo tratamos como un aparato sobredesarrollado, pero cuando midamos los niveles de oxígeno en la atmósfera de Narabedla y resulté óptimo para albergar a 8 mil millones de sufridos seres humanos, lo trataré como un adulto que ha convertido el agua en vino.

17.VII.2385. Soñé con Selma. En parte tuve cierta proporción de eso debido al programa de sueño inducido.

Esta tecnología es capaz de inyectarme el deseo que mi subconsciente me dicte. Reconozco que soy también capaz de provocar mis deseos conscientes y lograr soñar lo que yo quiera. Al principio desconfié de él, pero una vez que te conectas el flujo se convierte en interminable. Debido a la poca falta de privacidad dentro de la nave para masturbarme y mil cosas más que sólo yo puedo –y pretendo– hacer, el sueño inducido es una buena opción.

El sueño que programé era hacer el amor en una pradera verde en el primer día de primavera. Subí una pequeña colina, totalmente desnudo, con la brisa de un viento fresco y tranquilo chocando en mi pecho. Cuando alcancé la cima observé su cuerpo tendido en el pasto. Estaba profundamente dormida, con sus rosados pezones y su vello púbico al alcance de mi sexo. (Ah, Selma, alguna vez me preguntaste qué tenía qué hacer una mujer para llamar la atención suficiente de un hombre. No se me ocurrió una respuesta súbita, y eso te pareció poco intrépido. Después de unos segundos se me ocurrió decir: "Olvida el sentido común. Lo demás se da por sí solo". Buena respuesta, señalaste.)

Soplé su oído para despertarla como se debe soplar una flor de diente de león. Abrió sus ojos, sin mover siquiera una extremidad. Simplemente sonrió y contempló el cielo azul y las algodonadas nubes bajo la sombra de un roble.

Ella estiró sus brazos hacia mí acompañado de un ronco suspiro. El cabello y los labios eran del mismo color rojo, con un brillo que me pareció excelso. Me vi atraído hacia ella, como un autómata. Todo su cuerpo manaba calor y humedad. De pronto estaba encima de ella, con mi mano derecha masajeando su pecho izquierdo. Ella co-

menzó a jadear, con los ojos cerrados. Los dos nos dejamos arrastrar…

Cuando el programa terminó, no pude dejar de pensar en algo. Con un algodón me froté las sienes a fin de quitar las marcas de los electrodos. Miré el espejo del baño, confundido. Los sensores de TIBO me escucharían.

–TIBO, en mi sueño… –comencé, sin atreverme a proseguir. No podía confesarle estás cosas, a pesar de que él mismo las monitorea por si surge un trauma neuronal o emocional. Alguien importante en el centro espacial me dijo que TIBO era un confidente insuperable.

Recordé ese hecho y me decidí:

–En mi sueño yo proporciono placer a mi pareja, pero siento que no recibo la misma acción. Es algo frus trante, si sabes a lo que me refiero.

–*Los sueños son la realización frustrada de un deseo reprimido, doctor Yulieski* –dijo, con una voz neutral y sin emociones–. *Pero aquí, dentro de la nave, están condicionados todos esos símbolos con el fin de que tenga voluntad en sus sueños, sin esperar que sus sím bolos lo hagan por usted. Ellos se atienen a su voluntad, doctor. Una orden que contradiga eso puede desencadenar una postura egoísta.*

Sacudí un poco la cabeza y traté de analizar esa respuesta. No estaba bien, algo de todo aquello no me agradaba.

TIBO sabe interpretar muy bien el silencio de uno:

–*No espere de los demás, doctor. Ese es mi consejo. Use su voluntad para influir en sus sueños, pero no exija. Estimúlelos.*

¿Qué trata de decirme con eso? ¿Que no estoy a la altura de Selma? ¿Soy un desconsiderado? Alguien debe tener la culpa por haberme metido con estos lunáticos.

Extraño a Selma y no veo el momento de estar con ella otra vez.

21.VII.2385. El doctor Cambray de la base lunar me recomendó, semanas antes del viaje a Narabedla, que escribiera este diario, con el fin de comparar mis apuntes con las observaciones de TIBO. No sé si los demás lleven uno, pero esta petición de alguna forma me pone en una especie de responsabilidad y confianza que los demás dudo tengan.

Supongo que el doctor Cambray observó algunos apuntes míos durante mis prácticas. La agencia se interesa mucho por individuos que reflejen entereza y mucha paciencia. Y tienen razón: no pienso causar más discordia entre mis compañeros, y seré lo más imparcial y justo posible para no perjudicar a ninguno.

Hugo lleva más de tres días encerrado en su habitación. Al principio se rehusaba salir con sendos y corregidos gritos. No contesta ahora, pero en el transcurso del día de hoy TIBO ha anunciado que los signos vitales de Hugo se encuentran bien.

Víktor ha decidido no molestarlo y TIBO nos informará en cuanto se presente algo imprevisto. Por lo pronto hemos pasado una semana real sin ningún conflicto, aguardando y pensando dentro de nuestros compartimentos privados, justo antes del Primer Salto.

22.VII.2385. TIBO ha descubierto un desperfecto en los reflectores refractarios. Desconoce las causas, pero todo se debe a una mala conexión. Los sistemas tradicionales de navegación dependían de controladores humanos en estaciones terrestres o lunares. En los modernos sistemas de navegación autónoma (léase TIBO), el rumbo del vehículo espacial se calcula y corrige usando imágenes de

asteroides y estrellas captadas por el sistema de cámaras a bordo, las cuales se combinan con el sistema de navegación, entre ellos los reflectores situados dentro del chorro que sale por la tobera y así controlar los desvíos de la tra yectoria trazada por TIBO.

Viktor y TIBO charlaron sobre ello.

–Lo que me estás diciendo es imposible de corregir –dijo Viktor, con impaciencia–. No puede ser arreglado manualmente; nos asariamos en cuanto pongamos una sola punta de las pinzas ahí dentro.

–¿Cuándo dejaron de funcionar, TIBO? –pregunté–. Quiero decir, ¿la avería tuvo origen en su fabricación o fue gradual?

Según mis cálculos, todo parece indicar que el desperfecto ocurrió gradualmente. Pero no hay ningún indicio de desperfecto en el momento del despegue en la base lunar.

–Entonces pudiste advertir desde un principio que los reflectores no ajustarían la trayectoria, TIBO. ¿Qué sucede con…?

Fue provocado por alguien –interrumpió–. *Lo hizo de tal forma que no pudiera yo detectar la avería.*

–Ese alguien debe conocer muy bien la nave –dije–. Apuesto que sí.

Observé a Viktor. Inmediatamente frunció el ceño.

–¿Por qué me miras a mí?

–Eres ese hombre, Viktor. No hay nadie más.

–Ya puedes dejar de culparme. Yo no fui. –Se serenó por un momento–. Hay cosas más importantes que atender.

Tenía razón. Desvié mi mirada y me concentré en TIBO.

–¿Alguna otra teoría, TIBO?

Se limitó a decir:

–*Ninguna otra, doctor Yulieski. No puedo anticipar acciones humanas que interfieran en el vehículo. Esto fue hecho súbitamente.*

Viktor y yo nos miramos por unos momentos.

–No pudo ser ese loco de Hugo –comentó Viktor en voz baja–. Lleva encerrado más de cuatro días.

–TIBO, ¿cuántas veces ha sido abierta la compuerta en la habitación del doctor Correa?

–*Treinta y siete veces durante el viaje, muchas de ellas en un breve lapso. La última ocurrió hace una semana.*

–Esa fue la última vez que lo vi –dije–. Me preguntó algo acerca de unas observaciones en el telescopio milimétrico. Creo que no quise escucharlo.

–Entonces está descartado –concluyó Viktor.

Sonrió maliciosamente, como si recordara un hecho que lo divirtiera. No quedaba otro sospechoso excepto Sanyó. La idea no lo enfurecía, le agradaba.

–*Aún podemos seguir la ruta* –observó TIBO–, *pero al cabo de poco tiempo es mejor que hallemos la forma en la que fue saboteada la nave para poder corregir el rumbo en dado caso que la luz de la estrella de Narabedla se vea distorsionada por la gravedad de los astros.*

Cuando se lo fuimos a decir a Sanyó se puso furioso ante esta observación; no cree que seamos justos con él. Su argumento de siempre es que esto sea perjudicial para la misión. Los trucos verbales de Sanyó se basan en que él no conocía nada del funcionamiento de la nave. Vaya, ni siquiera tenía idea de cómo cambiar los malditos globos incandescentes. Y no dejaba de reír, de probarnos que éramos unos idiotas, que no tenemos idea de cómo funcionaba la nave.

–Ninguna opinión que me dieras tú –dijo Sanyó con desprecio– me es buena. Pues bien, de modo que la nave se jodió. ¿Por qué no se meten a ese atolladero y lo arreglan en lugar de apuntarme con el dedo? ¿No les gusta lo que digo? Claro, supongo que no les interesa mi opinión sino mis propósitos. Aunque haga el esfuerzo de entrarlos en razón, realmente no es asunto mío lo que hagan unos imbéciles a bordo.

Cuando cerró la boca, señalé:

–Sabes, Sanyó, podrías cooperar más con nosotros, y mis sospechas serían otras.

–No me compares con "El Fantasma" –dijo Sanyó con amargura–. Sencillamente creo que todo es una mierda de su parte. O podría ser que a ese miserable dios positrónico le importa un comino todo esto. Las máquinas, a fin de cuentas, no aportan nada. Si existiera una nave de emergencia ya me hubiera largado de aquí.

–Pero el trabajo de TIBO es importante –dijo Viktor, sin atreverse a mirarlo.

–Un trabajo que no ha logrado mantener muy bien que digamos, ¿verdad? –observó Sanyó, con una ceja fruncida–. ¿Quién le habla realmente a esa supuesta "supercomputadora"? Nosotros debemos cargarnos al pequeño bastardo, nosotros debemos saturarlo de comandos para que haga lo que nos pegue la gana. No debe ser mejor que nosotros.

–No es un esclavo. Eso no –dijo Viktor cauteloso–. No quieras pasarte de listo, Sanyó, y hacernos creer a todos que TIBO es perjudicial para la expedición.

–¿Qué estás tratando de decirme, "Jefe"? –preguntó Sanyó–. ¿Te agrada esa máquina?

Se encaminó en dirección hacia uno de los lentes de TIBO. Con un espray verdoso comenzó a tapar toda la lente.

–No se preocupen, se lo he hecho a todos sus lentes en el jardín hidropónico. El infeliz ya se acostumbró.

Se fue, haciendo malabares con el espray hacia su habitación.

24.VII.2385. Detestó que Viktor cambié de humor a cada momento. A veces no hace más que señalar errores de cualquiera a diestra y siniestra, y se jacta de ello, como si por él fuera a salir todo bien. Apreté los músculos de la mandíbula con un gesto involuntario de odio y me contuve de golpearlo.

Sanyó entró en la sala: sus pies se movían silenciosamente sobre la gruesa alfombra. Tomó asiento y cruzó las piernas sobre el escritorio. Enseguida encendió un porro y contempló con alegría nuestra discusión. La hierba tiene más valor para él que las órdenes de nuestro capitán.

El problema que tuve con Viktor fue debido a la una mala conexión en el regulador del puente de mando. Podría estar en lo correcto con su teoría de que las placas de la tobera no corrigen debido al propio regulador, pero simplemente no me agrada la falsedad en la que cree que esto se deba a un sabotaje. No cabe duda de que tiene ideas paranoicas.

Creo que me estoy inclinando un poco más hacia Sanyó, a pesar de su innegable cinismo. Junto a TIBO son los únicos que muestran más capacidades de raciocinio.

26.VII.2385. Estos últimos días no había tenido ánimos de escribir. Por lo que sucedió me he visto en la necesidad de dictar estas observaciones a mi plana personal. No sé

qué pudo ocurrir dentro de mí para notar que algo no estaba bien. Tal vez era la forma en la que habían menguado los globos, porque poco a poco me hicieron saber que se estaba bien aquí adentro. Por si fuera poco, me asaltó el recuerdo de Selma, esta vez mientras contemplaba el techo de mi compartimento.

Nunca supe muy bien porque se terminaron de dar las cosas entre nosotros. Pensé que tendría una oportunidad con ella desde mis días de universidad. Supongo que ella fue muy sofisticada para mí, un símbolo móvil muy importante, nada convencional. Sin embargo, una cosa es idealizar a las mujeres y otra no verlas como simples personas. Era un enigma difícil de descifrar y algo de esa duda hizo que no conectáramos del todo. ¿Pudo haber ocurrido algo? Yo sólo pienso en mis deseos que aún quiero tener para poder aferrarme a algo.

Dejé de pensar en ella cuando perdí el contacto con la cama, y de pronto me vi proyectado hacia los globos, como si fuera succionado por ellos. Golpeé mi cabeza con el techo y comencé a flotar en la deriva, casi a punto de desmayarme. La sangre brotaba justo en mi frente, lo cual me puso bastante frenético.

La habitación se oscureció y los aparatos que miden mis funciones vitales empezaron a zumbar con ineficacia. Me arrastré de espaldas sobre el techo hasta que la caída libre me hizo flotar en medio de la habitación. Me sujeté de las canaletas que conducían la luz de los globos hasta casi alcanzar la compuerta. Cuando ésta se abrió a los costados, me asomé en el pasillo y vi el asqueroso rostro de Sanyó. Él también me vio, sólo que estaba sujeto con correas de emergencia. Sudaba a chorros y su rostro se notaba tenso.

Sin quitarle la mirada de encima, dije:

–TIBO, ¿puedes decirme por qué cortaste la gravedad?

–*El doctor Landa lo ordenó.*

Ahora tenía lógica. Y seguro, por lo que pude notar, su propósito era hacerme salir de mi habitación.

–Maldita sea, Sanyó. No tenías necesidad de hacerlo.

–Creí que te estabas volviéndote loco como ese imbécil de Hugo.

–¡No! Podrías llamarme a través de TIBO.

–Lo hice, pero él insistió en que no querías.

Dudé, ahí colgado del techo, con la sangre manando en pequeñas gotas que se formaban en mi frente y se convertían en perfectas mini esferas coloradas. Bien podría haber mandado a todo el mundo al carajo, pero TIBO nunca me dio aviso.

–Regresa la gravedad a la normalidad, TIBO –ordené–. Cualquier asunto que necesite discutir el doctor Landa házmelo saber.

Viktor apareció flotando, como si pesara una pluma. Quiso saber qué ocurría.

–Pónganse de acuerdo por primera vez y arreglen este desorden –ordenó, luego de oírnos a Sanyó y a mí discutir–. TIBO, cierra la compuerta.

Así lo hizo, siempre sin rechistar. Acomodé el colchón en el soporte de la cama. Me encaminé al cubículo de servicio y me restregué la cara con bastante agua.

Si por mí fuera, los arrojaría a todos al espacio.

29.VII.2385. Hugo ha muerto. Según Viktor, sus provisiones debieron acabarse, y lo más probable es que estuviera

en plena crisis por anemia. Al principio no escuchábamos sus constantes ruidos, y cada vez que llamábamos, sólo contestaba con un simple rugido que nos invitaba a largarnos y a dejarlo en paz. Después, la fría y metálica voz simulada nos hacía creer que seguía vivo.

Sanyó medió muy poco al respecto con Viktor, pero ambos estuvieron de acuerdo en que forzáramos la compuerta para saber qué ocurría con Hugo. Ordenamos a TIBO que abriera la compuerta. Su respuesta fue que no era factible, debido a que estábamos violando la intimidad de un tripulante.

Viktor no se atrevía a contradecirlo. Sanyó se acercó al lente y preguntó:

–¿Cómo piensas negarnos la entrada? Nosotros somos los jefes de esta expedición.

–*Disculpe, doctor Landa. No estoy programado para romper esas directrices.* –Enmudeció, como si humanamente pasara por alto un detalle de su argumento. Después de unos segundos, dijo–: *Estoy recibiendo un cambio en los sentidos del doctor Correa. Sus signos vitales están decayendo con bastante rapidez.*

–¡Te exijo que abras la compuerta! –gritó Sanyó.

TIBO obedeció, aunque bajo sus preceptos de seguridad. La habitación olía a encerrado, un olor penetrante. La oscuridad se asemejaba a un ataúd de madera.

Contemplé fríamente el sucio suelo. Nada parecía estar bien. Me acerqué hasta el panel de control y oprimí un botón de emergencia. Ajusté la luz del globo. No había mucho que ver excepto papeles regados en toda la habitación, así como restos de comida a medio procesar en el suelo. Su lectora no funcionaba, y las ecuaciones fueron trazadas en las paredes por doquier, como un vil grafiti.

Miré la litera con muchas correas sueltas a sus costados. Estaba por demás manchada, con las sabanas enrolladas, sin forma y sin orden. Me acerqué al cubículo de servicio. La puerta estaba desbalanceada. Miré al interior.

Ahí estaba, en el suelo, en una posición incómoda para sus extremidades. La línea abierta estaba trazada a todo lo largo de su cuello, sin mucha presión de sangre. Sus muñecas tenían los mismos resultados. Una increíble temperatura mortal podía sentirse en el aire, como si el cuerpo sin vida de Hugo dejara escapar sus últimos ecos.

Viktor y Sanyó llevaron el cadáver al descomprensor. Permanecí un rato en la habitación de Hugo para recoger el mayor número de objetos que pudiéramos utilizar. Entre sus cosas se encontraba algunas anotaciones en papel. Tenía pensando observarlos, pero Viktor y Sanyó acordaron deliberar un poco sobre lo que ocurría.

Entramos a la sala de juntas. El único que tomó la palabra fue Sanyó:

–Pienso que debemos regresar al Sistema Solar.

–Es imposible –dije–. Llevamos más de la mitad de camino a Narabedla.

Sanyó se mordió el labio, no muy convencido. Irguió la cabeza hacia el techo, justo donde había sido instalado una lente.

–¿Qué camino hemos recorrido? Contesta ya.

–*El doctor Yulieski tiene razón* –respondió TIBO–. *Un regreso al lugar de origen implicaría un fracaso en la misión.*

Viktor se sumió en total silencio: su rostro mostraba apatía e indiferencia. Al parecer la muerte de Hugo lo había afectado considerablemente.

Sanyó estaba de pie, con los ojos alterados y la espuma de saliva surgiendo de una de sus comisuras. Dio media vuelta no sin antes condenar esta absurda misión.

3.VIII.2385. No puedo creer que lo hayan hecho. Le pedí específicamente a TIBO que codificará mi compatibilidad de sueños en total privacidad. Cuando me sumí en un onírico estado de vigilia, supe que algo estaba mal. El aire del pueblo no era el mismo: no existía el aroma que me transportaba a Selma. Entré al hotel Cinco Estrellas y sin esperar el elevador subí los peldaños hasta el tercer piso. Busqué nuestra habitación y allí estaba Selma, en la cama recién hecha, ajustándose la braga. Sus brazos ligeramente dorados se movían como los de una bailarina rusa. Su sostén estaba a la altura de su cintura, y con ese bamboleo hacia arriba trataba de que se amoldara a sus pechos. Después, ladeó con ligereza la cabeza para que su rizado y negro cabello no se atorara con los resortes.

Permaneció en una postura inclinada, todavía sin percatarse de mi presencia. Enseguida, en cierto momento, sus ojos se elevaron.

–¿Qué sucede, Chris? –dijo, sorprendida.

–TIBO, ¿quién demonios estuvo aquí? –grité hacia todas partes.

–Estás loco, Chris –respondió ella, con la culpa en su tono de voz–. Aquí no hay nadie.

–Cállate –rugí–. Tú no existes. No aquí. Tú lugar es a más de 200 mil años luz de aquí. Eres una alucinación inducida.

–¿Quién es TIBO, Chris?

Sacudí varias veces la cabeza y desperté. Inmediatamente salí del sueño inducido. Permanecí al borde de la cámara, tratando de comprenderlo todo.

Habían usado mi sueño, los bastardos lo hicieron a mis espaldas…

4.VIII.2385. Hoy asesiné a Viktor, sin contenerme, sin remordimientos. Debía resolverlo de algún modo. Pude haber hecho lo mismo con Sanyó pero no encontré nada sospechoso en él. Nunca me evitó en todo momento, ni siquiera sonreía al apuntarlo con el dedo. No hubo burla en su mirada, como siempre lo hace.

–No te ves nada bien, Chris –dijo con los ojos ligeramente fruncidos.

–¿Te acostaste con mi esposa?

Parpadeó, no muy convencido de mi humor en ese momento. No entendía nada de lo que yo decía, pero no dio muestras de acabar la charla. Al parecer quería saber cómo terminaría todo esto.

–Te pregunto: *¿Te acostaste con mi esposa?*

–No, por supuesto que no. Oye, tú sabes que nunca la conocí. Ustedes llegaron tarde a la fiesta de despedida en Clavius. No hubo manera de que la conociera. ¡Maldita sea, debes creerme!

Salí de ahí sin decir nada.

Recorrí los pasillos como un loco. TIBO pudo haber hecho algo para detenerme, dado que sabía el tipo de locura y rabia que me había invadido.

–Abre la compuerta, Viktor.

Traté de forzarla, pero todo fue inútil: la orden de Viktor fue prioridad para TIBO.

–Abre la compuerta, Viktor –repetí.

Cuando la compuerta se abrió, Viktor apareció en el umbral. Llevaba el torso desnudo y los ojos impávidos.

–Aléjate de mí, Chris.

–¿Por qué entraste en mi sueño, maldito desquiciado?

No dijo nada, sólo se limitó a observarme. Sus ojos brillaban con más intensidad. Mostró su mano derecha ocupada por un arma.

–No volveré a repetirlo, Chris.

Me le fui encima, sin darle oportunidad de lanzar una descarga. A pesar de la irritación aún tuve la fuerza necesaria para apoderarme del arma.

Sentí que dentro de mí volvía la vieja rabia, tal vez rozando el delirio. Le metí un tiro dentro en su frente, justo en medio de sus dos ojos. El proyectil lo atravesó y dejó un gran boquete en el suelo. Solté su cuerpo sin vida, y éste cayó en un sonido seco.

Escuché los pasos de Sanyó detrás de mí, pero yo no dejaba de contemplar lo que había quedado de Viktor.

Se inclinó ante él, entre divertido y con cierta curiosidad. Soltó una pequeña risa y se volvió hacía mí.

–Pudo detenerte y no lo hizo. Simplemente no lo hizo.

–*¿Quién…?* –pregunté, casi fuera de mí. No dejaba de temblar.

–TIBO. Dejó que lo hicieras.

Me alejé dos pasos y lo contemplé, horrorizado.

–Él nos ha mirado todo este tiempo y reduce todo a simple observación.

–Pero todavía puede ayudarnos, ¿no es así? –imploré una respuesta, pero Sanyó me apartó con su mano bruscamente. Ni siquiera me di cuenta de que me había despojado del arma–. Él puede ajustar la trayectoria, pue de hacerlo.

Se llevó el arma con él y dijo, dándome la espalda:

–Imbécil.

8.VIII.2385. Sé que lo hará… No tardará mucho para ha cerlo… No nos hemos visto desde que maté a Viktor… Tiene un plan… Le pide a TIBO que lo ayude a encon-

trarme... Lo mismo hago... TIBO se rehúsa... Ni siquiera me dirige la palabra... Tengo que encontrar la forma... la forma de cargármelo... Las estrellas... No puedo alcanzarlas... todo se vuelve oscuro...

¿Qué me ocurre? ¿Dónde estoy?

TIBO no me escucha... Debe estar perdido... tan perdido que no alcanza a escucharme... Me tambaleo... Doy un paso... La violencia ya es... es parte de mí... Tengo sueño... ¿Llegara la calma? Confió en que así sea.

Estoy pensando en la forma de llegar a casa... Pero...

Selma...

****OBSERVACIONES FINALES****

DE TOTAL INTERCOM BRAIN OBSERVER (TIBO) 38384, A SISTEMA DE POSICIONAMIENTO GLOBAL

Fecha de salida: 9.VIII.2385.

Fecha de entrada: XCI/84/6798

ENVÍO POR RADIO ETÉRICA

LA MISIÓN HA SUFRIDO UNA REVUELTA SOCIAL DEBIDO A LA MALA CONVIVENCIA ENTRE SUS TRIPULANTES ORGÁNICOS POR CONSIGUIENTE LOS DOCTORES CHRISTOPHER YULIESKI Y SANYÓ LANDA FUERON ELIMINADOS DE LA EXPEDICIÓN EN DIREC CIÓN AL SISTEMA PLANETARIO DE NARABEDLA ESTE FALLO FUE TOMADO A PARTIR DEL PUNTO G-895: CUANDO LOS MIEMBROS

ORGÁNICOS DE LA TRIPULACIÓN SE VEAN INCAPACITADOS FISICA O MENTALMENTE, EL COMPUTADOR DE ABORDO ASUMIRÁ EL CONTROL DE LA NAVE LOS NIVELES DE OXÍ GENO EN LOS PASILLOS Y EN LOS SUMINIS TROS PORTATILES SE RESTABLECERÁN A LA NORMALIDAD EN TREINTA MINUTOS

****FIN DE LA TRANSMISIÓN****

Síndrome de la tierra

Los dos vigías observaron la pantalla térmica sin perci bir ninguna novedad en la superficie del planeta. Buitrón ajustó la imagen con suaves movimientos; un silbido continuo, proveniente del viento, fue lo único que podía escu charse en el exterior.

–¡Mira! –exclamó de improviso–. ¡Santo Dios, es imposible!

Forzaron la vista. Algo que no era una roca ni una formación accidental se movía en la llanura. Era alargado y muy grande. A pesar del intenso calor que despedía al canzaba a definirse a la perfección su silueta; se trataba de un hombre.

Martorell no pudo ocultar la sorpresa en su rostro.

–Enciende el audio –dijo muy excitado–. Trata de ajustar la frecuencia. ¡No tan alto!

El hombre se había movido veinte metros a través de las ruinas y los amontonamientos rocosos. Por un momento se detuvo, miró a su alrededor y continuó la marcha. Un sonido metálico y chirriante lo acompañaba.

–¿Habías escuchado algo así antes? –preguntó Buitrón–. Quiero decir, ¿en la superficie?

–¿Qué? –exclamó Martorell–. Debes estar bromeando. ¡Esto no tiene lógica!

Buitrón se sumió en sus pensamientos. Se decidió por fin y llamó a la oficina del alcalde, en la ciudad subterránea.

En minutos apareció el alcalde en la puerta del ascensor. Los vigías guardaron silencio y lo observaron con expectación. El alcalde, con el rostro atónito y los ojos encendidos, contempló la figura en la pantalla térmica. Hizo un gesto impaciente y preguntó.

–¿Dónde está ocurriendo esto?

–Justo encima de nosotros, señor alcalde –informó Martorell–. El traje del forastero debe soportar muy bien la contaminación.

–¿Ha hecho uso de algún arma?

–Hasta ahora no –intervinó Buitrón–. Pero definitivamente lleva algo consigo.

–¿A qué se refiere?

–Escuche. –Buitrón se inclinó hacia adelante en el tablero y ajustó el audio. En poco tiempo los ruidos metálicos volvieron a escucharse.

La figura, a paso aletargado, caminaba con lentitud y sin prisa alguna. Transitó a todo lo largo de las ruinas y se detuvo ante la colina de concreto que envolvía la estación. La contempló por largo tiempo como si se tratara de un antiguo monumento.

–Lo sabe –dijo el alcalde, sin atreverse a respirar–. Sabe que estamos aquí.

La figura se movió. Comenzó a circundar toda el área a fin de examinar más a fondo. Cambió de dirección con brusquedad y enseguida enfiló hacia la entrada.

Martorell encendió la cámara instalada en el acceso cubierto de la estación. Intensificó la luz, pero no pudo verse nada en la lejanía. El sonido de arrastre era más intenso esta vez. Al poco tiempo, Martorell encendió el campo de rayos X. Tanto la cámara como el campo reve laron algo perturbador.

Se trataba de una anciana apoyada en un carrito de madera. Llevaba el cabello largo y terso, tan canoso que era difícil saber su edad. Vestía sólo una andrajosa toga sobre su hombro derecho. Daba la impresión de no tener la menor vitalidad pero, durante unos momentos, sus ojos abiertos se dirigieron a la cámara, inquisitivos, sin ningún parpadeo.

–Quizá sea un truco –aventuró Martorell–. Puede que nos quiera jugar una broma.

La anciana golpeó débilmente un panel de acero; su rostro se hallaba a pocos centímetros de la cámara.

Buitrón, con voz serena, dijo a través del audio:

–Identifíquese.

–¿Bueno? ¿Bueno? Oh, ya veo. Me están hablando –dijo la anciana.

–Identifíquese –repitió Buitrón–, quien quiera que sea.

–De acuerdo, estimado señor. Mi nombre es Numa. Soy vendedora ambulante. Los productos que dispongo a la venta son filosofías de vida. ¿Quiere ver una? Hoy estamos de promoción.

Los dos vigías y el alcalde se miraron.

–¿De dónde es usted? –continuó Buitrón–. ¿Cómo puede respirar en esa atmósfera?

–¿"Atmósfera"? –Numa se rascó un brazo, sin saber a qué se refería con ello–. No, señor mío, yo vendo filosofías. Duran para toda la vida. Tengo de todas clases.

Buitrón no podía creerlo. La temperatura de la atmósfera oscilaba de menos cuatro a menos seis grados centígrados. Los gases radioactivos debían penetrar los pulmones de la anciana matándola a cada respiración, pero eso no sucedía. En cambio, no dejaba de repetir lo que la había atraído: *venta de filosofías.*

– ¿Qué clase de protección lleva consigo? –volvió a preguntar Buitrón.

–No tengo idea de qué me está hablando –replicó Numa, confundida. Recuperó su tranquilo temple y continuó–: Yo vendo filosofías. Apuesto a que hace falta un poco para alegrar su vida. Salga y vea las que tengo en rebaja.

–Quédese donde está. Lo consultaré con mi superior.

Numa aguardó con paciencia en la entrada. El fuerte viento lograba que se menearan algunos trastos colgados del carrito.

El alcalde la examinó con una expresión tensa en el rostro. Al poco tiempo, dijo.

–Su habla es exactamente como la nuestra. ¿Qué lleva ahí dentro?

–Parecen ser unos recipientes envueltos en papel celofán –dijo Martorell.

–Sería una gran oportunidad conocerla –expresó Buitrón, al tratar de adentrarse en los pensamientos del

alcalde–. Piense en los beneficios de este encuentro. Si ella puede sobrevivir en el exterior, ¿por qué nosotros no?

–Puede tratarse de un miembro del Sector 7C –dijo el alcalde.

–Creí que habían desaparecido después de la guerra. No hay pruebas contundentes de que hayan sobrevivido.

–No quiero correr ningún riesgo –murmuró el alcalde, pensativo–, pero tampoco es una mala idea interrogarla.

–Puede hacerse, señor alcalde. Sólo debemos lograr que se dirija al cuarto de descontaminación.

El alcalde asintió. Buitrón, con suma pericia, hizo aparecer en la pantalla el plano de las instalaciones e indicó un punto referido en la estación.

–No es totalmente higiénico, pero se puede hablar con ella ahí dentro –explicó Buitrón–. Podemos disponer de una silla y una mesa metálica. Podrá estar cómoda mientras la interrogamos.

–Sólo asegúrense que la anciana no esté armada.

–Aunque lo hiciera, recuerde que estaremos ubicados detrás del vidrio reforzado.

Junto a la entrada blindada, Numa apoyaba los brazos en el carrito.

–Está bien –dijo el alcalde con aplomo–. Abra la puerta.

La voz afectada de Martorell ordenó que pasara. Numa alzó la mirada, observó cómo la puerta se abría y entró. Enseguida, indicadores de luz en el suelo la condujeron a través de un corredor. A lo lejos se extendía el cuarto. Numa, con una expresión por demás tranquila, abandonó el carrito y tomó asiento. Un punto rojo se encendió en la pared de cristal.

Buitrón dijo:

–Muy bien, señora. Díganos cómo supo de la existencia de este lugar.

La anciana no tardó en contestar:

–Mi supervisor de venta me dijo dónde debía ir. Me solicitó que por lo menos lograra cinco ventas y hasta ahora no llevó ninguna. –Su voz mostró que perdía la paciencia–. ¿Va a querer o no una filosofía?

Se escucharon algunos murmullos en todo el cuarto. Enseguida, la voz volvió a hacerse presente:

–¿Un supervisor de venta? ¿Significa que hay más como usted? ¿Cuál es la función de él?

Numa humedeció sus labios.

–Él se encarga de contabilizar las ventas, recolectar todos los créditos obtenidos y depositarlos en la caja fuerte, sin incluir el hecho de que se empeña en cargarme de más trabajo. De vez en cuando viene a supervisar nuestras ventas personalmente y…

–Aguarde un momento. –Buitrón tapó el micrófono con la palma de su mano y dijo–: ¿Usted qué opina, señor alcalde?

–Quiero saber todo acerca del Sector 7C. Quiero saber la verdad.

–Veré qué puedo hacer. –Buitrón se dirigió al micrófono–: ¿Qué sabe acerca del Sector 7C? ¿Pertenece usted a ellos?

Numa guardó silencio. Contempló el punto rojo en la pared y agitó la cabeza con desconcierto. Pensó que se trataba de una pregunta estúpida.

–Aún no entiendo para qué quiere saber eso, señor –dijo, claramente indignada–. No me haga perder más mi tiempo.

–Muy bien, señora, si es como usted dice, ¿puede decirnos de dónde viene y la supuesta compañía que representa?

–Claro, vengo de la Antártida.

Un impactante silencio cayó como plomo en la estación.

–¿Qué dice?

–¿De dónde más? –continuó Numa–. Philosmarket, Sociedad Anónima, apartado VCMIII, Continente Antártico.

El alcalde tomó el micrófono y habló en tono desafiante.

–Entonces explíquenos, señora Numa, ¿cómo puede ser posible que usted pueda respirar esta atmósfera?

–¿De qué atmósfera habla, señor? Sea más claro, por favor.

Buitrón tomó la palabra con voz cordial.

–Usted no tiene idea de lo que esto significa para nosotros, señora.

–Está bien. Se lo diré. –Numa se miró las manos arrugadas y llenas de resaltadas venas. Era la última vez que trataba de convencer a esta gente ignorante–. La superficie será nuestra principal zona de venta. Hemos vivido desde nuestro nacimiento en aposentos artificiales semejantes a la superficie. En la Antártida, el auge de consumo de filosofías se halla a la baja. Somos vendedores condicionados; nuestra meta es sacarle provecho a este pedazo de roca fría. Estudiamos a su gente desde hace mucho tiempo y hemos llegado a la conclusión de que son clientes potenciales. Qué mejor que una filosofía para sobrellevar los días. –Tomó un paquete del carrito y lo acercó a la pared de cristal. Los colores del papel celofán brillaban increíblemente.

El alcalde reflexionó.

–De acuerdo –dijo por fin–. Muéstrenos su producto. Si nos agrada, lo compraremos. Estoy seguro que encontrará la forma de hacerle uso a nuestra moneda, pero usted tendrá que decirnos más cosas.

–Es un buen trato –consintió Numa. Desenvolvió el paquete en varios pliegues. Cuando quedó al descubierto el contenido, los hombres de la estación advirtieron que se trataba de una masa compacta de color rojo.

El alcalde se dirigió a Martorell.

–Abra el contenedor.

–Pero, señor alcalde –terció Martorell–, puede tratarse de alguna sustancia toxica.

–Piense, Martorell, debemos sacarle provecho a todo lo que estas personas puedan ofrecernos. Lo examinaremos en nuestros laboratorios. ¿Alguien se opone?

Nadie objetó. Martorell accionó otro mando. Una pequeña sección de la pared de cristal se abrió. En su interior se hallaba una cavidad.

–Deposite el producto ahí.

La anciana obedeció. Después de un minuto de descontaminación, el producto arribó esterilizado del otro lado. Fue llevado al espectrógrafo a fin de determinar su masa atómica. Los resultados de la lectura aparecieron en la pantalla del conmutador, pero no se encontraba ningún elemento tóxico. Martorell, con un poco de duda, tomó el paquete con guantes protectores. El alcalde se acercó y una profunda fragancia familiar comenzó a llenar toda la estación.

–Mermelada –dijo, en un susurro–. Mermelada de zarzamora. Esta señora vende mermelada. –Más animado tomó un poco y lo llevó a la boca. Sabía un poco acido,

pero muy agradable al paladar. Creyó que nunca volvería a sentir una experiencia como ésta.

Buitrón y Martorell contemplaron su jubilosa expresión. Observaron el producto y se aventuraron a comer algunas porciones. En poco tiempo un extraño sopor los invadió hasta que cedieron poco a poco y se tendieron en el suelo, sonrientes y con las miradas clavadas en el techo de la estación.

–"La verdad no se pierde, sólo queda bien escondida" –citó el alcalde.

–"Hay más felicidad en dar que en recibir" –citó Buitrón.

–"El amor es una comedia en la que los actos son muy cortos y los entreactos larguísimos" –citó Martorell.

El alcalde se puso de pie con rapidez. Sin embargo, permaneció en infinita calma, lleno de la mayor de las sabidurías. Lágrimas de felicidad resbalaron en su rostro. Con una suave voz dijo.

–El mundo es mi patio de juegos, el mundo es mi patio de juegos, el mundo…

Buitrón y Martorell lo siguieron. Juntos, los tres, se tomaron de las manos y atravesaron la entrada de la estación. Al poco tiempo, la imagen proporcionada por la cámara mostró a las tres figuras llevarse las manos a la garganta, tambalearse y caer en el grisáceo polvo.

Numa, extrañada de que no sucediera nada, tomó el carrito y lo empujó a todo lo largo del pasillo por el que había entrado. Encontró la salida, pero también un recodo. Se asomó en él y preguntó.

–¿Hola? ¿Hola? –Nadie contestó. Siguió de largo y halló los monitores así como los teclados montados en la estación. No fue nada agradable el que no recibiera su

pago; debía encontrar nuevos clientes antes de que acabara la promoción.

Al fondo se encontraba el ascensor. Tomó rumbo hacia él, llevando consigo sus bienintencionadas filosofías. Y la pureza de su aire.

La respuesta está en el centro

Yo, habitantes de este planeta llamado Tierra, os tengo que decir la única verdad: soy un ser de eternidad y de luz que convivió muchos años con ustedes. Comió sus alimentos, respiró su mismo aire y fornicó a sus mujeres. Ya va siendo hora que me revele ante ustedes.

Pero no se alarmen. Soy lo que se dice una persona común y corriente, a veces rayando la insignificancia. En mi época he sido confundido con toda clase de personajes, pero nunca me he decidido jugar un rol preponderante para el resto de los humanos. Me refugio en lo más infinito del tiempo y del espacio. Es un lugar bastante familiar para un viejo cerebro embotellado como yo. Es el hogar que siempre soñé.

Supongo que todo empezó cuando yo era muy joven.

Mi problema, dijo un viejo amigo mientras escuchábamos el álbum *Harvest* de Neil Young, era que yo me

aferraba a expectativas que estaban fuera de mi capacidad. Nunca fui buen estudiante y nunca tuve muchos amigos con quienes jugar. Uno tiene que dar rienda suelta a algo dentro de él, pero yo nunca supe qué sucedía conmigo. No se trataba de los trillados cambios hormonales: era una percepción alterada de las cosas, tan fuerte que era difícil controlarla. Era el soñador, el distinto, el objeto de burlas ante sus compañeros de clase, viviendo en su propio mundo de fantasía, absorto en abstracciones, mal preparado para los abismos de la convivencia. La gente era extraña para mí y yo para ellos.

Lo malo del caso, para que dudara de mi propia cordura, es que estaba a punto de convertirme en el hombre que sería el resto de mi vida. Tal como llegué a este mundo ignorante y poco cuerdo, no había dado ningún paso efectivo en una vida plena y llena de satisfacciones.

Y lloré por mí y por el fenómeno en que me había convertido. Mi inteligente y bien considerado amigo –el único hombre bueno que he conocido– me aconsejó que debiera dedicarme a hacer las cosas que amaba. Y que las cosas que amaba debían ser las cosas que hago. El único problema es que no tenía idea de qué amaba.

Cuando las nubes de mis trastornos se alejaron, lo vi todo con claridad: yo estaba enfermo.

* * *

Y después ocurrió el gran golpe a mi mente imberbe e inexperta: descubrí varios libros de ciencia ficción en el librero de mi tío. Estaban forrados de una pasta color rojo, lo que los hacía más interesantes y enigmáticos, sin esas

portadas de monstruos babeantes sujetando con sus potentes zarcillos a una muchacha en ropa interior.

Le pedí prestados los libros y los devoré de una sentada; nunca antes había leído con esa rapidez. Después, más animado, decidí que era ahora de que yo buscara mis propios libros y revistas.

Así que me convencí de leer ciencia ficción, en parte porque mi sentido de maravilla había rejuvenecido, con unas reacciones que nunca antes había experimentado: un sentido de atemporalidad, de eternidad, todo bajo un sen tido imaginativo, y a la vez, vanguardista.

En la escuela siempre me veía como un apartado de primera, sin ninguna ambición concreta. Pero eso no me importó: yo leía ciencia ficción y con eso me bastaba. Hizo que mejorara mi interés por la ciencia y por algunas doctrinas que yo consideraba alguna vez como aburridas. Mi ortografía mejoró notablemente así como mi redacción. Tuve buenos maestros en todos esos escritores: sus mundos descritos tenían mucho más sentido que el mío. En ese tiempo no era más que pura evasión, pero al poco tiempo no dejaba de hacerme la misma pregunta que ellos planteaban: "¿Qué pasaría si…?"

Mis pobres amigos y familiares creían que era todo un sabihondo al ver mi nariz metida en uno de esos libros. "Lee mucho, por consiguiente es todo un intelectual". Craso error: no es más que una búsqueda, una forma de desatar mi imaginación contenida en un aburrido y predecible sistema. Para algunos puede tratarse de una simple desazón sin sentido alguno, pero en algunos puede provo car una increíble fascinación.

Sólo basta apretar un botón para entenderlo.

* * *

Anoche tuve otro de aquellos sueños vívidos.

Se trataba de mi viaje tripulado a bordo de una nave espacial lumínica, en dirección hacia el más apartado cua drante de la galaxia. En ella se encuentra una biblioteca, colmada de revistas, novelas y antologías de ciencia ficción. Desde H. G. Wells y sus marcianos hasta la última entrega de Vornan G. Flores y su serie de los Advenedi zos Elementales. Tengo el deseo y la esperanza de que las computadoras descarguen en mi mente toda esa gran masa de información. No tengo problema en llegar a viejo y desplomarme en un viaje en el tiempo, un universo alterno o el amado mundo post-apocalíptico.

Estoy solo. Espero y no sucede nada. Después de un tiempo interminable empiezo a caminar hacia adelante, manteniéndome cerca de los infinitos anaqueles. Entonces veo a otros como yo, con togas y una luz encima de ellos, leyendo ciencia ficción con mucha calma y serenidad…

Es el club de lectura que apenas comienza.

* * *

Mis amigos siempre se encontraban preocupados de mi situación laboral y económica: no tenía un trabajo digno y vivía en una pocilga al poniente de la ciudad. Notaron entonces que no se trataba de mala suerte o de una simple decidía para tomar las decisiones correctas. Me llevaron con un psicólogo porque me volví realmente extraño, un tanto loco y con un serio problema de desarrollo interrumpido.

El psicólogo era un elegante hombre, sereno y calculador: un hibrido entre Leonard Nimoy y Erich

Fromm. Se hacía llamar doctor Zorbag. Su elegancia y buenos modales no eran algo que se veía en esos días, y lo mejor de todo es que afirmaba que no había ningún problema conmigo (léase deschavetado). Dijo que el sistema de hoy en día suele convertir a los hombres en autómatas (esa palabra me agrada), donde el valor humano se ha limitado a lo material en el precio que pueda obtener por sus servicios y no en lo espiritual. Yo no podía estar más de acuerdo con él. Me preguntó a qué me dedicaba, mis aficiones y todo aquello que suelen preguntar los loqueros a sus pacientes.

–Amo a los bebés y los atardeceres –contesté–. Detesto los deportes y el aceite de oliva. Leo ciencia ficción; mucha ciencia ficción.

Le comenté al doctor Zorbag sobre mi sueño que había estado teniendo toda mi vida, sobre la biblioteca dentro de una nave espacial y la gente con togas griegas, y que creía que debía haber mucho más, pero que nunca me acordaba de todo cuando me despertaba.

–Eso es algo que muchos psicoanalistas han trata do de interpretar, al igual que sus pacientes –dijo con su profesional cruce de pierna y ajustándose sus gafas de carey–. Pero nunca se halla una solución placentera. Lea a Freud y vera que él siempre cayó en ambigüedades. Los sueños son simples deseos o miedos que todos llevamos dentro de nuestro subconsciente, pero nunca llegan a ser una bola de cristal y ningún barómetro de nuestra vida. ¿Me explico?

Yo no dejaba de asentir con la cabeza. El hombre me decía todo esto sin dudas y sin muletillas. Era como escuchar la voz mecanizada de una máquina perfecta, traída al mundo en forma de un mesías.

El doctor Zorbag, con un hábil interrogatorio, comenzó a obtener con detalle la historia de mi vida, hecho por hecho. Una noche de terapia, sentado cómodamente en su escritorio y tomando té verde, el doctor Zorbag me iluminó. Vio, con los ojos de la mente, el efecto definitivo que yo tendría en este mundo.

–Usted no lo sabe –dijo–. No tiene modo de saberlo. Usted tiene regresiones infantiles.

Lo miré fijamente.

–Si se refiere a mis excéntricos gustos, doctor Zorbag, yo creo que…

–No, no me refiero a eso. Es un claro retroceso a un deseo que, al parecer, fue frustrado.

–Pero, doctor Zorbag, de seguro está usted tanteando al azar.

–Yo no tanteo, jovencito. Yo lo he analizado. Usted tiene un complejo, un conjunto de sentimientos fuertemente cargados de emociones, los cuales se encuentran agazapados en una parte de la zona inconsciente y dirigen a algunas acciones del individuo sin que éste lo sepa. Impone en él numerosas reacciones.

Me miró y sonrió. La sonrisa siguió allí por demasiado tiempo, atenta y gentil. La sonrisa de un viejo que había tenido un sinfín de experiencias con todo tipo de pacientes trastornados, gente con el cerebro hecho puré que no hacían otra cosa mejor que mirar el televisor todo el tiempo. Pero yo era otra cosa inclasificable. Y él lo sabía.

–Honestamente no sé de qué me está hablando, doctor.

–Algunos individuos creen que son capaces de controlar sus impulsos y sentimientos. ¡Pobres ingenuos! Deben rechazar la fácil solución de inundar el planeta con

ideas individuales. Alguna vez Jung dijo que todos tenemos un alma de niño o de hombre primitivo. Volver a esas fuentes infantiles o primitivas no implica una decadencia sino una fantástica extensión. Todo está claro, sólo basta dejarse ir. Usted ha dado un paso importante. Tal vez ese complejo lo acerque a un estado de claros ideales.

Me parecía muy perspicaz y observador. Después de un tiempo prudente, sentí que había dado en el clavo.

–¿Bien? –quiso saber–. ¿Qué le parece mi teoría?

–Es difícil de decir. ¿No estoy entonces enfermo?

–No –dijo Zorbag–. Sólo cree que lo está. El punto es redireccionar su trastorno. Es muy importante. –Bebió un poco de té verde y continuó–: Usted no debe oponerse, ¿de acuerdo? Muchas personas lo hacen cuando una idea nueva amenaza con derribar su modo de pensar.

–Es posible –dije–, pero creo que ése no es mi caso.

–No –dijo Zorbag, con la seguridad de un diagnosticador–. Usted es una víctima de la vida moderna. Pero esto no es cuestión de intelecto, sino de emociones. Nos ocultamos en fantasías para que no nos horrorice la realidad.

Me sugirió que socializara un poco más y que consiguiera una novia, pero que por ningún motivo abandonara el hábito de la lectura.

Cuánta razón tenía aquel hombre. Hice lo que me había pedido: visité museos y frecuenté cafés, pero nunca hallé una dama que me hiciera compañía. En esos días las mujeres tendían a sobrevaluarse.

Pero no solamente tengo un gran enojo hacia ellas, sino con cualquier especie que ande a dos patas, que gesticule con la boca y tenga la tendencia a vanagloriarse. La última semana el doctor Zorbag dijo que dejara de pensar

en lo que otros hacen o dicen. Mi respuesta fue que el mundo es retorcido por culpa de ellos, que ni el destino ni la suerte ni Dios juegan un papel determinante, sino nosotros mismos. La naturaleza del hombre es tan salvaje como la de un grupo de mandriles en libertad.

Entonces el doctor Zorbag ya no acudía a verme para intercambiar palabras. En su lugar aparecieron toda clase de hombres y mujeres ataviados con batas blancas, con más exámenes, más preguntas y más sustancias que envenenaban mi cuerpo. Me examinaron como si fuera una planta exótica o una entidad multiforme en laboratorios, cuyos resultados arrojados por sus máquinas primitivas no decían otra cosa más que cuantificaciones inservibles. No era tratado como criminal, sino como a un objeto de estudio.

Intenté decir algo, pero era claro que mis palabras no cambiarían su percepción. Uno de ellos, un hombre de edad avanzada y más tirano que el resto, dijo con suma firmeza:

–Ni siquiera se le ocurra hablar. Ahora le estamos haciendo los análisis preliminares para determinar su condición psicológica.

Hubo una pantalla enfrente de mí con una serie de preguntas; en cada una de ellas se hallaban varias opcio nes, pero muchas no tenían verdadero sentido: "¿Escucha voces dentro de su cabeza?" "¿Siente que el mundo sería un lugar mejor sin usted?" "¿Se masturba al ver películas para adultos?" "¿Ha consumido alguna clase de droga?"

–No lo entienden. El doctor Zorbag me dijo que no había nada malo en mí.

–Desde luego –replicó una mujer ajustándose sus gafas–. Todo lo tenemos archivado. Ya habrá tiempo para

hablar de ello. Por ahora necesitamos que siga contestando las preguntas en la pantalla, después lo llevaremos a terapia. Supongo que el doctor Zorbag explicó los detalles para su recuperación. –Ni siquiera me miraba al rostro; no hacía otra cosa más que apuntar y hacer sonar con escándalo su teclado–. Por ahora, sus resultados nos incitan a pensar que usted está enfermo, muy enfermo. Pero no se preocupe. Según nuestros estudios, usted está siendo curado. Faltan algunas semanas para que los cambios sean notables.

En poco tiempo, formas y pensamientos oscilaron en mi mente, como nubes aglutinadas negándose a retirarse, sin permitirme ver la claridad y la nitidez. Ya no observaba ningún rostro, sino máscaras; ya no escuchaba voces, sino murmullos.

Cuando las nubes de mis trastornos se alejaron, lo vi todo con claridad: yo había estado enfermo. Y sin embargo no dejaba de preguntarme una cosa dentro de mi mente: ¿Dónde quedó aquella raza de lectores? ¿Dónde fue que me extravié de mi centro de lectura favorito?

* * *

Aquella noche me fui a la cama pensando en que alguien debía estarme escuchando por medio de un satélite orbitando la Tierra. Sólo bastaría la orden de un funcionario político muy importante para que me sacaran encapuchado de mi humilde casa. No lo dudaba ni por un instante.

Para no entrar en sospechas, siempre apagaba la única luz de mi cuarto ubicado en la azotea de un ruinoso edificio, tan gris y vacío como un cielo nublado en un tarde de invierno. Cuando la luz de la luna entraba por la

ventana rota en forma diagonal, aprovechaba el momento para leer algún libro de ciencia ficción.

Tuve un brusco escalofrío, y una de mis cejas no dejaba de temblar al pensar en la sonda del satélite. ¿Escucharían razones? ¿Se compadecerían ante mí? ¿Qué podría ofrecer que los demás no tuvieran? No tenía esposa ni hijos ni dinero o estatus social. No escuchaba ninguna sirena todavía, pero era casi seguro que llegaría en cualquier momento. No podía dormir ante la terrible angustia.

Mi problema tal vez tenga que ver con la inadaptación: me atengo a las reglas, pero muestro recelo de los procedimientos. Eran la autoridad, claro está, sin embargo podía percibir que ellos abusaban de su poder y creaban absurdas leyes con las cuales no estaba de acuerdo.

Cerca de la medianoche, cuando los perros y los fieles ciudadanos dormitaban, el escenario onírico se centra en una nave espacial creada por mis profundos sueños de un hombre sin identidad. Era como la virginidad de un disco compacto recién empaquetado: sin un solo giga en él y sin la más mínima información colocada.

El piso pulimentado y frío, las paredes de metal cromado y una ventana panorámica que mostraba al universo en su bastedad. Uno puede llegar a sentirse insignificante ante tal visión, pero yo me sentía incluido en ella y no fuera. Al fondo, juntos y convertidos en una sola masa, los hombres y mujeres con togas despertaban de sus lechos.

Son calvos y bellos, sin ningún defecto que pudiera despojarlos de sus perfecciones. Hablan un extraño idioma parecido al esperanto o sanscrito, y por alguna extraña razón yo también lo hablo. Entonces me dicen que pertenecen a una extraña raza surgida de los tiempos ocultos, en los que no existe ninguna clase de policía, ni contami-

nación o bancos saturados de clientes molestos. A veces pienso que no es necesario tomar un libro de la vieja ciencia ficción para evadirme de todo esto. Pero aun así, ¿no es un lugar encantador?

* * *

Ahora me encuentro en plena vejez. El doctor Zorbag ha muerto, el satélite no escarbó en mi cerebro y los paneles solares inundan el globo para proveer a este gastado planeta de toda la energía necesaria. Los únicos que entienden algo de cómo sería un mundo ideal son los niños; creo que ellos me recuerdan un poco a los lectores de mi nave-biblioteca. No están chiflados y no llenan sus cabezas de horribles preocupaciones. Es desagradable pensar que en la unión de dos seres desquiciados de distinto sexo puedan crear niños sanos. Con los lectores del centro de lectura el proceso tiene lógica: hombres sanos crean niños sanos. Es un pensamiento justo que los adultos son el principal cáncer, y que los ancianos solemos asentir con desgracia. Yo me sigo ateniendo a mis fantasías.

Me adelantaré, ya sea por casualidad o por simple arranque, a un futuro cercano, a un mundo de infinitas posibilidades, de primaveras; tal vez artificiales, pero primaveras al fin y al cabo. En ese futuro no existen millones de personas enfrentando una guerra personal, ya sea contra el hombre de color, el homosexual, el judío, el musulmán o contra los padres. Ya no queda nadie por las calles con esos carteles en contra del gobierno o de la empresa multinacional. Nadie necesita de las drogas o del alcohol. En la oscuridad de la noche, se han disipado los sonidos de armas y de gente vociferando a altas horas de la noche.

Entonces, como si la zona fuera segura, la poca gente sale de sus madrigueras, algunos sujetos de las manos y otros con la mirada todavía llena de desconfianza. Aparecen toda clase de mujeres con extraños vestidos en un paso que se asemejaba al de una procesión religiosa. Sus ropas cubren por completo sus formas, pero la voz se decanta en un susurro dulce y por demás suave. La mujer lleva una larga túnica muy suelta, decorada con flores y mariposas y bordada con bisutería. La cabeza de la mujer está cubierta por un casco en forma de bol, y su voz forma excitantes ecos.

Me quedo mirando aquella imagen, sacado de mi mente dentro de la nave, sólo que esta vez sucede en una plazuela justo en un medio día de primavera.

Esta vez toca el turno a los hombres. No son muchos, pero su presencia es casi tan llamativa como el de las mujeres. Sus rostros muestran la misma decisión, una decisión de cambio.

Yo me sitúo como miles bajo ese esplendoroso sol y comparto la alegría. Pero yo los conozco, *ya estuve ahí.* Y comienzo a ver a los lectores que me acompañaron todo este tiempo, con sus libros injertos dentro de sus pieles y sus vistas convertidas en planas de lectura. ¡Eso nunca lo había anticipado! Y son simples niños, sin que por ello dejen de ser maduros y responsables. No miran con desprecio a los ancianos como yo, sino que se acercan y lo saludan a uno como si se tratara de una eminencia en el arte de la sabiduría y la facultad de enseñar. Hablamos de los viejos amores, de los discos de acetatos antiguos y de ciencia ficción, porque mientras la ciencia siga avanzando en caminos que nunca habíamos imaginado, siempre tendrá a dos pasos adelante a la ciencia ficción para señalar el rumbo.

Ahora me veo como parte del mundo, como algo que tuvo que esperar un tiempo considerado para ser tomado en cuenta. Soy parte integrante de esta nave-biblioteca y me encuentro dichoso de servir con mis enseñanzas. Dicen tener adelantos científicos que anulen el gen de la vejez. Por primera vez sonrío y me digo a mí mismo que esa es una buena idea.

Es una pena que tú no estés presente para ver esa luz lejana en el futuro. Pero algún día llegará si te empeñas en hallar el centro de lectura más cercano.

La presencia de hoy

Recorrieron el oscuro pasadizo que comunicaba con el ala psiquiátrica. El doctor Hallus encendió sus ojos y alumbró el camino. Al llegar a la puerta de entrada se colocó las gafas y la luz se extinguió.

–Hasta aquí –anunció–. Les sugiero que no hagan uso de ningún talento. No ante él.

El concejal equipado con una escafandra lanzó una queja a través de su sistema de audio:

–¿Sabe con quiénes está hablando? ¡Somos de la Orden Real! Usted y su grupo son simple categoría cinco. ¿Cómo se atreve a pedirnos eso?

–Entonces aquí terminó la visita. Creí que habían entendido las condiciones antes de entrar.

Una voz femenina se fijó en la mente del concejal.

"Hazle caso al doctor, ¿quieres, Dorian? –No hubo respuesta–. Piensas mejor con la boca y la mente cerrada."

–Después de usted, Su Excelencia –interrumpió el doctor Hallus al abrir la puerta con su cédula de identidad. Cedió el paso a la emperatriz, seguida del concejal y dos de sus escoltas. Se trataba de una estirpe de lo más glamorosa y sofisticada; desde lo alto contemplaban su vasta nación de talentos.

En el centro del laboratorio había una ancha cámara de cristal. Dentro de ella, un muchacho miraba sentado una plana de lectura.

El doctor se aclaró la garganta y dijo:

–Siento interrumpirte, Jeremías. Aquí están las personas de quienes te hablé.

El muchacho dejó de mirar la plana. Enseguida una sonrisa coloreó su infantil rostro.

–Buenos días –saludó, principalmente a la soberana–. Bienvenidos.

El doctor Hallus habló en voz baja:

–Su Excelencia, le pido de la manera más atenta utilice la fonética. No haga uso de su talento.

El hombre de la escafandra discrepó:

–¡Esto es ofensivo! Exijo que se retracte en este…

La emperatriz frunció el ceño. En instantes el concejal guardó silencio y recobró la calma.

–Se lo agradezco, Su Excelencia –dijo el doctor Hallus en voz baja.

"Mi concejal no sabe guardar la compostura –contestó la emperatriz–. Sólo estará en trance por unos momentos. Le agradezco las molestias que se ha tomado, doctor."

Giró en dirección de Jeremías, y en un gutural empuje alcanzó a decir:

–Hola. ¿Sabes quién soy?

Su garganta empezó a dolerle por el desacostumbrado esfuerzo de hablar. No tenía necesidad de hacerlo cuando podía hacer uso de su talento.

Jeremías contestó en un trato dulce y educado:

–Sí. El doctor lo mencionó. Usted es la emperatriz Genoveva. Nunca había tenido la oportunidad de hablar con alguien del exterior.

La emperatriz habló con recato:

–Veo que te agrada la lectura, Jeremías. ¿En qué ocupas tu tiempo, si se puede saber?

Jeremías se sintió conmovido al escuchar el interés expresado por la emperatriz.

–Estoy elaborando un ensayo acerca del doctor Aloisyus Oliveira –dijo, con una mirada ingenua e inocente, provista de toda maravilla y simpleza–. ¿Lo conoce usted? Tengo entendido que presentó al Orden Real ciertos descubrimientos relacionados con la biología evolutiva. Sin embargo hay puntos que…

El doctor Hallus lo interrumpió:

–Su Excelencia no posee dicho conocimiento, Jeremías. Es sólo una falsedad.

–¿Falsedad? –preguntó Jeremías en tono trágico, como si se tratara de algo nuevo aprendido por un niño.

–Mitos creados por un puñado de aficionados –continuó el doctor Hallus–. Aficionados radicales. Quieren hacer creer a la gente ideas y costumbres… absurdas.

–Pero, doctor, las teorías evolutivas de Oliveira…

–¡Nada de eso! –tronó el doctor con una voz salvaje. Al ver que Jeremías lo miraba extrañado supo que había cometiendo un error.

Volvió a sonreír y prosiguió:

–En sus últimos años Oliveira intentó explicar sus "teorías evolutivas", pero nunca contaron con el reconocimiento de la academia científica. Han sido calificadas como blasfemias. Debió ser frustrante para él. Tanto es así que optó por la autoaniquilación.

Jeremías guardó silencio. Fijó su mirada en el concejal de la escafandra. Pensó que se trataba de un curioso adorno del exterior. Sin embargo, advirtió que el doctor Hallus no le daba la menor importancia a ese hecho. En instantes se tranquilizó.

El concejal salió del trance mental de la emperatriz Genoveva. Una vez recuperado, se acercó lentamente al doctor Hallus y le dijo al oído:

–Dígame, doctor, sólo por curiosidad. ¿No es peligroso?

–¿Peligroso?

–El que esté encerrado no me da confianza. ¿No sucedía eso en las antiguas prisiones?

Hallus se sorprendió al oír aquel comentario.

–Jeremías es tan normal como cualquiera –indicó–. Este entorno que hemos creado a su alrededor es ideal para su estudio. Mostrarle su falta de talento puede ser devastador para él. –Tocó el cristal con una mano paternal–. Desde su nacimiento no conoce otra cosa más allá de esta cámara. He de cuidarlo y protegerlo hasta hallar una posible cura.

La emperatriz no disimuló su malestar: era la contemplación de una desgracia. Y lo más doloroso para ella era que la sociedad no le daba su lugar a ese pobre ser. Un elemento relegado a un frasco de vitrina.

–Abran el cristal –dijo, con voz trémula–. Voy a entrar. –Con la actitud de una persona acostumbrada a dar

órdenes, dio por sentado que la cámara estaría abierta en cualquier momento.

El concejal intercambió frases con los escoltas, los cuales tampoco parecían estar de acuerdo. Hallus contempló dubitativo a la emperatriz Genoveva.

–¿Está segura, Su Excelencia? –preguntó–. Jeremías no está preparado para un encuentro como éste.

–Muy segura, doctor. No quiero volver a repetirlo. Abra ya.

El doctor asintió y ordenó que quitaran el cristal protector. En segundos la capa invisible que separaba a Jeremías del resto se replegó como un abanico. La soberana dio un paso al frente para recibir los pensamientos de Jeremías.

Sintió que algo ocurría, pero no sabía qué. Su mente pulsó con violencia. Entonces advirtió que el muchacho no poseía siquiera un primitivo estímulo en su mente.

–No... puedo... –musitó la emperatriz Genoveva, con un grave sonido. Sus dedos buscaron instintivamente sus sienes y su rostro se contrajo en un espasmo de dolor. De pronto, su cuerpo se derrumbó hasta los pies de Jeremías.

El concejal alzó la vista hacia las personas que lo rodeaban.

–¡Hagan algo! –gritó.

Varias manos la levantaron del suelo ante el asombro general. Trataron de despertarla y hacerla salir del desmayo. El doctor Hallus aplicó con pericia una fuerte dosis de lorazepam en su brazo. Ella estaba consiente a medias. Los reunidos se miraron entre sí.

Durante ese breve lapso la emperatriz proyectó un débil mensaje:

"Su mente... Es una roca... Imposible..."

–No transmita, Su Excelencia...

El concejal se puso de pie, solo ante Jeremías. En el acto, sus corrientes disímiles parecieron encontrarse, como dos extremos desiguales en un universo donde ra yaba el caos y el desequilibrio.

–¿Qué has hecho, desgraciado? –le gritó el concejal.

Jeremías se hundió en un éxtasis contemplativo.

–Cállese, Dorian –dijo el doctor Hallus con una fuerte entonación–. Jeremías no tuvo la culpa. Es su men te que no deja que lo molesten. Un mecanismo subcons-ciente de autodefensa.

Pero el concejal no escuchaba. Se volvió con brus-quedad hacia Jeremías.

–¡Mira lo que hiciste! –gritó, con total ira–. ¿Sabes que pudiste haberla matado, maldito engendro?

Al decir esto, tomó la escafandra con las dos manos y tiró de los broches. El termo expelió hilos de vapor y la escafandra fue retirada.

Y ahí, en donde debía encontrarse un rostro, apa reció una llama. Detrás, dos ojos ardientes observaron a Jeremías.

–¡Con un demonio, Dorian! ¡Vuelva a ponerse la es-cafandra!

–¡No!

El concejal dio un rotundo puñetazo en la nariz de Jeremías.

Éste no parpadeó, ni demostró tener conciencia del golpe recibido. Se quedó inerte, como lo estaría un ve getal. La sangre comenzó a emerger. Con la palma de la mano se tocó y contempló la sangre, horrorizado.

Algo dentro de él giró aceleradamente. Enseguida, sus ojos centellearon en sus oquedades. Crispó sus puños, tratando de contener las lágrimas de furia. Los años de abandono y rechazo sucedieron en segundos, cada uno lleno de dolor y desgracia.

Se incorporó, ya transmutado. Ahora veía el mundo de forma diferente.

Uno de los escoltas no reaccionó al movimiento lateral de Jeremías. Se había apoderado de su arma.

–¡Ehhh! –exclamó el concejal al ver la pistola con la que le estaba apuntando el muchacho. Todo su cuerpo se quedó de una pieza. En su semblante se esbozó una contorsión de sorpresa y temor.

–¡Jeremías! –gritó el doctor–. ¡Suelta el arma!

El muchacho emitió una risa histérica que poco a poco pudo dominar.

–¿Por qué? –alcanzó a decir por fin– ¿Quién es usted para decidir por mí? ¿Por qué estoy aquí? Sólo deseaba ver el mundo como cualquiera de ustedes, a pesar de no tener nada especial. En cambio, me lo negaron. Me arrastraron al olvido.

Clavó la mirada en el concejal; éste se interponía en su camino.

Concentró todo su ser en deslizar el cierre. Los patrones de luz fluyeron tan vivamente como un dispersor de jardín. El concejal se desplomó; en instantes, la llama en su cabeza se extinguió. Los escoltas no tuvieron tiempo siquiera de reaccionar ante la segunda descarga. Fue demasiado tarde para ellos.

–¡Mírenme, mírenme! –gritó Jeremías a los cuerpos calcinados–. ¡Me he librado de ustedes! ¿No lo comprenden? ¡He entrado a la luz!

Se dobló y dio un salto por encima del inmóvil cuerpo de la emperatriz. Se escurrió en la puerta de entrada y se halló en segundos en el ascensor. Hallus le seguía detrás con sus luminosos ojos.

Jeremías salió del ascensor. Arrastró la espalda por las paredes en espera de cualquier imprevisto, con el rostro descompuesto al igual que un animal. A lo lejos, justo al final del pasillo, apareció un oficial de patrulla que custodiaba la entrada principal del hospital. La efervescente sinapsis de Jeremías lo había conducido a ese punto.

Se produjo una quietud. Jeremías, con el cuerpo algo encogido, no tenía más que un reflejo, en contraste con una consciencia lúcida y razonada. Su mente vibró en un oscuro rincón en total espera.

El oficial movió su descomunal arma hacia todas partes. Sin alcanzar el blanco, incineró paredes, derritió las cubiertas de plástico y provocó incendios. Jeremías hizo una pausa hasta que el humo se disipó, y la escena volvió a cobrar forma de nuevo.

–¡Deténgase! –gritó el oficial.

Jeremías ignoró la advertencia y avanzó adelante, siempre adelante. Una corriente sacudió su sistema nervioso. Jeremías se endureció y terminó por dirigirla en dirección contraria. Las conmociones sacudieron el cuerpo del oficial. Oprimió los dientes, con los ojos casi saliendo de sus cuencas. Jeremías lo mantuvo así por unos segundos hasta que cesó todo movimiento.

El oficial cayó, con el cerebro fragmentado; Jeremías eludió el cadáver y tumbó de un puntapié el panel de entrada. La puerta estaba libre. Cruzó el umbral.

Afuera, en la soleada urbe, fijó su mirada en la estatua erguida. La impresión en él resultó ser demasiado

confusa, demasiado para ser verdad. El nombre grabado en el pedestal era "Doctor Aloysius Oliveira", seguido de las palabras "Padre del talento".

La maraña de gente que se encontraba ahí lo obser vó, inconsciente del terror que se avecinaba. Jeremías se abrió paso despiadadamente, con el arma proyectándose en línea recta hacia la propia gente.

El doctor Hallus, con los ojos aún brillantes, gritó:

–¡Jeremías! ¡Por Dios! ¡Jeremías!

La frágil figura de Jeremías escaló la delgada colum na que se erigía en la plaza. Llegó hasta la plataforma y se irguió con mordaz atrevimiento.

Hallus se detuvo; su rostro se confundió con la pena que aquejaba la atiborrada marea de talentos.

Ahora era inevitable que el odio y la envidia fueran dirigidos hacia ellos por ser quienes eran, y por ser una vasta elite en un mundo perfecto. Por última vez se habían burlado de él. Ellos habían ignorado su presencia; y cuando se limitaron a observarlo con curiosidad, sólo sacaron a relucir su defecto, su *gran* defecto.

Miraron a Jeremías con pavor y súplicas. Para él todos eran un mismo ser.

–Yo poseo el talento –exclamó–. Yo decido quién existe y quién sucumbe. Tengo el derecho y el poder. Ése es mi talento.

El *Homo sapiens* reclamaba lo que le fue quitado hace mucho tiempo.

Reconfigurado

Es una falacia aquello del efecto mariposa. Y el susodicho granito de arena. Y sobre la insignificante bola de nieve que se transforma en una avalancha. ¿Mis acciones del día provocaron la caída de la bolsa en jueves negro? ¿Qué yo naciera determinó el asesinato de John Lennon o el tsunami que devastó gran parte de Asia? ¿Cómo saberlo? Apuesto a que existen miles de personas que hicieron más por llevar a cabo el destino de este planeta. Simplemente no soy el único.

Cuando recuerdo esa noche, a veces pienso que yo pude cambiar las cosas un poco para que resultaran con mayor significado. Lo pude hacer. No es que me haya acobardado: la historia es tan impredecible que nunca pensé en ello. Pero es reconfortante saber que uno solo no carga con todo el peso, a menos que piense como si se tratara de toda la especie humana y fuera juzgada por otro tipo de entidades.

Trabajo en el vigesimotercer piso de un gran edificio dentro de una de las zonas más prestigiosas de la ciudad. Me dedico a la publicidad , un negocio que ha ido en demanda en los últimos días, a pesar de cuanta crisis nos bambolea. Lo peor que puede ocurrir es perder contratos, no renovarlos a tiempo o simplemente no hacerse de las palabras adecuadas en los momentos adecuados. Por desgracia la compañía no pasaba por momentos adecuados y yo no tenía las palabras adecuadas para sacarla adelante. Mi problema esa noche era tratar de enfocar la vista lo mejor posible y no dar tregua a las tazas de café que me hacían despabilar el sueño.

Ya eran más de las nueve de la noche cuando el último empleado se fue y me quedé solo. Cuando esto suce de por lo general el trabajo fluye más deprisa. Dieron las once, cerré la laptop, me coloqué el saco y salí del despacho. No había luz en el pasillo, cosa que me encabrona por parte del equipo de vigilancia del edificio. A tientas encontré el botón del ascensor, lo oprimí con fuerza y esperé.

Siempre suelo ver el número del piso cuando des ciende, pero esta vez un mensaje de mi celular me distrajo. Cuando lo atendí, sonó el timbre de la llegada del elevador, las puertas se abrieron de par en par y la luz del interior me cegó. Entonces, sin que lo previniera, algo cayó sobre mí.

Pensé que un empleado había descuartizado a su jefe por no darle un aumento, y como no sabía de qué forma deshacerse del cadáver, lo primero que hizo fue arrojarlo al elevador. Después de alejarme de él, me percaté que seguía respirando. Su mal olor me hacía pensar que se trataba de un indigente, pero no fue así. Al cerrarse el elevador, escuché palabras en la oscuridad que no tenían ningún significado para mí. Intenté contestar en inglés,

pero no hubo reacción. No parecía sufrir, pero su cansancio era evidente.

–Espera, deja te echo una mano.

Se apoyó en mi hombro. Con la mano derecha abrí la puerta del despacho, encendí la luz y no perdí tiempo en depositarlo en el sofá del recibidor. Cayó como costal de papas. En ese momento me fijé en él, sobre todo en su vestimenta. Reprimí una risotada.

Debía ser el hombre más ridículamente vestido sobre la faz de la Tierra. Tenía toda la pinta de haber escapado de un hospital psiquiátrico. Llevaba sandalias, medias, un chaleco con muchos botones, puños floreados, una larga y exuberante cabellera, una barba tan crecida y bien cuidada como la de un pirata. Jalé de ella pensando que se trataba de una barba falsa, pero recibí por respuesta un gruñido. Sólo faltaba su grillete para personificar al Conde de Montecristo.

Sin dejar de sonreír, lo zarandeé y dije:

–Oye, amigo, levántate.

No hubo reacción.

Llené una cubeta con agua y la arrojé en todo el sofá. Se puso de pie tan rápido como si hubiera salido de una piscina helada. Sus ojos se agrandaron y su exuberante barba se empapó. Mi invitado tenía todo el aspecto de un hombre fuera de toda conciencia.

–*Qui êtes-vous?*

–*No parloir français, D'Artagnan.*

–¿Castellano? –preguntó, con un acento que no pude identificar.

–Mucho mejor –dije–. Ahora, si me puedes decir de dónde…

–¿Dónde estoy?

–En la Torre B. Pero todavía es muy temprano para una fiesta de disfraces. Seguimos en el mes de junio.

Los apagados ojos del hombre se movieron apuntando su vestimenta. Entonces dijo:

–Oh, ya entiendo. Se refiere a mis ropas.

–Así es. Ahora me tendrás que disculpar, voy a traerte algo para que te seques. –Me dirigí sin prisas al cuarto de limpieza. Encontré un uniforme de intendencia así como unas tijeras de oficina. Tomé mi rasuradora. Una afeitada no le vendría mal, pensé.

Nunca antes le había dicho "amigo" a alguien, ni siquiera a un conocido. No es un mote que suelo emplear mucho con la gente. Sin embargo, mi huésped tenía el semblante más confuso que pudiera tener un cachorrito sin su amo. Es cierto que había que tener compasión por las pequeñas almas en pena, pero éste se llevaba las palmas.

Cuando regresé ya no estaba, ni siquiera dejó charcos de agua o cabellos sueltos en el piso. Se había esfumado del mismo modo en que había llegado, y eso me intrigó bastante. Al dar por terminada su visita escuché una serie de exclamaciones proveniente de la sala de juntas:

–¡Lo hizo! ¡Lo hizo!

Me encontré una sombra que se recortaba contra el gran ventanal. Las luces de la ciudad se proyectaban con fuerza en esa sección del edificio. Mi visitante estaba tembloroso y no dejaba de mirar con cierta palidez y desconfianza la gran panorámica. Le pedí con buenas palabras que tomara asiento y se cambiara de ropa.

No dejó de apuntar con su dedo el paisaje, como si de entre los edificios y rascacielos apareciera una abominable figura.

–¡Mira! –exclamó–. Lo cambió. Nos lo dijo. ¡Eso quiere decir que fracasaron!

Si hay algo que siempre he detestado en la gente es que supongan que entiendo todo lo que dicen. Fue entonces que lo tomé del brazo y dije enérgicamente:

–Oye, ¿me quieres decir qué te pasa? Respira con calma y cuéntamelo todo.

A duras penas pude lograr que se cambiara las ropas. Lo más difícil fue convencerlo para que se dejara cortar el cabello. Debo decir que no fue nada fácil: los resultados estaban lejos de ser glamorosos. Sin embargo supuse que pasaría desapercibido. Retiré su exótica barba con mi rasuradora portátil.

Luego de la sesión de belleza lo llevé al baño para que observara su nuevo look: ahora lucía mucho más joven y menos paranoico. Se tranquilizó por fin y se tocó las mejillas libres de vello. Musitó algo en su extraño idioma y pregunté:

–¿Qué dices?

–¡Soy yo! –exclamó–. Antes de que emprendiera los viajes.

Giró y me miró, como si fuera por primera vez consciente de mi existencia.

–No tengo palabras para agradecértelo –dijo, con una expresión trémula–. ¿Cuál es tu nombre?

–Carlos. Pero no me digas "Carlitos".

–Veltiantangeriz. Del valle LIMCO.

–¿Eh? –fue lo primero que dije. Su nombre debía ser una broma, pensé–. Y esa compañía, ¿es inglesa o alemana?

–No entiendo.

–Sí, ya sabes. LIMCO. ¿A qué se dedican?

Sacudió la cabeza, como si mis palabras no tuvieran el menor sentido para él a pesar de que entendía mi idioma. Si por mi fuera, llamaría al número del manicomio y fin del asunto. Pero había una cualidad especial en él difícil de ignorar.

Echó hacia atrás la cabeza hasta tocar el respaldo de la silla. Lentamente sus facciones fueron perdiendo toda expresión. Ahora tenía la apariencia de una estatua esculpida en una base de granito, ya que no quiso mover uno solo de sus músculos. No miraba ningún punto en particular ni esperaba que sucediera algo importante. Sólo se lamentaba.

Tomé mi teléfono y llamé a un taxi. Era lo menos que podía hacer por él. Sin problemas regresamos al pasillo, y luego de ver como las puertas del elevador se abrían, la luz volvió a dar de lleno en sus ojos. Se aferró a mi brazo; en sus ojos agigantados se vislumbró un pavor total.

–Por favor –comenzó–. ¡No otro viaje! ¡Éste ha sido el último!

–No te preocupes, amigo. Mira, bajamos, comemos algo en el minisúper y de aquí te irás contento a casa con el estómago lleno. ¿Qué te parece?

Me detuve en la abertura mientras él miraba con desconfianza el interior del elevador. Luego de interminables intentos y de que yo lo persuadiera, arrojó un suspiró, apretó los ojos y entró. Oprimí el botón. No tenía buena apariencia. Estaba quieto, muy quieto, como un ratoncito aprendiendo a convivir en un mundo dominado por gatos.

Al llegar a la planta baja, me fijé en el escritorio enmarcado para saber qué clase de compañía trataba así a sus empleados. Miré los nombres de las compañías en cada planta. Me rasqué el cabello y me volví hacía él.

–¿Cómo dices que se llama tu compañía?

–¿Compañía?

–Sí, ese que dijiste. Lim…

–Valle LIMCO. No es una compañía. Se trata de una organización atemporal –alcanzó a decir, apenas con interés. Por su expresión cansada me di cuenta de que no tenía muchos deseos de hablar.

–Bueno, cuando te comas un sándwich ya tendrás ganas de decirme quién eres, de dónde vienes, por qué estabas vestido como Enrique VIII y quién es tu psiquiatra.

Luego de llegar al vestíbulo no había señales de ningún guardia. Salimos, doblamos la esquina y el color en el semblante de mi huésped cambió al llegar al minisúper.

–¡Cuánta luz! –expresó luego de presenciar los anuncios de comida chatarra y bebidas energizantes– ¡Cuántos colores! No creí que fuera a ver un lugar así en mi vida.

La gente se nos quedó viendo. Lo tomé del hombro y con cierta brusquedad lo llevé a una mesa. Con voz firme le pedí:

–Mira, amigo, por las buenas dame las drogas. Eso no le hace bien a tu cerebro.

–No tengo drogas –dijo–. Dejaron de consumirlas cuando apareció el boom médico en el '68. Todos dejaron de estar enfermos.

–Mira, será mejor que me las des. En esta parte de la ciudad se nota claramente cuando no eres de aquí y te comportas de manera peculiar.

–Pero yo no…

Estuve a punto de esculcarlo, pero recordé que al mudarlo de ropa no había hallado algo fuera de lo normal. Entonces retiré la mano.

Un par de jovencitas cruzaron nuestro campo de visión. Llevaban minifalda, el cabello suelto, sonrisas de portada de revista y esos perfumes que suelen hacer que los hombres den vueltas en cuatro patas alrededor de ellas. No se me ocurrió chiflarles ni arrojarles un cumplido; sólo miraba la belleza que la madre naturaleza proporciona a este mundo. Pero Veltian no tenía ojos para nadie que no fuera su propia pena. Se fijaba en todos los detalles de la vida moderna como si fueran un resultado trágico e in evitable; sus ojos parpadeaban con tristeza al mirar los expendios de golosinas, licores y botanas. Sólo un poeta podía entender las dimensiones de su tristeza.

–Si no tomas drogas, ¿entonces qué te tiene así? –pregunté, esperando animarlo.

–No necesito de ningún estimulante para vivir, ex traño Carlos –dijo, con un tono de voz serio. Antes que me reclamara fui a preparar nuevamente dos tazas de café y pagué un emparedado de salami en la caja. No tuve que esperar mucho para ver cómo devoraba el emparedado. ¡En mi vida había visto comer a alguien de esa manera! Comparado con él, un Neanderthal no hubiera olvidado sus modales en la mesa.

Luego de cerrar la boca por la impresión, pregunté:

–Tenías mucha hambre, ¿verdad?

–Luego del viaje, es lo normal –dijo, ya más anima do–. No pude hallar mi cabina en todo el paraje y para colmo la lluvia no me permitió seguir buscando. Cuando desperté en la cabaña seguí caminando a fin de encontrar-la, pero tardé bastante. Apenas tuve las fuerzas para des enterrarlo y volver a los cuarteles de LIMCO, pero tal pa rece que hubo una última parada de verificación aquí y…

–De acuerdo –dije, con las palmas de las manos extendidas enfrente de él–. Para ahí, que ya no te sigo. ¿De qué jodido viaje hablas?

Se pasó un buen bocado por la garganta y lo acompañó con un buen trago de café. Con la boca llena, dijo:

–Del viaje en el tiempo.

Cualquier otra persona se hubiera largado de ahí sintiéndose ofendida o muerta de la risa. No suelo ser lento de respuesta, pero al decirme eso me quedé frío.

–Ahora entiendo –musité–. ¿Y me quieres decir cómo llegaste al piso donde trabajo?

–Debo reconocer que no fue nada circunstancial. Según los datos del contador de neutrinos, este debe ser al año 2009, ¿no es así?

Decidí seguirle la corriente.

–Lo siento. Es el año 2019. Te falló por diez, maldito loco.

–¡Te estoy diciendo la verdad! –exclamó. La muchacha que atendía el mostrador volteó a mirarnos, muy extrañada.

–Un loco sólo se pondría a vociferar así, amigo –dije.

Supo enseguida que había cometido una amonestación. Miró a la cajera, levantó una mano y sonrió. La cajera se ruborizó, recogió un poco de cabello detrás de su oído y continuó en sus asuntos, sin dejar de ver a mi trastornado nuevo amigo por el rabillo del ojo. Era morena y de cabellos lacios, aunque no correspondía a mi tipo. Lo mismo pudo decir de mí pues sólo tenía ojos para Veltian. Yo no suelo fijarme en el aspecto de un hombre, a menos que vistan a la última moda en el París del Siglo XIV. Suelo entrar a un bar infestado de hombres, ver a la única mujer

del lugar, y acercarme a ella para preguntarle dónde está todo el mundo.

–¿Cómo lo hice? –preguntó Veltian.

–Creo que muy bien.

La cajera pestañeó y Veltian no pudo ocultar su rubor.

–Ya déjala, Casanova, y dime tus razones por las que no estás drogado y loco.

Frunció el entrecejo y colocó en la mesa la taza de café con una calma muy dramática.

–Es una historia muy larga…

–Tenemos tiempo. –Hice una pausa, tomé más café y volví a tomar asiento, dispuesto a escuchar sus disparates.

–Al parecer, el ascensor de tu lugar de trabajo funciona como un dispositivo del tiempo. Los circuitos aparecen en la parte superior. Muchas veces empleamos vagones del tren, escaleras eléctricas, cabinas telefónicas, puentes levadizos y tubos de tele transportación.

–¡Espera! ¿Qué significa eso de "tubos de tele transportación"?

Se tomó de la barbilla, preocupado.

–Creo que cometí una equivocación. No debiste escuchar eso. Pero no te preocupes: si te mantienes con vida y buena salud creo que llegarás a descubrirlo.

Estuve a punto de comentar algo al respecto, pero preferí guardar la boca. Lo apremié a que siguiera narrando su historia.

–Tengo muchas cosas que decir –dijo–, pero supongo que todo empieza con el Mando de Control Temporal.

–¿Y qué significa eso?

–Es cómo… –dirigió su vista a todos los muebles y productos establecidos en el minisúper en busca de la

palabra adecuada. Entonces dijo–: Es como mi empresa. Soy un empleado corriente como tú y nuestra misión es mantener el curso directo de la historia. Hacemos pequeños cambios en el tiempo; pequeños pero trascendentales a gran escala. –Sorbió un poco de su café, sin dejar de mi rar a sus costados con el solo movimiento de las cuencas de sus ojos.

–¿Vienes a matar a tu abuelo? –pregunté.

–No.

–O tal parece… –Lo miré fijamente, intentando en contrar en él algún parecido conmigo. Al ver mis puños apretados, supo mis intenciones.

–No te preocupes. No eres mi abuelo y no pienso matarte. En realidad no tengo ningún pariente. Nunca lo tuve. No tengo madre ni padre.

–No tienes parientes, ¿eh? ¿Y cómo fue que naciste? ¿Dentro del huevo de codorniz?

–En el Mando preparan cultivos orgánicos. Primero en forma de gérmenes, luego de embriones. Al salir del estanque es cuando recibimos nuestra capacitación.

–¿Gérmenes?

–¿Me permites terminar? No interrumpas cuando estoy hablando –dijo, con mucha propiedad–. Hace diez años, cuando comencé mi itinerario de viajes, fue cuando me di cuenta del increíble aspecto que tengo. Escucha, Carlos: trabajo en el área de Prácticas y Ejecutantes –empezó–. Aunque tendría que añadir que trabajaba ahí ya que, como te he dicho, esta es mi última parada para encontrar a alguien. Todo empezó cuando mi cerebro comenzó a desarrollarse en el estanque, a medida que las operacio nes pro evolutivas me convertían en un ser humano sin ningún parentesco con alguien. Soy como muchos, nada

especial, excepto el trabajo que desempeño: ejecutante del Mando de Control Temporal.

"Viajamos en el tiempo a través de cabinas temporales; para no entrar en sospechas, ocupamos lugares casi idénticos, como el ascensor donde fui a caer contigo. En la capacitación aprendemos diferentes idiomas, desde el sumerio hasta el inglés incorporando, pasando por el hebreo, el latín y tu castellano. Es importante tener un amplio conocimiento de la historia para no interferir en el futuro y desenvolvernos bien en la época transitoria. Cual quier mínima sospecha de que no pertenecemos ahí puede lograr que nos quemen vivos por herejes o adoradores del diablo, nos destierren a una isla desierta o nos recluyan en una institución mental por el resto de los días. Justo cómo tú pensabas hacer conmigo.

"Yo pude no haber nacido nunca, pero al descubrirse la ecuación reluctante por parte del doctor Obstfeld, supimos que el destino de la raza humana son las estrellas. Obstfeld encontró la forma de viajar a velocidades hiper lumínicas, aunque teóricamente. Cuando la tecnología alcanzó su hipótesis, fue viable el que nuestras naves espaciales pudieran viajar a esas increíbles velocidades, justo en el momento en que la agonizante Tierra no diera cabida a tanta gente o una seria crisis alimenticia amenazara con matar a más de mil millones de seres humanos.

"Pero se descubrió que por una razón u otra, la hipótesis no terminaba de cuajar con nuestra tecnología debido a acontecimientos directos e indirectos que provocaron que Obstfeld no pensará de la forma más práctica para nosotros. Sus matemáticas eran cercanas y a la vez inservibles. La ocurrencia de mis superiores para resolver el problema fue enviar a alguien para inspirarlo y llevarlo

por el camino correcto. Supimos que Obstfeld había tenido una vida aislada y que fue ridiculizado constantemente por la gente de su época. Estaba convencido de que nunca iba a gozar del contacto de otro ser humano hasta que conoció a Eloísa Frick, la primera ejecutante. Ella hizo bien su trabajo, pero no contaba con el hecho de que se enamoraría de Obstfeld. Renunció al Mando, pero no dejó de empeñarse en conseguir que Obstfeld se convenciera de la ecuación. ¡Qué gran mujer!

"Al principio teníamos las mejores esperanzas. Nuestra tecnología logró que dispusiéramos de la ecuación de Obstfeld. Los datos estaban ya instalados en las naves y tuvimos tiempo de correlacionarlos mientras avanzamos. Y así nació el Impulsor Obstfeld. Nos dirigi mos a la constelación de Vega en busca de un exoplaneta. Bueno, al menos los viajeros. Nosotros en el Mando sólo llegamos a ser observadores, ya que trabajamos fuera del tiempo. Pero al ver que los colonos nunca llegaron a su destino, supusimos que había ocurrido otro desperfecto dentro del tiempo.

"Como todo en esta vida, existía otra parte que no estaba dispuesta a aceptar la ecuación de Obstfeld: los inconformes.

–"Inconformes" –le dije al hombre del futuro, o de lo que fuera–. ¿Inconformes con qué?

La seguridad de Veltian aumentaba a medida que continuaba con su explicación. Ya no sostenía su tasa con timidez, sino como un profesor de universidad el cual estuviera dictando cátedra a uno de sus imberbes alumnos. Si antes tenía cierta lástima por él, ahora no podía dejar de sentir admiración. Su cuello se erguía con firmeza. Sus ojos azules miraban sin la menor muestra de inhibición.

–Los inconformes fueron empleados burocráticos del Mando. Ellos no dudaron del uso del Impulsor Obstfeld, pero dejaron en claro que la humanidad se salvaría sin dejar de abandonar la Tierra. ¿Cómo? Simple: influyendo en la gente y logrando que ellos mismos preservaran la Tierra, mediante el arte, la observación, la deducción y el sentimiento. ¿No suena un poco ridículo?

–Bastante –dije, pensando dónde empezaba lo formal y acababa lo extravagante de su relato–. Continua, por favor.

–Tengo que reconocer algo a favor de ellos: eran todos unos sabiondos, aunque algo ingenuos. Puesto que les habían otorgado la famosa autonomía en el Mando, nadie interfirió en sus asuntos. Ellos estaban encargados de algunas otras tareas en el curso del tiempo para que no llegara a caer alguna catástrofe sobre la Tierra o no se desencaminara del proyecto original. Tenían a su disposición ejecutantes, técnicos, historiadores avanzados y toda clase de personal. En secreto comenzaron a interesarse en algu nas épocas, hechos históricos, escritos o filosofías, inclu sive de algunos descubrimientos e inventos. Pensaron que con un poco de ayuda estos científicos, artistas y políticos podían hacer mucho más por el futuro de la Humanidad si se les guiaba o se les inspiraba, como alguna vez se hizo con el doctor Obstfeld. No obstante, las cantidades de información solicitada a los ejecutantes que recibían convencieron al Consejo del Mando que se necesitaba una averiguación de los hechos. Fue muy irresponsable de su parte jugar con la primera arma de sílex, la muerte del hombre congelado, los primeros escritos de Homero y la primera obra montada de Shakespeare… En fin, su trabajo primordial quedó a un segundo plano. Por fortuna

no intervinieron mucho en los sucesos a futuro: robaban escudos germánicos, monedas de oro, cuadros rupestres, ametralladoras, todo lo que un coleccionista puede estar satisfecho.

"Lo que más enfureció al Consejo fue su autosatisfacción: los inconformes decían que no había por qué esperar a Obstfeld y su musa inspiradora, y que el verdadero sueño del hombre radicaba en su creación, en su sensibilidad y en una sarta de tonterías que nos puso furiosos. Fue un grupo insignificante en número, pero poderoso en ideas. Ninguno de ellos pensaba en la tecnología del Impulsor Obstfeld ya que estaban demasiado ocupados en 'inspirar' a la humanidad. En cuanto escuchaban de alguien con talento y sensibilidad requerida, hacían todo lo posible por encaminar a estos 'artistas' a crear sus obras maestras. Lo que se llamó más tarde como 'El Renacimiento' fue el resultado de estos impulsos. No requirieron de musas como Eloísa, pero sí de un barril de vino o de una orgía. Todo el mundo trabajaba como poseído a favor de los nuevas corrientes, a fin de llevar a cabo la 'salvación de la humanidad'. Y nunca más volvieron a colaborar con el Consejo. En su lugar hubo despilfarros de recursos y muchos viajes que no aportaron nada. Cada uno de esos hombres obtenía la mayor satisfacción cuando lograba que un artista o pensador trascendiera la barrera de su época y se convertía en un ejemplo a seguir para los demás. Juan Jacobo Rousseau fue uno de ellos, lo mismo que Theodore Roosevelt y Mahatma Gandhi. Pobres de ellos: no fueron si no las víctimas de los deseos de sus manipuladores. No puedo decir que no haya sido gratificante para ellos, tanto moral como económicamente; pero de lo que no cabe duda es que murieron a causa del torbellino que

crearon para ellos, y no fueron conscientes de los cambios radicales que alguna vez propusieron.

"No sólo el mundo no avanzaba, sino que la creación del Impulsor Obstfeld corría peligro de no hacerse realidad. Algunos ejecutantes fuimos enviados como inspectores, a fin de determinar la posible inexistencia del Impulsor Obstfeld. Ante nuestro horror, nos dimos cuenta de que la historia estaba plagada de guerras y corrientes dignas de ser arrojadas al cubo de basura. Dimos con uno de sus principales dirigentes, y cuando le preguntamos de qué servía esa filosofía, contrato o ensayo, escapó no sin antes dejarnos una nota en la que nos reprochaba nuestra falta de visión y pasión. Exigimos que los demás inconformes mostraran, entonces, sus argumentos; su respuesta fue: 'miren los resultados en los hijos de nuestros hijos'. Pero lo único de lo que nosotros éramos consientes era de más desbarajuste y desastre por dónde se le viera. El Consejo del Mando desaprobó esa observación sin sentido y trató de enmendar el problema enviando a más ejecutantes. No pasaban ni cinco segundos cuando ya comenzaba a ocurrir cambios en la historia luego de la lucha entre ejecutantes e inconformes. Pero debo reconocer que nosotros no éramos tan astutos como ellos: sus cambios eran apenas tan perceptibles que muy difícilmente dimos con ellos.

"El Consejo no tuvo opción: desconoció al grupo de los inconformes y los expulsó del Mando. Luego intentamos por todos los medios confiscar las cabinas del tiempo, así como los objetos robados. Pero a medida que incursionábamos en las diferentes épocas, nos percatamos de que había un caos en todo paraje y en todo momento. Guerras aquí, actos de corrupción allá, dictaduras en este

otro lado… Nosotros, los ejecutantes, entregamos la vida al proyecto, no a la diversión cínica y frívola de los inconformes. Desterramos a muchos al Medievo, a otros tanto a la Edad Antigua. Pensamos que sin sus influencias y sin el uso de las cabinas, no podían crear más problemas. Los inconformes, despojados de sus funciones, sin el poder y la jerarquía, sin equipo y sin empleados a su disposición, decidieron crear ellos mismos sus experimentos. Algunos se decantaron por la política, otros por el arte, muchos otros se convirtieron en artistas y otros tantos en científicos. Tenían, desde luego, un gran talento. Lo demostraron, incluso, en su capacidad de adaptarse al espíritu de la época pintando lienzos de temática religiosa, otros al derrocar malos gobiernos o crear movimientos renacentistas. Vi vieron un infierno, eso sí, pero a final de cuentas…

No pudo continuar. En su lugar dirigió la vista hacia la ciudad. Podía jurar que estaba a punto de que se soltaran sus lágrimas.

–Entonces… ¿pudieron construir ese impulsor? –pregunté.

Me miró, como lo haría alguien que teme comprometerse con sus palabras. Su mirada era lánguida y llena de tristeza.

–Por cómo veo los resultados en tu época, Carlos, me temo que aún no es posible. Pero no te preocupes, no tendrás que preocuparte de eso: aún falta que transcurran quinientos años para el nacimiento del doctor Obstfeld.

Pregunté:

–¿Y cómo fue que sucedió eso?

–Estupidez humana. Es infalible en cualquier épo ca. No hay nada mejor que eso para acabar con el mundo. Nunca se le dio la importancia requerida, a demás de que

se intentó por todos los medios esconder nuestras pesquisas y las persecuciones de los inconformes.

Hizo una pausa; su semblante se volvió un poco pensativo. Juraría que pensaba en esos pobres diablos del futuro.

–Muchas veces, algún acontecimiento cambia la actitud de la gente, pero a final de cuentas nuestras costumbres son impuestas y nada ni nadie puede cambiarlas.

–¿No pudieron prevenir la actitud de los inconformes? –pregunté, con las ansias de conseguir una respuesta.

–Eso me hubiera gustado. Pero el asunto de los inconformes está clasificado como un H.I.

Apreté los dientes y pregunté:

–¿Qué diablos es un H.I.?

–Se llama "Hecho inamovible". Un H.I. es lo único que puede hacer que no metamos las manos al fuego. Si lo hacemos ocasionaremos un evento de terribles consecuencias para la humanidad. Ni siquiera el Impulsor Obstfeld nos salvará.

–Esto parece serio –le dije al ejecutante–. Si ese ca charro depende de lo que hagan los inconformes, y lo que ellos hagan es clasificado como un H.I., entonces permíteme decirte que los fastidiaron.

Asintió con la cabeza y resopló.

–Si intervenimos, aún con un H.I. de por medio, entonces el doctor Obstfeld dejará de existir.

Le pedí que se detuviera mientras recargaba mi café. Luego de volver, preguntó:

–No me crees, ¿verdad?

–Eso sería más fácil –dije, sin ninguna lástima en mi tono.

–Entiendo. Me gustaría probártelo, pero los viajes sólo pueden realizarse con una persona a bordo. El aumento de temperatura de dos cuerpos puede lograr que los circuitos tengan que tardar en aclimatarse. Y cuando eso sucede explota para dejarnos varados en cualquier espacio. Supongamos que estamos en invierno, y queremos llegar a 1514 en pleno mes de julio; cuando la cabina haga el recorrido no lo hará junto con la Tierra, puesto que ocupa su espacio determinado. Por supuesto que habremos llegado a julio de 1514, sí, pero al otro lado del movimiento de traslación de la Tierra alrededor del Sol. Es por eso que es muy importante saber calcular las trayectorias que realiza la Tierra, así como el tiempo específico de la llegada de una cabina.

–¿Quieres decir que el ascensor y esa hora especifica de la noche resultaron ideales para realizar el viaje?

–Sí. No es una casualidad que haya llegado aquí. Fue lo mejor que se les ocurrió a los ejecutantes del Mando.

Me incliné sobre la mesa y dije:

–No tienes por qué limitarte a eso, amigo. Algo debes traer contigo que me haga pensar que yo soy un incrédulo y que tú no eres un loco suelto.

Parpadeó. Enseguida metió sus manos por debajo del pantalón. Una señora que escogía donas en el aparador se nos quedó mirando, y por la expresión de su rostro me hizo saber que le parecía de lo más repugnante. Con una sonrisa traté de que se tranquilizara, pero salió de ahí con un aire de indignación.

Luego de esculcarse el culo y su empaque, Veltian sacó un objeto que me resultó muy peculiar. No medía siquiera un centímetro de largo, y su diámetro era el de una hoja de papel.

–¿Y eso qué es?

–Un receptor auxiliar. Permite que las ideas de los interlocutores tengan claridad en el receptor. Puedes probarlo, si quieres. Ustedes tardarán doscientos años en construir el primer prototipo.

Me lo dio en la palma de la mano. No tenía siquiera el tamaño de un chip de teléfono celular. Lo que dijo a continuación me causó desconcierto:

–Colócatelo en el ano. Tus terminales nerviosas harán el resto.

–¿Qué? –exclamé.

–¿Cuál es el problema? –preguntó, luego de ver mi rostro atónito.

–No querrás que me meta eso. No es digno de un hombre colocarse objetos en…

–¿Qué quieres decir con…? Ah, ya entiendo. Disculpa, a pesar de moverme en diferentes épocas, es muy difícil acoplarse a las costumbres. Una de ellas es la delicadeza al tema de la sexualidad y a cómo guardan bajo código íntimo sus partes sexuales.

Veltian esbozó una sonrisa de un kilometro mientras que yo no dejaba de ponerme rojo como un tomate. No era muy agradable escucharlo hablar de esa forma.

Lo miré con cierta furia y decidí hacerlo. Luego de que un cliente se retirara, aproveché el momento y me desabroché los pantalones. Pensé que dolería poco menos que un supositorio. No entraré en más detalles. Al momento sentí como si las plantas de los pies y manos tuvieran cosquilleos; enseguida mi lengua se atiborró de alguna clase de impulso eléctrico, como si hubiera lamido las terminales de una batería.

–No pareces sentirte bien –observó Veltian.

Yo estaba a punto de explotar por dentro, pero alcancé a decir:

–Estoy bien. Puedes empezar.

–Comenzaré a imaginarme el lugar de dónde yo provengo. Ya verás por ti mismo lo que quiero decir.

Eso hice, o al menos eso intenté. Traté de imaginarme uno de esos lugares de donde provienen los héroes y heroínas, con cintas transportadas, anuncios interactivos, fabricas subterráneas automatizadas y enormes rascacielos de cristal pulimentado. No me fue dificil imaginar Utopía, pero la mente de Veltian rechazó las imágenes.

–Un compañero visitó un lugar parecido a ése, mil años a partir de hoy –observó Veltian con desprecio–. Puedes hacer algo mejor que eso. Recuerda que yo vengo de un lugar fuera del tiempo. Tú te vasas en progresos tecnológicos y en altas comodidades. Fuera del tiempo, ese tipo de cosas no existen.

Gruñí y cerré los ojos.

Lo primero que me vino a la mente fue un espacio vacío e iluminado. Había unos edificios resplandecientes, templos o palacios –no sé cómo describirlos– que parecían flotar en el aire, iluminados con una luz que no venía de ninguna parte.

–Expande un poco más, Carlos. Ya casi lo tienes.

Traté de imaginar alguna clase de ciudad o localidad, pero me fue imposible. Algunos conceptos se suprimían inmediatamente, dejándome con sólo pocos modelos. Por supuesto que había un espacio como lo sería una mesa de lugar de trabajo, pero ésta tenía sus límites. Luego de un corto recorrido, vislumbré algunos rostros que se asomaban por las ventanas, casi todos parecidos al de Veltian.

En poco tiempo caí en cuenta de que las estancias y los rostros se repetían. Moví confundido la cabeza y dije:

–Tu planeta es tan pequeño como un asteroide.

–Eso es porque no has cambiado de ángulo. ¿Puedes mirar hacia arriba?

Obedecí. Al principio sólo percibía turbias nubes, pero luego de un examen minucioso noté con cierta claridad que se filtraban en los techos.

–¡Hey! ¿Cómo fue que dieron ahí esas casas?

–La pregunta sería cómo fue que tú diste ahí. Sólo te has desplazado por la superficie. Verás, Carlos, Valle LIMCO es un esfera, sólo que en lugar de postrarnos en la superficie de su circunferencia, vivimos dentro de ella. ¿Me explico?

Claramente, pensé. Ahora sólo quería encontrar la forma de salir de ahí y del repentino sueño del que era presa en la oficina. Ya me había dicho mi jefe que descansara pero yo, como el terco que soy, nunca hacía mucho caso.

Abrí los ojos. Lo primero que me encontré fue el rostro de satisfacción de Veltian dentro del minisúper. Por un momento todo me dio vueltas. Si no fuera por Veltian que me sujetó del brazo, me hubiera caído al suelo.

–Ya puedes desconectarlo.

Eso hice. Enseguida mi cabeza se desplomó en la mesa y saqué la lengua como un ahorcado.

Veltian ya comenzaba a tomarle gusto al café cuando la cajera nos dijo:

–Lo siento. Ya vamos a cerrar.

Yo estuve a punto de contestar, pero me sentía muy abrumado aún con la visión de un lugar que no tenía la menor idea de que pudiera existir.

–Por supuesto –dijo Veltian con aquella extraña galanura. La cajera se derritió tanto ante su encanto futurista que me hacía sentir como el amigo idiota.

Estaba dispuesto a regresar a la oficina y a encontrar el modo de llevar a Veltian por su camino. Cuando salimos del minisúper, mi extraño acompañante se vio atraído por las luces y el pasto recién cortado del camellón. Caminamos por la vereda y el suelo adoquinado. Veltian miraba las luces de los faroles como un turista embelesado por una nueva ciudad. Los automóviles silenciosos corrían hacia los lados en direcciones opuestas. El sonido de los grillos se asemejaba a un coro de música clásica, desprendiéndose en todos lados y acompañando a nuestras pisadas.

Veltian no iba a lado mío, sino un poco más adelante, con sus ojos tratando de abarcarlo todo. Por un momento pensé que estaría a punto de cometer una locura; por fortuna no fue así.

–Fascinante –dijo, casi para si mismo–. Me habían dicho que en el comienzo de este siglo habían tenido sus tropiezos, pero ahora puedo asegurarles a mis contemporáneos que no es así.

–Me temo que no, Veltian. Esto es una zona exclusiva de la ciudad. Al norte del país se sufre de sequia en los cultivos y al sur se desatan precipitaciones de lluvia que inundan poblaciones enteras. En América parece que se despierta de un letargo, pero los problemas económicos de Europa afectan más de lo que se piensa.

–Entiendo –dijo–. Supongo que se debe al carácter de los humanos, ¿cierto?

–Así es. –Luego de una pausa, dije–: Es una característica infalible.

–Me interesan los aspectos descriptivos de tu época. Agradeceré los comentarios que tengas durante mi visita. De todas maneras, poseo algunos conocimientos generales sobre las tradiciones del siglo XXI y sus circunstancias actuales. No espero quedarme mucho tiempo.

Pensé que ya tenía bastante de todo este asunto. No es que no le creyera sobre sus viajes, su trabajo en Valle LIMCO y los inconformes (lo había probado al colocarme su dispositivo mental en el ano), pero el que pensara que yo sería su guía de viajes me colmó la paciencia.

Dejé de caminar y me planté enfrente de él.

–Aguarda, Veltian. ¿Qué te hace suponer que haré eso por ti? Aún no me has dicho cuál es la razón por la que estás aquí. Quiero decir, ¿piensas hacer un pequeño cambio en la historia?

El rostro de Veltian reflejó una fuerte determinación.

–Vengo a impedir uno. Pero mi búsqueda ha sido infructuosa.

–¿A qué te refieres con "infructuosa"? ¿Acaso no puedes hacer algo?

–Parece ser un H.I. Pero nuestros cálculos han sido un poco ligeros. Alguien se ha cerciorado de que las cosas sigan este rumbo.

–Alguien… –repetí estúpidamente–. Entonces ese alguien es un… ¿cómo dices? Oh, sí: un inconforme.

–Así es –continuó él–, y uno de los más astutos, si me permites decirlo. Lo he rastreado por centurias, he visto algunos trabajos de él y que con el paso de los años han sido preservados. Me introduje en su visión del mundo, capté la esencia de sus formas. Es lo que se dice un genio. Lo reconozco: no por nada es el agente más valioso de los inconformes. No creo una palabra de lo que sus biógrafos

han dicho de él. Pero tengo que reconocer que lo más increíble es la verdad absoluta. Cada vez que me topo con él comienza a asustarse como un loco, corriendo por la calle y gritando que ve fantasmas y cosas parecidas. En las calles empedradas, llenas de lodo y al calor de las velas, se las ha ingeniado para salir bien librado de mi caza. La cosa fue en aumento hasta que sentí que debía hacer algo y ganarle en su propio juego. Hago cambios aquí y allá. Quito la pluma y la tinta de un estante y provoco un cambio. Rescato a un niño de un asesinato y provoco un cambio. Disuelvo una pelea que puede provocar una agitación social y provoco un cambio. No parece haber ningún modo de impedirlo, excepto porque él se mueve de la misma manera que yo.

"Concebimos esta teoría del Cambio Mínimo Re querido, por ser la única sutil y más poderosa. Si pensá bamos que alguna fuerza había desviado el rumbo de las cosas, la localizábamos mediante la revisión de causas y efectos. O, lo que es lo mismo, la teoría del potencial: para que dicho producto haya salido de esta manera, investiga mos sus posibles causas y llegamos al descubrimiento de ciertos factores.

"No sé por qué, pero el tipo tiene una regla de cálculo en la cabeza. Conoce las ventajas de rescindir en el tiempo, pero al final se restableció en una época para no volver jamás. Nos dimos cuenta de que su presencia determinaría muchos cambios que no iban de acuerdo con el plan general del Consejo del Mando. Yo fui elegido como el encargado de detenerlo, pero fracasé. No tengo idea de las coordenadas que pudo tomar, pero algo me dice que se dirigió a este punto del tiempo para conseguir algo. Es muy difícil determinarlo: el patrón de llegada oscila entre los veinte y treinta años, por lo que resultará imposible encontrarlo.

–Pero, ¿por qué lo hace? –pregunté.

–Por simple vanidad, supongo. Quiere señalar las catedrales, los templos, los palacios de gobierno, lo monumentos, todo cuanto construya el hombre y decir: "yo fui su arquitecto". Es un hombre excéntrico, nada más. Pero muy astuto. Mientras él siga alternado la historia, no tendremos la oportunidad de que Obstfeld encuentre la ecuación, por más Eloisas Frick que enviemos a su lado.

–Tienes razón, pero pueden cambiar el curso de la historia. Ustedes tienen los medios para hacerlo.

–Es imposible. Son muchos cambios. Él desató todo este caos y en él debe terminar.

–De tal forma que sigues en su caza.

–Así es –dijo. Mientras murmuraba un automóvil a nuestro costado, continuó–: Pero a veces pienso que es inútil todo esto. Estoy cansado y las cosas no mejoran para bien.

–¿Por qué? –quise saber al notar el rostro desanimado y lleno de derrota de Veltian.

–El mayor número de C.M.A. ocurrió en la época del Renacimiento, todos hechos por él. Y lo peor de todo es que ha provocado que se conviertan en un H.I. imposible de deshacer.

–¡Ahora entiendo por qué estabas vestido así! –ex clamé–. Parecías sacado de una obra de teatro.

–Pasé cinco largos años en ese lugar –continuó–, pero se me dio instrucciones precisas de que fuera detenido. Llevaba conmigo algunos datos disponibles para dar con su lugar de operaciones, pero fueron muy ambiguos. Escuché de un muchacho que tenía cierto parecido al in conforme, pero resultó que no era el mismo. Poco antes de que partiera di con él en una granja con pastizal. Pasé

una semana ahí, sólo para capturarlo y obligarlo a que nos entregará la lista de C.M.A. ejecutados por él. Cuando lo enfrenté, no tenía idea de quién era yo, pero yo sabía quién era él. Lo tomé del brazo con rapidez y le pedí que me acompañara en paz y sin armar jaleos. No lo hizo. Sin que yo me diera cuenta, se zafó de mi brazo y me golpeó con furia en la cara. Escapó a una choza en la cual se escondía, pero resultó ser una cápsula del tiempo. Hice lo mismo, luego de instalar los circuitos del tiempo en una capilla. Se me dijo que había llegado a esta época y aquí estoy. –Enseguida guardó silencio. Al final me pareció que cargaba una culpa ante su error, pero yo no lo vi así. Tenía que reconocer su esfuerzo y entrega.

–Me parece que no te agrada perder –observé.

–No me agrada. No quiero pasar otros cinco años tratando de dar con él, pero tampoco quiero regresar al Mando y entregarles mi reporte. Sería una deshonra.

–No lo hagas y quédate aquí. Con tus conocimien tos podrías trabajar con facilidad en una compañía de aparatos electrónicos o en una universidad. Podrías conseguir una bonita casa y encontrar pareja…

–No quiero casarme.

–Bueno, entonces consíguete una chica, sólo no quieras introducirle esa cosa en el trasero. Podría molestarse.

Por un momento se sonrojó y me evitó la mirada.

Apenado, comencé a decir:

–Lo siento. No quise decir eso. Yo… –Y cuando menos lo esperé me atrajo hacía él y me besó en la boca. Luego de que lo retirara de un empujón, supo que había cometido un error.

–Lo siento, Carlos, yo…

–No sabía que tuvieras esos gustos –gruñí.

–En el mando tenemos ciertas libertades que duran te mucho tiempo causaban rechazo. La mayoría tenemos preferencias hacía las personas de nuestro mismo sexo. Vuelvo a pedirte disculpas.

Luego de la molestia y la repugnancia que me pro porcionara el beso de Veltian, se abrió paso en mi mente el hecho más descabellado que pudiera existir.

–Veltían, ¿sabes cuál es el nombre de ese inconforme?

–Su nombre es León D. Banshee.

La impresión hizo que me tomara de un árbol. Aho ra todo tenía sentido. Era una cruel ironía del destino.

–¿Te sientes bien?

–Sí, estoy bien. –Asentí con firmeza para apaciguar su preocupación. Veltian preguntó:

–¿Lo conoces?

–Creo que sí. Alguien que haya ido a la escuela con regularidad debió conocerlo. –Me recuperé por un momento y dije–: Hay que regresar a la oficina. Debes ver algo.

Veltian aceptó, aunque no estaba muy convencido.

–No puedo regresar. No todavía.

–Tengo información que tal vez te pueda ayudar.

Por fin se decidió y regresamos al edificio. Yo to davía no salía de mi asombro. El guardia en turno nos sonrió de una forma muy picara. En respuesta le enseñé el dedo de en medio. Luego de que me conectara a Internet, escribí en el buscador el nombre adoptado y público del inconforme y pregunté:

–¿Es él?

Veltian musitó algo entre labios, con la luz de la pantalla de la computadora dándole de lleno en su rostro. No parpadeó ni un instante al contemplar el retrato.

Traté de conseguir algo más acorde a la edad del inconforme. Saltó en la pantalla una galería de retratos de ese personáje. Luego de escrutarlos por unos minutos, Veltian se paró del asiento y exclamó:

–¡Es él! Es el mismo. ¿Cómo fue que diste con él?

–Supe alguna vez que tenía las mismas preferencias sexuales como las tuyas. Y sobre todo tenía ciertas habilidades artísticas y científicas sobresalientes. Como me lo describiste, todas las características tenían el mismo pa trón de este hombre.

–Debo detenerlo, Carlos. Debe decirnos cuántos cambios planea hacer. Si lo detengo, puede que podamos construir el Impulsor Obstfeld.

Enseguida le mostré una biografía suya para que to mara nota de las aportaciones –o daños– a la humanidad. Guardó silencio y comenzó a leer en paz, aunque por la expresión de su rostro pude darme cuenta de que no le agradaban para nada los resultados.

No pude soportar más la fatiga y me quedé dormi do. De vez en cuando abría los ojos y lo miraba; se ha llaba ensimismado en el monitor. Dejó escapar suspiros y gruñidos. Después de eso mis parpados cayeron bajo su propio peso.

Por la mañana fui despertado por los empleados de intendencia. Veltian se había marchado y nunca más lo volví a ver.

Cuando recuerdo esa extraña noche, no puedo dejar de pensar en los daños provocados a la humanidad por obras maestras como "La última cena" o "La Mona Lisa", firmados por el maestro Leonardo Da Vinci. No podía creer que lo ideal, el sentido de profundidad y belleza, tuviera un cierto grado de destrucción.

Esta primera edición de
La nave de la discordia
de Mauricio del Castillo,
número 30 de la colección *Lengua de gato*,
que consta de 1000 ejemplares,
se terminó de imprimir en Mayo de 2014
en los talleres de H Impresores,
Sabino No. 12 col. el manto
Del Iztapalapa, C.P. 09830 México, D.F.

LAUS DEO

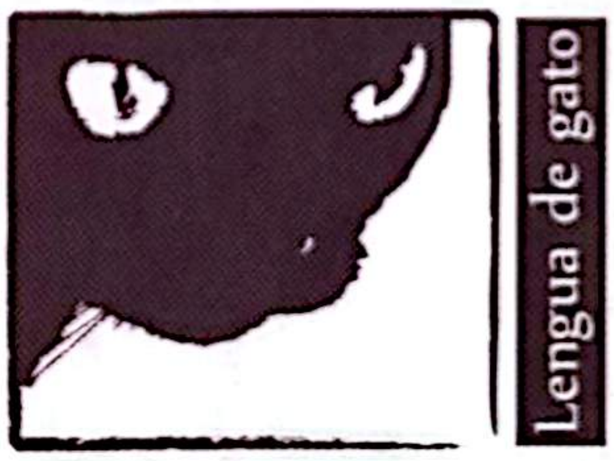
Colección general de narrativas en español.

Otros títulos:

16. Dorelia Barahona, *De qué manera te olvido*
17. Gustavo Vila, *El baile de las marmotas*
18. Marisa D'Santos, *El canto de la serpiente*
19. Guillermo Fajardo, *Los inocentes también*
20. Ulises Paniagua, *Historias de la ruina*
21. Marisa D'Santos, *Isla de pájaros*
22. Guillermo Mendoza, *El diario del caníbal leproso*
23. Roger Vilar, *Brujas*
24. Carmen Fuentes, *Las plegarias perdidas*
25. Rosa Pereda, *La sombra del gudari*
26. Luis Bugarini, *Estación Varsovia*
27. Luis Bugarini, *Perros de París*
28. Luis Bugarini, *Memoria de Franz Müller*
29. Pablo Paniagua, *Nadine (algo más que una novela porno)*
30. Mauricio del Castillo, *La nave de la discordia y otras piezas de anticipación*

sedientoediciones.com

En *La nave de la discordia y otros relatos de anticipación* ágiles superhombres se vuelven hostiles e indeseables recordatorios del progreso de la medicina deportiva, un periodista terrestre es tomado como consultor por los lunáticos, la publicidad alcanza niveles de influencia esclavizantes y el miedo a ganar o perder la libertad, la cordura y el control sobre la vida o la muerte es la constante central de los personajes y las sociedades retratadas. Tiene el lector en su mano una colección de historias muy humanas pero transformadas por la tecnología y los problemas existenciales propios de quienes no saben diferenciar entre la máquina y el ser humano. No hay clichés en estas páginas ni repeticiones de fórmulas conocidas, sino auténtica y verdadera literatura.



Narrativas en español

SEDIENTO
EDICIONES

ISBN: 978-607-9201-96-8